



HQN™



*Heridas  
de amor y de guerra*



MEG FERRERO

*Heridas  
de amor y de guerra*

MEG FERRERO

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2016 María Esther García Ferrero  
© 2016 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Heridas de amor y de guerra, n.º 132 - agosto 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-8679-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Florence Nightingale](#)

[Citas](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*El 21 de octubre de 1854, Florence Nightingale, considerada la madre de la enfermería moderna, y un equipo de treinta y ocho enfermeras voluntarias a las que había entrenado personalmente, partieron hacia el imperio otomano. Salieron desde Londres, fueron transportadas unos 546 km a través del mar Negro desde Balaklava, en Crimea, hasta la principal base de operaciones británica en el cuartel de Scutari (Estambul), a la que arribaron en los primeros días de noviembre de 1854.*

*Nacemos para vivir, por eso el capital más importante que tenemos es el tiempo. Es tan efímero nuestro paso por este planeta que es una pésima idea no gozar cada paso y cada instante, con el favor de una mente que no tiene límites y un corazón que puede amar mucho más de lo que suponemos.*

*Enfermera...  
lo que tú tienes, muchos lo pueden tener...  
pero lo que tú eres, nadie lo puede ser.*

*A todas las enfermeras*

## El hospital de las Barracas

*Mediados de noviembre de 1854, cuartel turco de Scutari, Turquía*

Anna se secó el sudor de la frente con la manga de su manchado vestido. A pesar de la época del año en la que estaban tenía mucho calor, cosa que se reflejaba en sus coloridas mejillas. Se sentía sucia y dolorida. Su uniforme gris, de tosca lana, estaba totalmente desaseado y el delantal que llevaba, en otro momento blanco, estaba lleno de sangre y otros fluidos corporales en los que no quería ni pensar. En el pelo, una cofia blanca, ridícula dadas las circunstancias, recordaba que en algún momento su pelo había estado peinado y recogido, y no revuelto y pegado a la cabeza y la cara como lucía ahora. Cogió aire intentando aliviar el cansancio que aquejaba a su frágil y delgado cuerpo. Se llevó la otra mano a los riñones a la vez que estiraba la espalda cual felino desperezándose, mientras el dolor que sentía se reflejaba en su delicado rostro.

El golpe sordo y seco de los camilleros turcos al dejar caer al suelo el cuerpo inerte de un nuevo soldado, justo a los pies de su dorso, la hizo sobresaltarse y olvidar nuevamente todas las quejas de su cuerpo para ayudar al nuevo combatiente.

Apenas llevaba quince días en aquel cuartel, que hacía las veces de hospital central del cuerpo expedicionario inglés de la Guerra de Crimea, apodado como el hospital de las Barracas, y ya se arrepentía de su precipitada decisión de partir como enfermera hacia aquella guerra entre aliados y rusos.

Pero su vida en Londres, abocada a un casamiento de conveniencia con un hombre al que ni siquiera conocía y destinada a vivir confinada en una casa realizando tan sólo las labores de madre y esposa, se le antojaba decepcionante. Su decisión había sido recibida con la fuerte oposición de sus padres y de su hermana mayor. Pero Anna poseía un carácter muy fuerte y tenaz y su madre bien sabía que no podía, siquiera, intentar convencer de lo contrario a su indómita hija. Así pues, con el futuro de la familia asegurado por el casamiento de su hermana mayor con un conde, finalmente sus padres cedieron a sus deseos a regañadientes.

Se giró hacia el soldado que yacía semiinconsciente en aquel oscuro y sucio corredor y que estaba tendido en el suelo balbuciendo palabras ininteligibles.

Por un momento, mientras un oficial médico pasaba por delante del herido, dudó de si agacharse para socorrerlo. Pero, al ver la desidia en la cara de este al mirar a todos aquellos soldados y viendo que pasaba de largo como si no los viese, se agachó junto al joven tendido sobre el sucio y frío suelo. Aquel pasillo era como una gran sala infecta, húmeda y con las paredes mugrientas, llena de soldados esparcidos por doquier, medio desnudos, que inundaban no solo el suelo sino también el ambiente con su hedor asfixiante y sus gritos agónicos. Era un espectáculo horrible y triste, a la vez que conmovedor. Todos estaban cubiertos de barro y sangre. Deliraban, gemían, juraban, suplicaban y descansaban la cabeza, en el mejor de los casos, sobre una polaina o algún andrajito. Anna tuvo que espantar unas ratas que, enfurecidas, reaccionaron lanzándose contra el muchacho intentando morderlo, hasta que pudo ahuyentarlas del todo. Se inclinó ligeramente sobre él, ya que se encontraba a su lado, para comprobar su estado, e incorporó la cabeza del joven sobre su regazo.

—¡Soldado! —susurró con suavidad, sacudiéndole ligeramente un hombro—. ¿Puede oírme? ¿Puede usted moverse o hablarme?

Alex estaba sumido en una penosa inconsciencia, llena de dolores, hasta que había notado el calor y la comodidad de su cabeza recostada sobre algo suave y cálido por primera vez en meses. Intentó abrir los ojos como pudo pero, aparte del tremendo esfuerzo que ese simple gesto le costó, la luz le cegó prácticamente la vista y supo que iba a morir. Lo comprendió cuando el ángel que acababa de ver le susurró dulces palabras que no fue capaz de comprender. Un ángel en forma de una preciosa mujer morena con mirada compasiva y rodeada de un aura celestial. ¡Por fin iba a dejar de penar! ¡Por fin iba a terminar todo aquel sufrimiento inútil! Quiso decirle algo a su ángel. Quiso que les transmitiera a sus padres que se había ido tranquilo y en paz, pero las palabras murieron en su garganta.

Anna se acercó al soldado herido más todavía, al ver que intentaba decirle algo, aunque no logró entender absolutamente nada.

Buscó ayuda con la mirada a su alrededor, pero desistió al no encontrar a ninguna de sus compañeras a la vista. Quería apartar a un lado al joven soldado para que, al menos, no lo atropellasen los ayudantes al traer nuevos heridos. Y de sobra sabía, en apenas aquellos primeros días, que ningún enfermero ni médico de aquel hospital estaría dispuesto a ayudarla.

Miró en la dirección de los camilleros turcos que entraban sin cesar, tirando a los combatientes al suelo desde los toscos soportes. Luego, desaparecían para ir a los barcos, desde donde traían a los heridos de las batallas, para transportarlos de la misma manera hasta el hospital.

—¡Por favor! —suplicó a uno de ellos con la mirada—. ¿Puede ayudarme a subir a este soldado a ese catre? —preguntó señalando hacia un rincón algo más recogido, donde había una especie de saco relleno de paja.

El turco le dirigió una lasciva mirada que la recorrió de arriba abajo y la llenó de asco.

—¿A cambio de qué? —dijo con una sonrisa de dientes negros, a los que faltaban más de la mitad de las piezas.

Iba a contestar, cosa que se reflejó en su enfadada cara, cuando una voz potente y seria llenó la sala.

—¡Desaparece de mi vista! —ordenó el oficial bruscamente al turco—. ¡Yo ayudaré a la señorita!

Anna se giró hacia el sonido de aquella grave voz y se encontró con la imponente figura de un oficial que, a juzgar por su uniforme y sus galones, debía de ostentar un alto cargo.

—¡Disculpe! —dijo Ana contrita—. No quería importunar a nadie. Tan solo pretendía transportar a este pobre soldado hasta aquel catre y quitarlo de en medio —dijo nerviosa—. Pero no se preocupe, ya me arreglo yo sola.

—¿Usted sola? —dijo desplegando una perfecta y blanca sonrisa que, por un momento, consiguió deslumbrar a Anna—. Ese soldado es más grande que usted y yo juntos. ¡Deje que la ayude!

El último comentario hizo que Ana se fijase más en su paciente, dándose cuenta de que, en realidad, era asombrosamente grande.

El oficial, sin aparente gran esfuerzo, levantó al herido, transportándolo hasta el sucio y pestilente catre que ella misma le había señalado.

—Es usted una de las enfermeras de la señorita Nightingale, ¿no es cierto? —afirmó más que preguntó el oficial.

Anna estaba sorprendida de que un oficial estuviese manteniendo una educada conversación con ella. Desde su llegada, los médicos militares habían demostrado abiertamente su oposición a la presencia de las treinta y ocho enfermeras que allí habían llegado en su ayuda, siendo contrarios, no solo a la presencia de civiles, sino a su condición de mujeres. Pero la riada de heridos de la batalla de Balaklava del 25 de octubre y la de Inkerman, unos días después, había cambiado la situación y los médicos cedieron a la necesaria ayuda de las enfermeras. Aun así, los conflictos seguían desarrollándose continuamente y el trato distaba mucho de ser, aunque solo fuese, meramente educado.

Fue por ello que Anna solo atinó a asentir con la cabeza, mientras observaba desconcertada al guapo oficial.

—Y, ¿puedo saber su nombre o tengo que dirigirme a usted como señorita enfermera? —demandó con una sonrisa burlona en sus bonitos labios.

—Anna —dijo esta, reaccionando ante su ironía—. Anna St. James.

—Bien, Anna —dijo poniéndose en pie, demostrando así su imponente y atlético porte—, espero que nos veamos más a menudo por aquí, aunque no como paciente, claro —comentó jovial—. No dudo que cualquier soldado estaría más que agradecido de obtener sus maravillosos cuidados, pero permítame que no los desee en estas circunstancias.

—¡Nadie debería encontrarse en estas circunstancias! —expresó con pesar, con una tímida sonrisa en los labios.

—Veo que su compasión solamente es superada por su belleza, Anna —dijo acariciando su nombre.

Anna se sonrojó sinceramente ante aquel galanteo inesperado y, por qué no, necesario en la situación en la que se encontraban y en un lugar como aquel. Cualquier

gesto de cariño o simpatía era más que bien recibido.

Las voces de otro soldado protestando al fondo del pasillo llamaron la atención del hombre, que se giró en su dirección.

—¡Debo irme! —expresó con cierta aflicción—. El deber me llama... o más bien mis hombres. —Volvió a sonreír con aquella perfecta hilera de dientes blancos—.

Soy el comandante James Wilson —dijo extendiendo su mano para tomar la de la joven y depositar un dulce beso en su dorso—. ¡Para servirla, Anna!

La joven, que ni se había incorporado del suelo al lado del catre de su paciente, experimentó un dulce cosquilleo en la boca misma del estómago. Pero las murmuraciones inconexas de su joven soldado, batallando por sobrevivir, volvieron su total atención hacia él.

—¡Soldado! —volvió a repetir—. ¿Puede oírme?

El muchacho luchaba por balbucir algo que ella no llegaba a entender. Buscó a su alrededor y encontró la jarra de vino que ella misma había llevado al pasillo y no sabía dónde había dejado. Al verla, se incorporó apoyándose en el sucio catre, dándose cuenta de que estaba impregnado de los orines y las heces de su anterior ocupante. La repugnancia hizo que mirase con asco sus, ya de por sí, sucias manos. Pero ni siquiera había agua donde lavárselas, así que tuvo que frotarlas nuevamente en sus viejas faldas. Regresó al momento con la jarra y un vaso para ofrecer algo de vino al, seguramente, sediento soldado. Lo incorporó nuevamente en su regazo y lo observó mientras el joven tragaba con bastante dificultad. Hasta aquel momento, no se había dado cuenta de lo guapo y diferente que era aquel muchacho. Su pelo, al igual que su barba desaliñada de varias semanas, era de un rubio casi albino y lo debía de haber llevado muy corto en su momento, puesto que ahora, bastantes días después de la batalla, todavía no lo llevaba largo. Sus rasgos eran duros y angulosos, con prominentes pómulos y una fuerte mandíbula con ancho mentón. Pero, en contraposición a aquella supuesta rudeza, sus labios eran gruesos, llenos y dulces y, durante el breve instante en el que había abierto los ojos, la pureza de su azul la había desconcertado. Era el rostro más bello que había visto en toda su vida. Cuando terminó de beber, como buenamente pudo, volvió a intentar hablar y Anna se incorporó algo más sobre él para prestarle así toda su atención y poder, por fin, entender cuanto decía el herido.

—*Spasibo tebe, moy angel...* —murmuró el soldado con apenas un hilo de voz.

Anna sintió una oleada de pánico que consiguió que se comenzase a marear.

—¿Disculpe? —susurró ella a su vez, ocultando más aún a su paciente para que nadie más que ella pudiese oírle hablar mientras buscaba, en todas las direcciones, con la mirada llena de terror, intentando averiguar si alguien los había oído.

El joven volvió a abrir los ojos deslumbrando con su mirada febril, luminosa y delirante, a una Anna que no supo cómo reaccionar.

—*Moy angel...*

En ese momento, pasó por allí cerca un soldado y Anna volcó, prácticamente, el contenido del vaso de vino en la boca del joven, en un tonto intento de que no se le escuchase.

Nunca supo por qué hizo aquello... Tiempo después, buscó dentro de sí misma y nunca encontró nada que le explicase aquel comportamiento repentino e insensato que cambiaría por completo el curso de su vida. Pero, en aquel momento, algo más fuerte que ella misma la obligó a ocultar a aquel joven soldado que, juraría, acababa de hablarle en ruso.

### La batalla de Inkerman

*Finales de noviembre, hospital de las barracas, cuartel de Scutari*

Alex intentó moverse, pero el lacerante dolor de la pierna izquierda acompañado del intenso dolor que sufría el resto de su cuerpo le recordaron que, lamentablemente, no estaba muerto. Sus dolencias le decían claramente, y a gritos, lo contrario. Estaba muy vivo, aunque no sabía dónde. Las lejanas voces en su conciencia fueron tomando forma, poco a poco, hasta que consiguió apartar la neblina en la que se encontraba sumergido para volver al mundo de los vivos y escuchar, con claridad, la conversación que dos personas mantenían a su lado.

—¡Fue francamente terrible! —relataba una voz masculina y profunda—. El día era muy frío y estaba muy oscuro debido a la intensa niebla. Los hombres estaban ateridos y la infantería no solo tuvo que luchar contra esos cerdos rusos, sino que también tuvieron que hacerlo contra la nieve, el fango y la sangre de sus propios congéneres. Fue una batalla cuerpo a cuerpo muy dura, con asaltos de bayoneta contra posiciones de artillería.

—¡No quiero ni tan siquiera imaginarlo! —exclamó la dulce voz de una joven, que Alex comenzó a reconocer como familiar—. ¡Esto no debería haber ocurrido!

—¡La culpa la tienen esos rusos malnacidos! —increpó el hombre—. Pero les hemos dado su merecido. El general Méshikov ha tenido que huir con el rabo entre las piernas —expresó con orgullo.

Alex se alegró de estar de espaldas a los dos interlocutores y mirando hacia una pared. De lo contrario, hubiesen visto cómo sus ojos se abrieron desmesuradamente y con brusquedad, al oír las nuevas de boca de... ¡un inglés! ¿Dónde demonios se encontraba? Por no hablar de los gritos y lamentos agónicos de personas que se oían muy cerca de él, como si los estuviesen torturando. ¿Lo habrían hecho prisionero?

—¿Y a qué precio? —demandó la joven con un tono de cierto enfado—. ¿De qué sirven todas estas muertes? Además, según he oído, nuestros regimientos están exhaustos y los soldados llegan por millares a nuestros hospitales. No podremos hacer frente a todos esos pobres heridos. Por no hablar de la tormenta que ha acaecido y que está matando a miles de personas.

—Sí —comentó el hombre con aflicción—, la galerna ha sido terrible —dijo pensativo—. Ha sido muy inesperada y ha llegado en el peor momento.

—¡Eso! La galerna de la que todo el mundo habla, ¿qué ha sido exactamente eso? —preguntó Anna interesada.

—La galerna es un temporal súbito y violento —comenzó a explicar el comandante—. No se dan muchas. Al menos, que yo sepa. Y esta, desde luego ha favorecido, sin lugar a dudas, a esos soldados rusos. Ha sido de las peores de las que yo haya oído hablar.

—Pero, ¿cómo puede decir eso, si a ellos también les ha afectado? —dijo con angustia—. Han muerto muchos soldados de ambos bandos debido al mal tiempo.

—¡Anna, no lo comprende! —intentó explicar el hombre—. Fue una tempestad terrible que hizo descender las temperaturas más de doce grados en menos de media hora, con unas lluvias acompañadas de un belicoso granizo y unos vientos tan intensos que han devastado nuestros campamentos y han dejado expuestos a nuestros hombres y nuestros caballos. La mayor culpa de nuestra deplorable situación se debe a que ese maldito temporal ha hundido buena parte de nuestra flota porque la mar pasó, en minutos, a ser tan gruesa que parecía montañosa. Esos barcos venían cargados con nuestros víveres para el invierno. *El Príncipe*, uno de nuestros navíos más modernos, ha naufragado, y se calcula que han perdido la vida más de mil quinientos soldados en la furiosa tormenta. Todo ello ha retrasado nuestro asalto a Sebastopol y ahora se nos echa el invierno encima. Y el invierno aquí, con este clima endemoniado, es el gran aliado de los malditos rusos. Ellos soportan estas temperaturas y estos temporales de una manera increíble.

—Entiendo que ellos estén más acostumbrados a este clima, pero sus bajas han sido muy superiores a las nuestras, según tengo entendido.

El hombre tomó aire, dándose por vencido.

—Anna, ¿qué puedo decirle? —dijo derrotado—. Usted es tan solo una civil, y es por eso que no puede comprender nada de lo que ocurre. Además, su compasión por el prójimo también le impide ver la cruda realidad de la guerra. Puede que sea por eso por lo que todas ustedes son vistas por los oficiales médicos como personas *non gratas*.

“¿Compasión? ¿Oficiales médicos? ¿Heridos? ¿Estaría Alex en un hospital inglés?”.

El comandante se incorporó de la improvisada banqueta en la que se había sentado, al ver a la joven. Se había acercado para poder charlar un rato con ella.

Anna había bajado la vista, resentida por las palabras del comandante.

—La dejo con sus quehaceres, que no son pocos.

—Disculpe si le he ofendido, comandante —dijo con verdadero arrepentimiento, ya que no quería granjearse la enemistad de la única persona, fuera de su grupo de enfermeras, que se había dignado a tratarla aunque solo fuese con un mínimo de respeto y educación.

—No me ofenden sus palabras, Anna. Es su opinión y se merece todo mi respeto... aunque no la comparta.

Es lo hizo ganarse una bella sonrisa por parte de la enfermera que alegró el día del comandante. Desde que la vio por primera vez en aquel pasillo, tan bella y tan valiente, trabajando sin descanso y dispuesta a encararse con aquellos camilleros turcos, había quedado prendado de ella. Llevaba varios días acercándose a conversar con ella y ya había descubierto que no era una joven fácil de dominar. Tenía un carácter fuerte y las ideas muy claras con respecto a la guerra y al sufrimiento humano. Sí, esa chica le agradaba sobremedida, y él se había propuesto conquistarla. Aquella belleza sería su mayor triunfo en aquella endemoniada guerra y se la llevaría de regreso a Londres como trofeo.

—Gracias por su comprensión.

—Nos vemos, Anna.

El comandante se alejó de allí y Anna se volvió hacia su paciente para aplicarle los cuidados oportunos. Llevaba varios días delirando, y todavía no lo había visitado ningún médico. Aquello era algo habitual, dadas las ínfimas condiciones en las que se encontraban. Los soldados podían pasar semanas sin que ningún médico les visitara o evaluara. Pero, en esta ocasión, no era lo que más le preocupaba a la joven enfermera ya que, en sus delirios, el soldado hablaba sin cesar en ruso y de descubrirlo lo hubiesen fusilado allí mismo, como habían hecho con otros prisioneros. Anna se las había ingeniado para llevar al soldado a una de las salas que estaban acondicionando ellas, en vista de las deplorables condiciones higiénicas del hospital. Había cosido un saco limpio, lo había rellenado de paja y había acomodado a su soldado en la esquina más apartada de la sala, cerca de una ventana. Cuando giró a su paciente para revisar su estado, su sorpresa fue mayúscula al encontrárselo con los ojos abiertos.

Alex había escuchado toda la conversación casi con la respiración contenida y, ahora, deseaba obtener más información de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. ¿Sería cierto que habían perdido en la batalla de Inkerman? ¿Habría acontecido una galerna que había retrasado a los ingleses en su asalto a Sebastopol? Esperó a que el hombre se marchara para enfrentar a su bonita auxiliar, si es que sus recuerdos eran acertados. Así pues, cuando ella comenzó a girarle, mientras todo su dolorido cuerpo clamaba porque lo dejaran tranquilo, se preparó para la farsa que había pensado interpretar si sus sospechas de hallarse en un hospital británico eran acertadas. Pero, por un pequeño instante, se olvidó de todo al contemplar de cerca la preciosa mirada de la joven que recordaba en la neblina de sus delirios. Su mente le había traicionado, pues su ángel era aún más bello de lo que él recordaba.

Anna quedó deslumbra por el intenso azul de aquella mirada y, aunque quiso hablar, no se atrevió por miedo a que el soldado no la comprendiese. Lo último que quería era asustarlo, al saberse en un hospital inglés, y que cometiese una locura.

—¿Dónde estoy? —preguntó el joven, con voz pastosa y ronca, debido a la sed y los largos días sin hablar.

La impresión de la enfermera se tradujo en una cara de auténtico desconcierto. El joven soldado había preguntado aquello con una naturalidad y un inglés tan perfecto,

que la dejó sin palabras. Pasados los primeros instantes, y ante la fija y bonita mirada del soldado, Anna reaccionó, incorporándose más sobre él, para que nadie les escuchase, y poder así hablar con cierta intimidad y libertad, mientras le daba un poco del té que tenía preparado al lado.

—¿Puede usted entenderme? —preguntó tímidamente.

Alex abrió los ojos desmesuradamente y todas sus alarmas se encendieron. Estaba claro que se encontraba en un hospital inglés. Al girarse, había podido comprobar la cantidad de catres que se amontonaban en la sala con infinidad de heridos sobre ellos que, entre alaridos, esperaban cuidados. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero lo que sí tenía muy claro era que estaba con el enemigo y no estaba en condiciones de desvelar su condición.

—¿Por qué no iba a entenderla? —preguntó en un cristalino y coloquial inglés, haciéndose el sorprendido.

—Es que... usted... en fin, yo... creí que... —Anna no sabía ni qué decir—. ¡No puede ser! —dijo repentinamente, como si la mismísima luz divina acabase de iluminarla—. Yo misma quemé su uniforme, el que traía bajo su capote... y era ruso.

Alex tragó con dificultad y comenzó a pensar a toda velocidad. Aquella joven sabía que él era ruso, pero por alguna extraña razón no lo había delatado. Es más, lo había ocultado, a juzgar por su manera de parecer encubrirlo y no querer que nadie les escuchase. ¿Por qué habría hecho aquello? Sin embargo, el hombre que estaba con ella había hablado con desprecio de sus compatriotas, así pues, el soldado inglés no sabía de su origen. Debía averiguar qué estaba ocurriendo; y decidió ser algo más directo.

—Si cree que soy ruso, ¿por qué no me ha delatado? —preguntó de sopetón, sopesando sus posibilidades y llenándose de coraje para las posibles consecuencias de que le hallaran en un hospital enemigo.

Anna enrojeció hasta las orejas, cosa que hizo que el guapo soldado enarcara ambas cejas, sorprendido.

—Yo... —Anna no sabía cómo justificar su negligente comportamiento—. Yo soy tan solo una enfermera. Intento salvar vidas, no acabar con ellas. —Bueno, al menos, aquello era cierto.

Alex tampoco supo qué responder mientras observaba a la joven. Le parecía preciosa. Un ángel que había acudido en su ayuda. Tenía el pelo castaño y recogido tras una absurda cofia, pero varios mechones escapaban de su agarre y podía apreciar su brillo y ondulada longitud. Tenía los ojos almendrados y castaños claros pero, al acercarse a él, había podido apreciar en ellos ciertos matices verdes, llenos de luz y de vida. Tenía la nariz muy pequeña y respingona, con unos pómulos altos, lo cuales le proporcionaban un matiz combativo al resto de sus dulces rasgos. En cuanto a sus labios... Lo supo desde la primera vez que la había visto; los quería besar: dulces, llenos, redondeados... Alex debió dejar su vista fija en aquella parte concreta de la anatomía femenina, pues la joven se humedeció los labios con nerviosismo mientras se ponía más colorada, si es que aquello era posible.

—La ropa no significa nada, ¿sabe? —dijo intentando romper la vergüenza de la muchacha—. En el campo de batalla tienes que apañártelas como puedes y, si tu ropa está destrozada y, si no tienes nada mejor a mano que la ropa de un soldado ruso muerto...

—Y si no tiene nada mejor a mano que un soldado inglés muerto... se pone usted encima un capote enemigo —contestó con agudeza.

—¡Chica lista! —admitió con una sonrisa, tan perfecta, que Anna creyó dejar de respirar por un momento—. Pero, al menos, admita que podría ser una explicación plausible.

—Podría... —dijo ella de manera casi triunfal—, si no fuese porque habla usted divinamente el ruso.

Alex soltó una pequeña carcajada que le recordó que todo su cuerpo estaba francamente herido y, acto seguido, compuso una mueca de dolor de la que se recuperó enseguida, para continuar con su conversación.

—¿Hablé en sueños? —Alex esperó al asentimiento con la cabeza de la joven con una suave sonrisa—. También hablo divinamente el inglés —expresó con ironía—. Podría ser un patriótico espía inglés.

—¡O un patriótico espía ruso!

Alex quiso ensanchar aún más su sonrisa, pero el dolor de su pecho, cuando intentó reír algo más fuerte, le cortó aquel agradable, aunque peligroso momento con la preciosa joven.

—¡Está bien! ¡Me rindo! —dijo poniéndose ya totalmente serio y comprendiendo que, en cuanto quisiera, podría comprobar su identidad llamando a los oficiales, que no tardarían en averiguar que era enemigo—. ¿Qué es lo que se propone hacer conmigo?

«¿Que qué se proponía hacer con él? ¡Dios! ¡Ni ella misma lo sabía! ¿Qué le iba a decir a él?».

—¿Qué se propone usted? —preguntó recelosa, y repentinamente atemorizada, al darse cuenta de que había encubierto a un enemigo, que bien podría haber llegado allí para ejecutar alguna estrategia militar y matar a muchas personas.

—¿Yo? —preguntó asombrado—. Por lo pronto, pretendo averiguar qué es lo que hago aquí y por qué no estoy o muerto en el campo de batalla o con los míos.

—¿No sabe cómo ha llegado aquí?

—No tengo la menor idea —dijo confuso cerrando los ojos en un intento de esclarecer su mente—. Lo último que recuerdo fue que atacábamos sobre el flanco derecho de las posiciones aliadas al este de Sebastopol. Queríamos impedir que nos sitiases. Recuerdo que un grupo de infantería, bajo mi mando, quedó aislado como consecuencia de la espesa niebla... recuerdo la ferocidad de la lucha, el combate cuerpo a cuerpo... y, ¡todo para nada! —Alex suspiró profundamente—. Al menos, no han tomado la ciudad, ¿no? O eso le he oído a su amigo.

—No han tomado su ciudad pero tiene usted razón en algo... ¡todo para nada! ¡No entiendo esta maldita guerra ni ninguna otra! ¡No entiendo la sed de sangre de los hombres y que se ensalce la muerte en el campo de batalla como algo honroso!

Alex observó detenidamente a su joven enfermera con sorpresa. Desde luego, era directa. Y no podía ocultar sus emociones.

—Todavía no me ha dicho qué pretende hacer conmigo —dijo en tono quedo.

—¡Ayudarle a sanar sus heridas! —dijo repentinamente enfurecida—. ¿Sería demasiado pedir a cambio que regresase usted por donde ha venido, sin matar a nadie aquí?

Alex negó con la cabeza con la mirada llena de incredulidad. Tuvo que reconocer que también estaba bien provista de carácter.

—¿Es un pacto de guerra? —dijo tendiéndole, no sin esfuerzo, la mano derecha.

—¡Es un pacto! —afirmó ella estrechándosela, mientras aquel firme apretón sin importancia mandaba descargas eléctricas a todos los rincones de su anatomía.

## Capítulo 3

### Al otro lado del Mar Negro

Las tareas de las enfermeras habían variado desde su llegada. Durante los primeros días, y dado el mal recibimiento que tuvieron por parte del equipo médico, se habían dedicado tan solo a confeccionar vendas, cabestrillos y muletas con trapos blancos. Mientras, soportaban estoicamente la indiferencia del sobrecargado equipo médico no solo para con ellas, sino también para con los heridos. Los suministros médicos eran prácticamente inexistentes, la higiene era peor que pésima y las infecciones como el tifus, la fiebre tifoidea, el cólera y la disentería se estaban llevando a la mayor parte del ejército inglés por delante. Pero ahora, desde hacía unos días, ya podían atender, como podían, a los enfermos debido al desbordamiento de heridos.

—¿Dónde nos encontramos, si puede saberse? —preguntó Alex, que se recuperaba día a día de su calentura como por arte de magia.

—En un hospital británico, ya lo sabe —contestó algo recelosa Anna.

—De eso ya me había dado cuenta yo solito, ¿sabe? —contestó con esa sonrisa burlona a la que Anna ya comenzaba a acostumbrarse.

—¿Por qué quiere saberlo?

—Mire, Anna, entiendo que sospeche de mí aunque hayamos llegado a un trato —dijo mientras Anna comenzaba a cambiarle el vendaje de la fractura que tenía en la pierna izquierda—. Pero debe usted saber que para escapar de aquí, cuando sus magníficas atenciones den su fruto, sería interesante para mi persona conocer mi situación geográfica. Sería un derroche de cuidados por su parte que me matasen según intentase salir de aquí, ¿no le parece?

Anna se encontraba ante un serio dilema. ¿Sería correcto proporcionar a aquel hombre tanta información? Aquella era la principal base de operaciones del ejército británico. Pero, por otro lado, el soldado tenía razón. ¿Por qué diablos había tenido que meterse en aquel lío?

—Oiga, Alex —comenzó Anna muy brusca, cosa que comenzaba a notarse en sus cuidados al retirar la venda, más violentamente de lo que debería—. ¿Está seguro de que todo lo que hablemos usted y yo se quedará entre nosotros?

—¿Tiene miedo de que la traicione cuando usted me ha salvado la vida? —preguntó sorprendido a la vez que aullaba de dolor, ya que el vendaje se había pegado a la reseca herida.

—¡Lo siento...! —exclamó la joven, arrepentida al ver la expresión de sufrimiento del soldado.

—No se preocupe, no pasa nada —dijo con los dientes apretados por el dolor—. ¿Sabe?, a mí me enseñaron algo llamado honor y cumplimiento con mi palabra aunque usted crea que los rusos somos los malos en esta historia.

Anna se sobresaltó al escucharlo decir que era ruso y le incitó, con una mueca de disgusto mientras se llevaba el dedo índice a los labios severamente, a que bajase la voz.

—¡Está bien! —dijo arrepentida por sus preguntas y su vergonzoso comportamiento para con su paciente—. Tiene usted razón. Además, ya no hay vuelta atrás. — Cogió aire mientras miraba la fea herida de su pierna izquierda—. Estamos en Scutari.

—¿Cómo! —exclamó Alex con voz estrangulada.

—¡Haga el favor de bajar la voz! —le increpó Anna—. Si va usted llamando la atención cada vez que le hago un comentario, no creo que tenga que preocuparse mucho de por dónde está usted. A este paso le fusilarán antes de que acabe el día.

—Pero —dijo bajando lo más que podía la voz—, estamos al otro maldito lado del mar Negro. Junto a la puñetera Constantinopla. ¿Cómo demonios he llegado yo y hasta aquí?

—Por mar, como todos —dijo intentando tranquilizarlo como podía.

—¿Por mar? ¡Un momento! —Su mirada cambió al comenzar a calcular el tiempo que podría llevar allí—. Pero, ¿en qué fecha estamos?

—¡Por Dios, Alex! —dijo enfurecida—. Solo se lo diré si promete usted no montarme otra escena y levantar la voz más veces.

—¡Dios! Eso significa que no estamos a mediados de noviembre —aseveró con el rostro preocupado.

—No. Ya hemos comenzado diciembre.

Alex puso cara de volver a dar un enfurecido grito, pero el golpe en el hombro de su joven enfermera le distrajo lo suficiente para mirarla y encontrársela con cara de disgusto, cosa que le sorprendió y le hizo gracia a la vez.

—Oiga, Anna —dijo volviendo a su habitual tono burlón mientras intentaba hacerse a la idea de su situación geográfica—. ¿Trata siempre a golpes y arranca los vendajes de todos sus pacientes con la misma rudeza o debo sentirme halagado?

Anna enrojeció. Pero, ¿qué le ocurría con aquel hombre? Ya contaba con veinte primaveras y tenía cierta experiencia en el cuidado de enfermos desde que hacía tres años había comenzado a adiestrarse en el arte de la enfermería. Eso había sido en el convento al que había entrado por orden de sus padres, cuando había rechazado una proposición de matrimonio. Jamás había levantado un vendaje con brusquedad y, ni mucho menos, había dado un golpe a nadie.

—¡Es que es usted exasperante, Alex! —dijo centrándose en su tarea de la cura para no enfrentar aquella mirada azul cristalina.

Alex volvió la vista hacia el techo mientras la joven trabajaba y un suspiro escapó de sus labios. ¿Cómo demonios había llegado allí? Y lo peor de todo, ¿cómo iba a hacer para regresar sin que nadie advirtiese su presencia?

—¿Sabe? —comenzó mientras acomodaba un brazo en sus ojos para concentrarse—, no recuerdo haberme puesto ese capote inglés. Me parece extraño, porque hubiese dado mi vida en el campo de batalla, junto con mis hombres, sin intentar burlar la muerte.

—¿Sí? —contestó Anna, que había acabado ya de retirar todo el vendaje de la pierna dejando esta al completo descubierto—. ¿Y de qué le hubiese servido? ¿Preferiría estar muerto?

—Ahora no.

Al no saber cómo interpretar aquella escueta respuesta, Anna dirigió sus ojos hacia la intensa mirada de Alex, que había retirado el brazo de su cara nuevamente. Lo que allí vio la dejó desconcertada durante unos intensos instantes. Un calor arrasador se apoderó de su bajo vientre, mandando escalofríos de placer a todas las partes de su cuerpo. Retiró sofocada la mirada del joven soldado y se centró en la ardua tarea de curar aquella fea herida que Alex tenía en el muslo izquierdo.

—La herida no tiene buena cara —dijo intentando recuperar el control de su desbocada respiración.

—Pues me encuentro mejor que cuando llegué —afirmó volviendo a sonreír.

—Pues yo le aseguro que en cuanto algún médico le revise...

—¡No permitiré que me amputen la pierna! —le cortó, exclamando duramente.

—A lo mejor no es necesario... —dijo Anna rectificando con dulzura y compadeciéndose del sufrimiento del soldado.

Lo cierto era que ella tampoco quería que se la amputasen, y no quería ni imaginarse el motivo. Desde su llegada, se había afanado en curar aquella pierna lo mejor que había podido. Incluso se había pegado a la enfermera Roberts, de la que se decía que curaba las fracturas y heridas mejor que cualquier médico o enfermero de aquel hospital. Había aprendido mucho de ella, y notaba cierta mejoría en la pierna de su paciente pero... lamentablemente, no le parecía suficiente.

Lo veía a diario en otros soldados. Y lo peor era que él también lo veía. Las amputaciones se realizaban en las salas a la vista de todos. No había ni una mampara que aliviara un tanto el sufrimiento que les esperaba a los siguientes. Era ciertamente angustiante. Todo ello, sobre una especie de mesa de operaciones inexistente y con material médico inadecuado y sucio. Los médicos, con el semblante serio y los brazos ensangrentados hasta los codos, serraban los miembros de los soldados que deliraban bajo la influencia del cloroformo y que, en cuanto sentían las afiladas cuchillas introducirse en sus carnes, volvían en sí con desgarradores gritos, mientras los

enfermeros arrojaban a un lado los miembros mutilados.

Y luego estaba lo que él no veía pero ella sí y la hacía sentirse enferma día tras día. Scutari se había convertido en una pesadilla. La estrecha calle de la ciudad se había convertido en un auténtico estercolero humano. Y montones de brazos y piernas amputados, todavía con sus mangas y pantalones, habían sido arrojados al puerto y se los veía flotando y vagando por el agua, al igual que los cadáveres de los soldados muertos.

Anna se sobresaltó cuando sintió el duro y fuerte agarre del soldado en su brazo.

—¡Por favor, Anna! —suplicó el joven—. ¡No permita que me amputen la pierna! ¡Se lo ruego!

—Le prometo que haré lo que pueda —dijo sinceramente, aguantando la directa y suplicante mirada del soldado.

Él volvió a cubrirse la cara con el antebrazo, no queriendo incidir más sobre el tema mientras Anna se esmeraba en aplicar una buena cura a aquella herida, dadas las circunstancias.

Pero lo más duro para la joven enfermera no era aplicar los cuidados en sí a la herida, sino el torrente de sensaciones que le producía ver a aquel hombre semidesnudo ante ella. Hasta su llegada al hospital militar solo había atendido a mujeres en el Instituto para el Cuidado de Señoras Enfermas en Londres. Su vida en el convento hasta que apareció la señorita Nightingale había sido de lo más desesperante. Ya estaba a punto de retractarse de su negativa a aquella propuesta matrimonial cuando Florence apareció en su vida. Sus padres, que habían pensado que ingresarla en un convento era una buena forma de templar su carácter, casi sufren un vahído cuando Anna les había expresado su deseo de ser enfermera. La enfermería no estaba bien vista en la alta sociedad, y solo su tenacidad y el hecho de que la mismísima Nightingale también era una dama de alta alcurnia lograron convencer a sus padres, que ya daban por perdida a su hija.

A su llegada a Scutari su corazón y su mente dieron un gran vuelco. El olor de aquel hospital, que se sentía mucho antes de entrar, la había amedrentado totalmente. Tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para vencer el sentimiento que la detuvo en el umbral de la primera sala a la que entró el primer día al ver el dantesco panorama que allí había; algo verdaderamente vergonzoso tratándose ella de una enfermera. Pero había entrado. Había entrado y había comenzado a atender a todos aquellos infelices que ansiaban ver un rostro compasivo, relatar sus sufrimientos y escuchar palabras de caridad y misericordia; rostros demacrados que la seguían con la mirada invitándola a que se aproximara a ellos, para ayudarlos aunque solo fuese tendiéndoles una mano.

Y lo más embarazoso es que había hecho, en un solo día, un cursillo intensivo de anatomía masculina. Tantos hombres semidesnudos tendidos en el frío suelo habían conseguido mantenerla con la cara enrojecida durante varios días. Pero no todos los soldados eran iguales, y Anna lo descubrió muy pronto. Aunque la sangre, el barro y los alaridos de dolor no la dejasen concentrarse bien en sus cuidados, no podía evitar notar diferencias entre unos y otros. De piel alabastrina casi todos, los había rubios y morenos, delgados y gordos, bajos y altos, fibrosos y flácidos... Y luego estaba Alex. Alex era muy alto y de espaldas muy anchas, todo poderío físico. Su pecho era amplio y definido, su abdomen era una auténtica tabla y sus muslos eran los más musculados que había podido observar en su corta pero intensa experiencia con el cuerpo masculino. Lo cierto era que la tenía maravillada. No había ni un solo músculo en el cuerpo del soldado en el que no se pudiese apreciar la trayectoria.

—¿Tan mal la ve? —preguntó Alex al no notar el tacto de la enfermera sobre su piel.

Anna salió de su trance de sopetón y se apresuró a curar la herida lo antes posible para que su guapo paciente no notase su turbación.

—¡No! —expresó con nerviosismo—. No se preocupe. Tiene usted razón. Su mejoría en el estado general está ayudando mucho a la cicatrización de la herida.

—Gracias a sus cuidados... —dijo volviendo a retirar el brazo y observar a la joven, que estaba roja como la grana—. Anna, ¿cuántos años tiene? —preguntó con curiosidad al ver la turbación de la joven.

—Ya cuento con veinte años —dijo altiva al entender el significado de aquella pregunta—. Y hace tres que me entreno para ser enfermera.

—¡Toda una vida de experiencia! ¡Sí, señora! —En la cara del joven volvió a dibujarse su impertérrita sonrisa burlona, y Anna volvió a golpearle el hombro, molesta.

La carcajada fue como un soplo de aire fresco en medio de los quejidos dolorosos de aquella sala.

## Capítulo 4

### Florence Nightingale

Lucinda se acercó a la joven Anna, que se afanaba limpiando las habitaciones que les habían cedido. Era su turno y lo hacía con dedicación, aunque esta tarea durase poco ya que los oficiales las habían confinado a todas en tan solo seis habitaciones.

—¿Has oído ya las nuevas? —comentó haciéndose la interesante.

—¿Qué nuevas? —preguntó recelosa Anna, ya que no hacía muy buenas migas con la joven novicia.

—La señorita Nightingale va a mandar de regreso a Londres a dos de nuestras compañeras.

Anna se giró hacia Lucinda, ya que ahora contaba con toda su atención. Lucinda y ella eran las enfermeras más jóvenes de toda aquella partida. Todas las demás eran más añejas y la mayoría eran monjas. La misma Lucinda era una hermana novicia, aunque Anna nunca había visto “la llamada de Dios” en ella.

—¿Cómo? —preguntó sorprendida—. ¿Pero por qué si aquí somos muy necesarias? Es más, necesitamos refuerzos ¡y los necesitamos con urgencia!

Lucinda, por un imperceptible momento, compuso una cara de pura malicia.

—Las ha mandado de regreso por arrimadas.

—¿Arrimadas? ¿Qué quieres decir?

—¡No seas mojugata! Se arrimaban de más a los soldados y ya sabes lo rectísima que es la señorita Florence. Además, algunas beben de más...

Florence era muy estricta, eso no había que jurarlo, pero las noticias dejaron a Anna desconcertada. La semana anterior había impuesto una especie de toque de queda en el que todas ellas, por la noche, tenían que encerrarse en las habitaciones mientras Florence hacía la ronda con los enfermos para, después, encerrarse en un cuarto para hacer informes, escribir cartas y hacer estadísticas y más estadísticas. No en vano era una gran matemática y su labor en aquel hospital, alejado de la mano de Dios, estaba comenzando a dar sus frutos. Además, comprendía que Florence tenía que mantener un nivel entre sus enfermeras y hacerse respetar entre todos aquellos médicos y enfermeros militares que tanto las despreciaban. Y si alguna de las mujeres estaba tonteando con los soldados o médicos lo normal era que Florence intentara cortar aquello de raíz. Aun así, le parecía una medida demasiado drástica, dadas las circunstancias.

—¡Esto es un infierno! Entiendo que alguna beba algo más de la cuenta, y en cuanto a lo otro que dices... pues no sé... no todas son monjas. Puede que alguna haya recibido alguna oferta de matrimonio —dijo de manera inocente.

La sonora carcajada de Lucinda reverberó en el reducido habitáculo.

—¿Te ha hecho alguna propuesta de matrimonio tu joven y guapísimo soldado? —preguntó con malicia—. ¿Es por eso que las defiendes? ¿Porque estás en su misma situación? Porque, desde que llegó, has estado siempre a su lado como un perro faldero. ¿O crees que no nos hemos dado cuenta? ¡Vamos, Anna! No te pongas colorada —dijo al ver a la joven roja como un tomate—. Todas nos hemos dado cuenta de lo guapísimo que es ese paciente, pero deberías dejarnos algo para las demás, ¿no crees? —espetó mientras se alejaba de allí dejando a una temblorosa Anna, que no supo cómo reaccionar ni qué decir.

Era cierto que pasaba mucho tiempo con el joven ruso pero, ¿cómo no hacerlo si temblaba solo de imaginar que alguien les descubriese? Aunque, ya hacía días que el soldado no decía ni una sola palabra en ruso, ya que su estado general había mejorado bastante y no tenía la calentura que le hacía delirar y hablar semiinconsciente. El caso era que debía de dejar un poco más de lado a su joven paciente y dedicarse más a los demás para no levantar sospechas. Cuando llegó a esa conclusión y creyó quedarse a gusto se dio cuenta de que algo, en su fuero interno, se revelaba contra la idea misma de no atender al soldado. No sabía identificarlo así que, de bastante mal humor, se giró y volvió a sus quehaceres.

Antes de salir, revisó las habitaciones en las que llevaban tan solo un mes. Todavía recordaba el cadáver del general ruso muerto en una de ellas cuando llegaron. Los oficiales las habían mandado allí con la excusa de no tener más sitio, pero sabía que lo habían hecho para asustarlas. No fue hasta que no retiraron el cadáver que se dieron cuenta de las infrahumanas condiciones de las estancias. Las habitaciones eran pequeñas y no había muebles a excepción de unas cuantas sillas sucias y húmedas y unos cuantos divanes. Ni camas, ni colchones, ni ropa de cama, ni lámparas, ni velas, ni nada con que limpiar toda aquella inmundicia. Durante las primeras noches, Anna no logró conciliar el sueño porque los divanes estaban llenos de pulgas y por debajo de ellos se oía el continuo correteo de las ratas. Tardaron varios días en conseguir unas tristes escobas y algunos útiles con los que poder limpiar. Gracias a Dios todo estaba mejorando debido al fondo monetario de Nightingale, que había comprado lo mínimo necesario para subsistir.

Cuando hubo acabado, y todavía con la conversación de Lucinda rondándole la cabeza, se fue directa a revisar al paciente que se había convertido en el centro de todos sus pensamientos.

—Buenos días, Alex —dijo con profesionalidad y frialdad.

—¿Ni una sonrisa para un triste soldado herido? —preguntó en tono burlón al ver la repentina seriedad de su enfermera.

Anna se sentó a su lado con gesto adusto y comenzó a levantar el vendaje de la pierna rota del paciente.

—Verá, Alex —dijo algo circunspecta—, creo que no empieza a ser bien visto que pase tanto tiempo con usted.

—¿Significa eso que soy un privilegiado? —continuó con su ironía.

—Eso significa —dijo visiblemente molesta—, que le atiendo más que a otros pacientes por miedo a que le descubran. Debe usted saber que de conocerse su condición, no solo le fusilarían a usted en el acto, sino que yo me metería en serios problemas.

—Soy muy consciente de ello, Anna —dijo repentinamente serio—. Y le prometo que, en cuanto pueda volver a caminar con cierta facilidad, abandonaré este hospital para no molestarla más.

Aquel comentario volvió a provocar el dichoso desasosiego que la mortificaba y hacía que se le cerrase la boca del estómago. No quería ni pensar en que su soldado tendría que partir algún día. ¿Su? Pero bueno, ¿desde cuándo era suyo? Tenía la cabeza a punto de reventar y se llevó las manos a la cabeza intentando aclarar sus confusas ideas.

—No he dicho que usted me moleste —dijo intentando serenarse.

—¿Qué le ocurre, Anna? —preguntó al ver la consternación de la joven con verdadera preocupación.

Anna suspiró y abrió lentamente los ojos para enfrentarse a aquella turbadora mirada azul.

—Le juro que de haber sabido todo lo que iba a encontrar aquí, jamás hubiese venido. Yo no estaba preparada para todo esto —expresó, de repente, al sentirse sobrepasada por las calamidades que estaban sufriendo y la confusión que sentía con respecto a Alex.

El joven soldado atrapó una de las delicadas manos de la enfermera y se la posicionó en su amplio y varonil pecho. Los últimos días se había descubierto esperando con ansia la llegada de su ángel y, al contrario que ella, él comenzaba a identificar aquel extraño sentimiento.

—*Vmesto etogo ya prishel by ran'she* —susurró el soldado con un desconcertante acento.

Anna abrió los ojos desmesuradamente. Y no porque hubiese entendido una sola palabra, sino porque él había hablado en ruso.

—¡Por Dios! —exclamó alarmada acercándose más a él, como tratando de ocultarlo con su delgado cuerpo—. ¿Está usted loco? ¡Si alguien le oye es usted hombre muerto!

Alex se sentía feliz. Se sentía feliz y en paz cada vez que la tenía cerca, pero más ahora, cuando ella intentaba protegerle y se acercaba más a él. Era en esos momentos cuando podía contemplar su singular belleza y aquel tono esmeralda que brillaba en el fondo de sus ojos cuando se alteraba. Le hubiese encantado decirle aquellas palabras en inglés pero sabía que no sería muy correcto que ella supiese que él le había dicho que se hubiese lanzado antes al campo de batalla, de saber que así

iba a poder encontrarla.

—¡No se preocupe! —dijo ensanchando su burlona sonrisa—. Ya se ha encargado de rodearme de soldados inconscientes que no puedan escuchar mis lamentos ni preguntarme de qué batallón vengo.

Anna se quedó pasmada ante la agudeza del soldado. Aquella sala era enorme pero, al haber tantísimos heridos, las camas estaban prácticamente pegadas las unas a las otras. Apenas había espacio entre ellas para que cupiese una persona que pudiera administrar los tratamientos a los heridos.

—Bueno, no me podía arriesgar —dijo a la defensiva.

—No se lo critico, en todo caso se lo alabo y agradezco. Al igual que el detalle de ponerme cerca de una ventana. El hedor de la sala se hace bastante insoportable y el hecho de poder respirar aire fresco de vez en cuando es de agradecer.

—Sí, es bastante desagradable —expresó apenada—. Pero le prometo que en breve eso también va a cambiar. La señorita Nightingale ha contratado gente para la limpieza de las letrinas y para vaciar los bidones de estas salas.

Anna observó las grandes cubas de madera para el uso de los enfermos que los practicantes no vaciaban por desidia y permanecían llenas en las salas durante más de veinticuatro horas. Además solo contaban con veinte orinales y había más de mil pacientes que sufrían diarreas agudas. Todas las enfermeras se afanaban en intentar limpiar, pero era una tarea hartamente imposible debido a que los retretes del hospital se habían obstruido y rezumaban hacia fuera. La masiva afluencia de soldados hacía que el suelo de estos estuviera continuamente cubierto por una capa de excrementos líquida y como la mayoría de los enfermos carecían de botas o zapatos, pisaban toda aquella inmundicia y la volvían a trasladar a las salas y corredores. La densa y pestilente atmósfera del hospital podía olerse a varias millas a la redonda.

—¿La señorita Nightingale? —preguntó curioso el soldado.

—Sí, es la enfermera superintendente —comenzó a relatar con pasión la joven—. Es el ángel guardián de estos hospitales. Lo que está haciendo aquí no tiene precio. El mismísimo Sidney Herbert... —Anna se detuvo al ver la expresión interrogante de su soldado. —Bueno, el hombre que está al frente de la Secretaría de Guerra del gobierno, al enterarse de las deplorables condiciones de los soldados heridos en combate, hizo posible que la señorita Nightingale llegase hasta aquí, junto con nosotras. Y es ella la que está abasteciendo en la medida que le permiten, con todos los suministros al hospital.

—¿Cómo puede ser eso?

—Los soldados se niegan a aceptar la ayuda de civiles, y como la burocracia aquí va tan lenta, es ella la que está comprando lo necesario para subsistir.

—¿Es rica? —preguntó curioso.

—Bueno... podríamos decir que sí —dijo pensativa—. Es una dama de la alta sociedad, ¿sabe? Pero la prestigiosa revista *The Times*, al saber de su partida hacia la guerra, organizó un fondo monetario con el que comprar todo tipo de enseres y artículos de primera necesidad.

—Usted la admira, ¿no es cierto?

—¡Mucho! Y sus teorías sobre el cuidado de las personas me apasionan. El arte de la enfermería me entusiasma cada día más.

—Y, ¿ha aplicado ya usted esas teorías en mí? —preguntó con su sonrisa burlona.

Anna no pudo si no sonreír ante la desfachatez de su paciente.

—¡Por supuesto que sí! —dijo ensanchando más aún su sonrisa—. Le he puesto cerca de una ventana, ¿no?

Alex sonreía sin saber muy bien por qué. Pero era el efecto que aquella adorable enfermera producía en él. Pura y magnífica en toda su inocencia.

—Y, ¿esa ventana va a sanar mi fractura?

—¡La ventana, no! —dijo al punto de la carcajada—. Pero le aseguro que el hecho de que usted pueda respirar aire no viciado le hace bien.

—Eso no se lo voy a discutir —dijo al tiempo que veía aproximarse a un oficial médico y su rostro se tornaba serio, rompiendo así el mágico momento que acababa de vivir junto a su bonita auxiliadora.

—¡Enfermera! —exclamó de visible mal humor, sobresaltando a Anna, que no había visto aproximarse al orondo y rubicundo médico—. ¿Qué tenemos por aquí?

—Es... es una herida de bala, señor —expresó Anna claramente nerviosa.

—¿Fractura?

—Creo que sí... aunque mínima.

—¿Calentura?

—Sí, pero le está bajando por días.

—¡No se engañe, señorita! —exclamó con desprecio—. Las enfermedades traumáticas son así, y cuanto antes amputemos, mejor.

—¡No permitiré que me amputen la pierna! —expresó Alex con vehemencia.

El oficial médico dirigió por primera vez la mirada hacia su paciente. Su desprecio e indignación se reflejaron claramente en su rostro, cuando no pudo ni quiso disimular la rabia y la ira provocadas por la falta de respeto de aquel soldado.

—¿Está usted descatando mis órdenes? —preguntó en un tenso y falso tono calmado.

—No, no lo hago —dijo con la misma extraña calma Alex—. Pero se trata de mi pierna y la enfermera ya me está aplicando los cuidados oportunos, que por otro lado están dando sus frutos.

—Y, ¿cuáles son esos cuidados, si puede saberse?

Anna sintió los dos pares de ojos puestos en ella como una losa y enrojeció sin poder evitarlo.

—Verá, señor —comenzó algo dubitativa—, el paciente llegó con mucha calentura y una herida muy fea. Pero la he limpiado lo mejor que he podido e incluso, el primer día que le atendí, pude retirar con mis propias manos un trozo de metralla del interior de la herida. Creo que era eso lo que le producía la calentura puesto que, como ya le he dicho, ha mejorado mucho. Y creo que no tiene gangrena.

—¿Que no tiene gangrena? —exclamó ofendido—. Y, ¿quién es usted para decidir eso?

—Bueno, yo...

—¡Ya basta! —exclamó Alex—. Esta enfermera no tiene la culpa de su mal humor y es la única persona que se ha dignado a atendernos. ¿Sabe que llevo más de veinte días aquí sin ser visitado por un solo médico? Y he sobrevivido gracias a las atenciones de esta señorita, al igual que la mayoría de los pacientes de esta sala. No permitiré que la desprecie sin más ni que me ampute la pierna sin necesidad. Puede usted ir a otros catres a buscar heridos a los que cortar miembros, y a que parece ser que es lo único que sabe hacer.

—¡Su nombre, soldado!

—Se me ha olvidado... y sabe... la fiebre traumática.

El oficial se alejó de allí con paso decidido y con el firme propósito de venganza marcado en la cara.

—¿Está usted loco, Alex? —exclamó alarmada, bajando la voz para que nadie pudiese escucharlos—. Ahora querrá averiguar quién es usted. ¿Qué vamos a hacer si le descubren?

—Me estoy recuperando, y para cuando quieran averiguar quién soy ya habré escapado de aquí.

—¡Ha hecho usted bien, soldado! —exclamó un hombre amputado de un brazo desde el mismo hombro, de una de las camas de al lado. Tanto Anna como Alex se sobresaltaron, ya que la enfermera no sabía que hubiese cerca alguien consciente. Estaba claro que acababa de despertar en medio de uno de sus delirios febriles, porque el hombre tan pronto les hablaba a ellos como lo hacía al paciente inconsciente que tenía al lado. Tenía el rostro pálido y abotargado y la boca seca y abierta, intentando capturar auxiliadoras bocanadas de aire con trabajosa respiración—. Nos engañan diciendo que con el éter y el cloroformo no vamos a sentir nada, que es pan comido. Pero es todo una gran mentira. Nos pueden regar si hace falta con esas porquerías pero por Dios que aullaremos de dolor mientras nos sierran los brazos y las piernas. Y todo eso, ¿para qué? Después, todos moriremos sin remisión, porque nos asaltará la fiebre purulenta o nos asaltará la maldita gangrena y todos iremos a parar al estercolero humano que tenemos en el patio.

En cuanto hubo acabado de decir esto cayó otra vez en la dulce inconsciencia y Anna exhaló el aire que había estado conteniendo. Era cierto que a su llegada el patio del cuartel estaba lleno de cadáveres tanto de hombres como de caballos, pero al menos habían conseguido limpiar también eso. Dirigió la mirada a Alex para averiguar

cómo se encontraba después de escuchar a aquel hombre.

—¡Esto se vuelve cada día más peligroso! Debo recuperarme y volver con los míos.

Anna enmudeció y se centró en aplicar la mejor cura posible al soldado. No quería que le ocurriese nada malo a Alex, y comprendía su prisa por partir. Lo que no comprendía era por qué esa prisa le oprimía el pecho al punto de no dejarla respirar con normalidad.

### Sentimientos confusos

Tal y como Lucinda había predicho, aquel día partieron dos enfermeras rumbo a Londres. Anna había mantenido las esperanzas hasta el último momento debido al torrente de trabajo que las desbordaba. Jamás hubiese pensado que los deslices, a su parecer no tan graves, de aquellas enfermeras hubiesen hecho que la señorita Nightingale las enviara de vuelta a Londres.

—A partir de ahora tendrás que ir con pies de plomo, querida Anna —apuntó Lucinda con malicia a una Anna que todavía observaba perpleja el horizonte de la carreta, que se había llevado a sus dos compañeras—. Pero no te preocupes, yo te ayudaré. Para que nadie te tenga en boca he pensado que, a partir de ahora, puedo atender yo a tu adorado paciente.

Anna se giró bruscamente hacia Lucinda con el ceño fruncido. Su genio afloró en ella, pero se detuvo a tiempo antes de contestar. Lucinda era capaz de inventar lo que fuese con tal de salirse con la suya. Eso ya lo había aprendido en el convento cuando había convivido con ella. Y no le iba a dar pie a que la echaran de allí. No, cuando tanta gente la necesitaba. En otro momento, hubiese partido gustosa de aquel infierno, pero ahora... ahora tenía que ayudar a Alex. Se convenció a sí misma de que aquel repentino sentimiento era porque ella había iniciado todo aquello al intentar salvar una vida humana, fuese del bando que fuese, y ahora tenía la obligación de terminar lo que había empezado. Pero algo en su interior, algo en la boca de su estómago la acusaba de que todo eran falsas excusas, pero desechó ese insensato sentimiento de una.

—¡Claro! No te preocupes, puedes atenderlo sin problema —contestó ocultando la ira que se había adueñado de ella—. Te agradezco que quieras ayudarme, aunque no tengas por qué, ya que yo no tengo ningún tipo de relación con ese hombre.

Y sin más, desapareció de la sala, dejando una dubitativa a Lucinda.

Sus pasos la llevaron directa a la sala donde Alex se hallaba y, cuando quiso darse cuenta, se frenó en seco, quedándose al principio de la enorme sala, mirándolo en la distancia. Vio cómo él la sonreía, invitándola a acercarse, y ella apartó la mirada ante el torrente de sensaciones que aquel hombre le hacía sentir. Se agachó ante el camastro del primer soldado herido que encontró y se afanó en cuidarlo sin levantar la vista, hasta que sintió la presencia de otro hombre que se paraba a su lado.

—Buenos días, Anna —saludó jovial el comandante Wilson—. No la había visto esta mañana y temía que fuese usted una de las enfermeras que había partido.

—No, ya ve que sigo aquí al pie del cañón, como usted diría.

—Imaginaba que usted no se rendiría tan fácilmente.

Anna sonrió, aunque sin ganas. No quería dejarse abatir por la partida de sus compañeras ni por las sucias tretas de Lucinda, pero en ese momento la vio pasar justo por detrás del comandante con una sonrisa coqueta en los labios, mientras se dirigía al catre del que ella consideraba su paciente. La rabia, ese sentimiento que nunca había experimentado hasta ahora, se apoderó de ella, llegándole hasta la boca del estómago y haciendo que se encogiera por un breve instante.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el comandante al ver la cara pálida de la enfermera.

—Creo que necesito un poco de aire no viciado —contestó con sinceridad.

El comandante le ofreció cortésmente una mano, que la muchacha aceptó de buen grado, para ayudarla a incorporarse y salir de aquella sala infecta.

Alex no entendía nada. ¿Por qué Anna no iba a visitarlo? ¿Sería cierto que la estaban presionando para que no le atendiera? Sin embargo, no parecía afectada por el cambio. La sonrisa que le había dedicado al comandante así se lo sugería. El mal humor se apoderó del joven ruso que, de repente, se dio cuenta de que no tenía motivos para estar afectada y que no entendía por qué a él debería importarle. En breve partiría y ella no sería más que una mujer a la que el destino cruzó en su camino. Una mujer más. Pero la mujer más bella que pudiese haber visto jamás. La mujer con el carácter más atrevido que hubiese conocido jamás. La mujer con el corazón más noble con la que se hubiese relacionado jamás. La mujer con más coraje. Pero, ¿en qué demonios estaba pensando? Él se iría de allí. Se iría y con toda certeza jamás se volverían a cruzar el uno en el camino del otro.

Alex, mientras veía cómo otra joven enfermera se aproximaba a él, se convenció de que sus alterados sentimientos no eran más que algo nuevo en su vida. No estaba acostumbrado a que las damas no cayeran rendidas a sus pies. Anna era diferente y parecía una especie de reto. Pero él no iba a caer en la trampa de su orgullo. Si la joven albergaba algún tipo de sentimiento hacia aquel soldado con el que había partido la dejaría tranquila, ya que no quería hacerle ningún tipo de daño. Ella le había salvado y a ella le debía la vida, no la importaría con sus desvaríos de vanidad.

Pero, según la bonita novicia se acercaba a él, un sentimiento superior al joven se apoderó de él haciendo que su perfecta sonrisa y su mirada azul hiciesen su estudiado efecto en la enfermera, que se sentó en su catre con sobrada y coqueta suficiencia.

Un rato más tarde, cuando Anna volvió a entrar por la sala sin dedicarle una sola mirada, se sintió mal consigo mismo. La cháchara incesante de la joven novicia le había levantado un inmenso dolor de cabeza que no había hecho más que acrecentar su mal humor. ¿Y para qué? ¿Para intentar fastidiar a su guapa enfermera? Pues no lo había conseguido y, siendo honesto, tenía que admitir que nunca se había sentido igual de estúpido que en esos momentos. La sonrisa que lucía Anna, acompañada del que comenzaba a ser el insoportable soldado, le advertía de que lo único que había conseguido era dar pie a una cargante enfermera, que ahora no le dejaría ni a sol ni a sombra. Y ni siquiera realizaba las curas ni parecidas a las de Anna, su ángel salvador.

Anna sonreía educadamente al comandante, que no la dejaba ni hacer su habitual ronda. Al principio, tanto la charla como el agradable aire fresco de las calles le habían sentado de maravilla. Parte de su mareo se había esfumado, pero ahora comenzaba a cargarle aquella diatriba sobre el arte de la guerra y las estrategias militares mientras incluía en la misma frase las palabras paz, el honor y la defensa de las gentes. A Anna aquello le parecía muy hipócrita, pero callaba por educación.

—¡... lo cierto es que no hay mayor honor para un soldado que morir por la patria! —Anna llevaba un rato sin prestar demasiada atención intentando que el comandante se diese cuenta de que tenía mucha tarea por realizar, pero la última frase hizo que las palabras salieran de su boca antes de pensarlas.

—¿En serio? —preguntó incrédula—. ¡Pues pregúntele a cualquiera de los hombres que hay en esta sala! Yo creo que preferirían estar en sus casas a estar muriendo aquí por "su patria".

El comandante se quedó sin habla. Se había excedido en sus palabras conociendo como conocía los sentimientos de la joven hacia la guerra. La jugada le había salido mal. No fue difícil hacer que sonriera al principio durante el paseo por las calles, pero sabía que tenían pocos puntos en común. Aun así, la seguía deseando como esposa. Era tan bella... Cuando estuviesen casados no tendrían por qué estar conversando. Ella dirigiría su casa con aquella fuerza y coraje y la mantendría bien ocupada criando a sus hijos entre permiso y permiso. Aquella belleza suya junto con aquel carácter endemoniado, que estaba deseando domar, serían ideales para sus objetivos. Él estaba acostumbrado a ordenar y a que sus órdenes fuesen ejecutadas sin rechistar. Y también estaba demasiado acostumbrado a obtener todo aquello que siempre deseaba. Y él deseaba a Anna. La deseaba demasiado como para dejarla escapar.

—Bueno —dijo desplegando su bonita sonrisa, una sonrisa que a Anna ya no le parecía tan perfecta—, todavía no hemos terminado esta guerra, pero cuando venzamos créame que todos querrán pregonar a los cuatro vientos que estuvieron aquí y que fueron ellos los que derrotaron al ejército ruso.

—Pues yo no creo que haya vencedores en ninguna guerra, comandante —dijo con aspereza—. Creo sinceramente que todo el mundo pierde. Mire a su alrededor. Tan solo quedan perdedores y muertos a los que enterrar. ¿Quién puede creer que ha ganado cuando ambos bandos tienen que enterrar a sus muertos?

—Pero, Anna —intentó enmendarse—, las víctimas son inevitables en una guerra...

—La verdad —dijo la enfermera con pasión— es la primera víctima de una guerra. Y la única verdad es que la mayoría de estos hombres no saben ni por qué están aquí, comandante.

El comandante cogió aire e intentó no incidir más en el tema. No quería que aquella inteligente mujer le dejase en evidencia delante de sus soldados. Pero cuando ella

fuera suya... ¡cómo iba a disfrutar haciéndola entrar en razón!

—Tiene usted razón, Anna —dijo conciliador—. Como ya le dije una vez, es su punto de vista y no seré yo quien intente cambiarlo. El tiempo nos dará la razón a uno u a otro —dijo con un halo de misterio que no terminó de convencer a Anna.

—Cierto —expresó Anna tranquilizándose un tanto—. Tenemos diferentes puntos de vista y es difícil llegar a un punto intermedio. Disculpe mis modales, comandante. Es que estoy un poco nerviosa con tanto herido.

—No hay nada que disculpar —dijo con su enigmática sonrisa y haciéndole una reverencia antes de retirarse.

Anna se quedó siguiendo con la mirada la ahora siniestra figura del comandante al abandonar la sala. No sabía por qué, pero aquel hombre ambicioso comenzaba a no gustarle, aunque también tenía muy claro que no iba a alzarse con más enemigos en aquel hospital.

Alex observaba en la distancia cómo la joven se quedaba mirando el horizonte por el que aquel oficial había desaparecido. ¿Se sentiría atraída por él? No había podido apreciarla durante la conversación, ya que ella había quedado de espaldas a él, pero las miradas de lascivia que el soldado le había dedicado cuando ella no miraba no le habían pasado desapercibidas al joven, que hervía en deseos de partirle la perfecta hilera de dientes a aquel imbécil.

De repente, Anna se dobló un tanto, llevándose las manos de manera convulsa al estómago. Al girarse un tanto, pudo apreciar en su perfil la mueca de dolor de la muchacha. Intentó ponerse en pie para ir en su ayuda pero, aparte de no conseguirlo, vio cómo uno de los médicos se aproximaba a ella para ayudarla y se relajó. La joven se recompuso enseguida pero, de todas formas, ¿qué le importaba a él? Ella lo quería en la distancia y en la distancia lo iba a tener... hasta que desapareciese de su vida. El oficial médico la acompañó hasta la salida de la gigantesca sala bajo la atenta mirada de Alex.

Cuando llegaron al umbral de esta, Anna se giró. Fue tan solo un instante apenas imperceptible para cualquier persona pero Anna... se había girado para dedicarle una bonita mirada llena de preocupación, que intentó disimular al sentirse descubierta ante él, y que al ruso no le pasó desapercibida.

Alex sonrió para sí mismo y entonces sí... entonces pudo abandonarse a los brazos de Morfeo mientras se preguntaba si su vida volvería a ser la misma después de haber conocido a aquella mujer. ¿Lograría algún día olvidar a la bella mujer que una vez le salvó la vida? ¡Lo dudaba mucho! Anna permanecería en su recuerdo para siempre.

## Capítulo 6

### La guerra de Crimea

—Últimamente la encuentro con mala cara, Anna —comentó como al descuido el comandante James, a la abatida muchacha que se afanaba en limpiar una cacerola de cobre.

—Lo cierto es que me encuentro muy cansada —expresó Anna—. Pero es natural. Aquí no se puede descansar ni de noche. Y a veces tengo la impresión de que esta estúpida guerra nos va a matar a todos.

Anna se encontraba extenuada y su irritación había ido en aumento en los últimos días. El comandante tampoco ayudaba a que se relajara, ya que parecía haberse empeñado en demostrarle que aquel infierno era la más noble de las aspiraciones humanas. La verdad, no entendía aquel empeño, y comenzaba a perder las formas delante de aquel hombre tan testarudo.

—Mi querida señorita, ¡las guerras no son estúpidas! —James había estado buscando la manera de justificarse ante ella y creía haber encontrado su punto débil; su continua defensa de toda la humanidad y su iluso intento de salvar el mundo, incluyendo a los tontos religiosos hacia los que él no profesaba ningún respeto—. Vuelvo a repetirle que son justas cuando son necesarias. Nuestro deber como militares es defender las injusticias. Las guerras solo son un medio para alcanzar la paz. Le aseguro que habrá mucha gente que agradezca nuestra ayuda cuando todo esto acabe.

—Ah, ¿sí? —contestó visiblemente molesta—. Y yo le repito que, ¿quién, si puede saberse? ¿Todos los soldados que ocupan nuestros hospitales? ¿Toda la gente que ha muerto para nada?

—¡No mueren para nada! —expresó con orgullo—. Mueren defendiendo la justicia y ayudando a los más necesitados—. Remarcó aquella frase dando el efecto deseado para captar el interés de su joven enfermera.

—¿Los más necesitados? Mire, comandante... para mí, todo esto no deja ser una masacre atroz.

—Anna, esos rusos estaban comprometiendo la independencia de los pobres religiosos turcos. Se han erigido como los defensores de la iglesia ortodoxa y pretenden adueñarse de posesiones que son propiedad de los católicos. Nosotros somos sus defensores y no podemos permitir que esto ocurra.

—¿Inglaterra es la defensora de la iglesia católica en el imperio otomano? —preguntó con incredulidad, ya que los ingleses eran anglicanos.

—Bueno, más bien Francia. Pero nosotros le hemos prestado nuestra ayuda —dijo con orgullo.

—Le juro que no entiendo la codicia humana —continuó, apoyándose visiblemente cansada en el lavadero.

—Anna, ¿se encuentra bien? —demandó preocupado mientras la sujetaba por el brazo.

—Lo cierto es que no me encuentro muy bien —expresó abatida.

—Siéntese y descance un rato —dijo preocupado.

—No —dijo con tenacidad—. Todos esos pobres soldados me necesitan. Pero, en un rato descansaré.

—¿Me lo promete? —dijo con su perfecta sonrisa.

—Se lo prometo —expresó con dulzura ante la interesada preocupación del comandante—. Dejaré un rato las ollas y haré un poco de ronda llevando té y vino a los pacientes.

El oficial llamó a una de las muchas mujeres de los soldados que la señorita Florence había traído y comisionado para el lavadero y las cocinas, para mejorar la higiene y la alimentación de los enfermos. No quería que Anna trabajase tanto, ya que comenzaba a preocuparle seriamente su estado de salud.

—Esta mujer la relevará de sus quehaceres —dijo ofreciendo a la mujer.

Anna miró las ollas que tenía por lavar y sintió auténtico alivio al saber que no tendría que seguir frotando. A su llegada había sido imposible cocinar. El té se hacía en las mismas calderas donde se hervía la carne y, como no había agua para limpiarlas, este era imbebible. Por no hablar de que solo había una cocina y el único combustible era leña verde. También aquello había cambiado desde que la señorita Florence había provisto de estufas y material para las cocinas, pero seguían escasas de personal y el trabajo era muy duro.

—Bien, entonces haré la ronda. ¡Gracias, comandante!

—Procure descansar, Anna.

La joven enfermera se encaminó hacia las salas de los pacientes. Por el camino, se tropezó con un oficial médico que la requirió para ayudarlo en su ronda. Sala tras sala, el oficial médico fue preguntando a los enfermeros por las novedades. Era lo mismo de todos los días. La vida de miles de soldados se apagaba sin esperanza de salvación. “Veintiún muertos, señor”, decían unos; “treinta”, decían en otra sala; y así, una tras otra sin remisión. Anna oía sus lamentos y daba la mano a aquellos que suplicaban por un sacerdote. Rostros pálidos, ojos hundidos, cuerpos esqueléticos, respiraciones aceleradas, enfermeros trasladando cadáveres recién operados...

El oficial médico la despidió en una sala en la que ni siquiera quiso entrar, aduciendo que allí había enfermos de erisipela y que nada podían hacer por ellos.

Anna se dirigió como una autómatas hacia la sala donde se encontraba Alex. Ya hacía tres días que solo lo observaba en la distancia, ya que Lucinda se había convertido en su guardiana inseparable, en la distancia, y no quería que malmetiese en su contra llamando todavía más la atención sobre Alex. Cuando entró en la sala pudo comprobar que la joven novicia estaba con su joven paciente y sintió una oleada de... ¿qué era aquello? Tenía ganas de ir y apartar de un manotazo a su odiosa compañera. Y Alex le estaba sonriendo... como a ella. Se apoyaba sobre la enfermera para incorporarse y agarrar unas muletas que la novicia debía de haberle llevado. En el momento en que Lucinda se alejó de allí, Anna, ni corta ni perezosa se encaminó hacia el que hasta ahora había considerado su paciente.

—Veo que se encuentra mejor, Alex —dijo de forma brusca mientras el joven conseguía al fin ponerse de pie, no sin esfuerzo, dejando con la boca seca a Anna al darse cuenta, por primera vez, de lo alto y fuerte que parecía aquel hombre en posición vertical.

—Veo que usted también, Anna.

—¿Disculpe?

—Hace unos días que la observo en la distancia, ya que ha decidido abandonarme, y no tiene buena cara. Pero hace un momento ha recuperado usted el color de una manera asombrosa y llega aquí bastante enfadada, aunque no comprenda yo el motivo. He pensado que había sufrido usted una mejoría en su estado y tan solo se lo he señalado.

La sonrisa guasona bailaba en su cara, y Anna tuvo ganas de golpearlo nuevamente. Pero, ¿quién se había pensado que era aquel hombre?

—Punto número uno —dijo enfurecida—, ¡no le he abandonado! Es que tengo más pacientes aparte de usted, ¿sabe? ¡No es exclusivo! Y punto número dos: ¡me encuentro perfectamente ahora y estos días de atrás!

—Y está usted molesta por... —dijo esperando a que ella concluyese la frase.

—No estoy molesta —dijo bajando la voz—. Solo me alegro de que se esté usted recuperando para que vuelva por donde ha venido y deje ya de asustarme cada vez que alguien se le acerca. Por si no lo recuerda, usted es el malo en esta historia y yo la estúpida que le ha encubierto. —Anna no sabía por qué, pero quería hacerle daño con sus palabras y borrar aquella irresistible sonrisa de su cara.

Alex se envaró como si le hubiesen golpeado en el orgullo y su expresión se tornó seria.

—¿Es eso lo que piensa realmente? —preguntó en un extraño tono calmo.

—¡Por supuesto! —dijo intentando rematar al soldado—. Todo esto es por culpa de... —Anna bajó la voz para que solo él pudiese escucharle mientras miraba alrededor comprobando que nadie les prestaba atención—. ¡Toda esta guerra es por culpa de los suyos y su empeño en poseer algo que no es de su propiedad con la

excusa de defender a los cristianos ortodoxos! ¡Qué vergüenza!

—¿Es eso lo que le ha dicho su admirador inglés? —preguntó con ironía a la vez que su rostro se enfurecía—. ¡Usted no sabe una mierda! Esta guerra no la ha deseado ni el pueblo ruso, ni el francés, ni el inglés, ni el turco... No ha estallado para favorecer el bienestar de ninguno de esos pueblos ni de sus religiosos. Es una guerra imperialista por el reparto de importantes territorios de explotación para los puñeteros capitalistas y financieros. Las guerras no las comienzan los ejércitos, Anna, las comienzan los políticos. La gente de a pie, como nosotros, muere en el campo de batalla. Miles y miles de personas mueren creyendo defender unos ideales de fe. ¿Cree de veras que sus compatriotas se han compadecido de los turcos y sus iglesias? ¡Esa es su maldita excusa! Pero la cruda realidad es que, ni ustedes los ingleses, ni los franceses, quieren que el imperio de los Romanov tenga acceso al mar Negro porque constituiría un serio problema para sus intereses de hegemonía naval.

Todo esto lo había dicho mientras se acercaba peligrosamente a Anna, que veía cada vez más grande y más imponente la figura de Alex. ¿Por qué había tenido que decirle todo aquello si en realidad ella no lo pensaba? De repente, se sintió muy arrepentida y su debilidad volvió. Comenzó a sentirse mareada y las piernas le fallaron. Sintió un dolor agudo en el abdomen y un sudor viscoso comenzó a perlarle la frente.

La expresión de Alex cambió de inmediato, y la preocupación se reflejó en su rostro cuando sujetó a la joven antes de que cayese al suelo.

—¡Anna! —Recogió a la joven en sus brazos a la vez que se desprendía de sus muletas—. ¡Anna, por Dios! ¿Se encuentra usted bien?

Anna abrió los ojos ligeramente mientras observaba el bello rostro de su soldado inclinado sobre ella. Un terrible dolor abdominal, fulminante como un rayo, hizo que compusiera una mueca de auténtico sufrimiento.

—¡Lo siento, Alex! —dijo llena de arrepentimiento y con un hilo de voz—. Siento de veras lo que le he dicho. Ninguno de los que estamos aquí tenemos la culpa de esta espantosa guerra. Yo creo también que todas estas muertes son inútiles. —Anna se apagaba por momentos, cayendo en una ansiada y bienvenida inconsciencia que la apartaría de aquel terrible padecimiento estomacal, cuando sus ojos se cerraron y con un hilo de voz dijo: —¡Por favor, Alex! ¡No me deje! ¡Prométame!

Alex se quedó sin aliento al escuchar aquellas palabras y un pánico como nunca antes había sentido se apoderó de él.

—¡Un médico! —tronó su voz por encima de todas las quejas y lamentos de la sala.

Un oficial levantó la vista. El mismo que la había atendido el otro día y se dirigió hacia allí a prisa para examinar a la joven con cara lastimera.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Alex enfurecido al ver que el médico no hablaba.

—Es pronto para decirlo, soldado —dijo con aflicción—. Pero seguramente haya enfermado de cólera. Casi todos se están enfermando de lo mismo.

Por primera vez en su vida, Alex sintió un vacío en su pecho que amenazó con arrancar lágrimas de sus ojos.

## Capítulo 7

### El cólera

Anna sintió cómo algo le presionaba en los labios y la amenazaba con introducirse en su boca. Quería que aquello, fuese lo que fuese, se apartase y la dejase respirar con normalidad. Al no conseguirlo, a pesar de sus esfuerzos por apartar la cabeza, fue poco a poco recuperando la consciencia para poder expresar sus deseos de no ser molestada. Desde la neblina de sus delirios fue despertando, y el primer rostro que Anna vio cuando abrió los ojos fue el de Lucinda, cosa que no mejoró el ánimo de la joven enfermera.

—¿Qué ocurre? —preguntó desorientada Anna, intentando apartar la cuchara que la novicia se empeñaba en introducir en su boca, cuando un terrible calambre le sacudió el abdomen y aulló de dolor.

—¡Hombre! ¡La niña mimada ha vuelto de entre los muertos! —expresó con desagrado.

—¿De qué estás hablando? —dijo al tiempo que intentaba incorporarse, dándose cuenta de que no tenía fuerzas ni para respirar.

—Llevas varios días inconsciente. Has enfermado de cólera.

—¿Cómo? —preguntó aterrorizada y casi en un grito.

—Tranquila —dijo con hastío Lucinda—. Te he cuidado muy bien y la mismísima Florence se ha encargado de que te trasladasen a este cuarto a ti sola y que no te faltase de nada. Claro, todo bajo la recomendación del comandante Wilson —escupió con veneno.

—¡Dios mío! —expresó con pesar—. ¡Siento haber sido más un estorbo que una ayuda!

—¡Ni lo dudes! ¡Ya sabes lo que supone cuidar a un enfermo de cólera! —dijo molesta—. No he parado de limpiar tus vómitos y deposiciones. ¡Sabes que es un asco!

Anna enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¡Lo siento, Lucinda! No era mi intención enfermar.

En ese momento entró en el cuarto aquel oficial médico con cara de bonachón para revisar a la paciente.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó impresionado—. Es usted más fuerte de lo que parece. No pensé que fuese a despertar. La debilidad la ha tenido a usted semiinconsciente todo el tiempo. ¿Cómo se encuentra?

—Pues no muy bien. Me siento sin fuerzas, no soy capaz ni de incorporarme y siento un dolor espantoso en la tripa.

—Bueno —dijo con una gran sonrisa bondadosa el médico—, eso es normal después de haber perdido tantos líquidos y no haber podido ingerir casi alimento durante tantos días.

—¿Tantos días? —preguntó temerosa Anna.

—Señorita, lleva usted más de una semana enferma. Ya hemos comenzado el nuevo año.

—¿Cómo?

El médico sonrió alegre ante las buenas perspectivas de mejoría de su paciente.

—Alégrese, mujer. Los cuidados de sus compañeras y los buenos caldos de ese nuevo cocinero han dado sus frutos.

—¿El señor Soyer? —preguntó interesada.

—Sí —respondió maravillado el médico—. Sus dietas, junto con todos los alimentos que está comprando la señorita Nightingale en Constantinopla, de su propio bolsillo, están consiguiendo que nuestro ejército mejore de manera espectacular. No sé de dónde ha salido ese hombre pero, junto con la señorita Nightingale y todas ustedes, están obrando verdaderos milagros en este hospital —dijo visiblemente satisfecho y aliviado.

—Sí —dijo Anna, que en ese momento compuso una mueca de dolor debido a otro fuerte retorcijón—. ¡Disculpe! Estos dolores son matadores. Como intentaba decirle, el señor Soyer es el cocinero más afamado de Londres. Tuve la oportunidad de hablar con él antes de enfermar y es una gran persona. Es un prestigioso cocinero inglés que tuvo la desdicha de perder a su esposa y desde entonces se dedica a hacer obras de caridad. También él se está costeando de su propio bolsillo esta ayuda.

—¡Pues le doy gracias a Dios por ello! —dijo levantándose del catre donde se había instalado, junto a Anna, para examinarla de cerca—. La dejo descansar. Tiene que intentar ingerir, ahora que ha despertado, esos maravillosos caldos e intentar reponerse lo antes posible.

—¿Cree que mejorará? —preguntó dudosa ante los fuertes dolores de abdomen y los terribles calambres que sufría en las piernas.

—¡Es usted una muchacha fuerte y valiente! —dijo con admiración—. Creo que dentro de un tiempo podrá usted continuar con su tarea humanitaria aquí en el hospital. Pero no desespere. Llevará su tiempo. Está demasiado débil, pero no ha tenido calentura y eso ayuda mucho.

El médico salió de la diminuta habitación donde se hallaba Anna perseguido por Lucinda, que estaba deseando con toda claridad escapar de allí. Anna se giró e intentó vislumbrar dónde se hallaba. El lugar era diminuto y tan solo estaban su catre y una silla vieja a su lado sobre la que había una especie de tazón lleno de caldo. Con dificultad, se incorporó un poco y pudo vislumbrar un orinal en el suelo, pero se volvió a dejar caer, exhausta. Sin quererlo ni proponérselo su mente voló hacia Alex. ¿Qué habría sido de él durante aquellos días? De repente, la sola idea de que ya hubiese escapado se coló en su mente como un torbellino, y consiguió que le faltase la respiración y que un peso se instalase en su pecho, mientras los ojos comenzaban a escocerle amenazándola con comenzar a llorar cual niña pequeña.

En ese momento, oyó un ruido proveniente del pasillo y se recompuso como pudo, para aceptar la inesperada e inoportuna visita.

Pero lo que vio fue como una luz celestial que la alivió al instante de todos sus dolores. Alex entraba de manera clandestina mirando en todas direcciones para no ser descubierto. Estaba aseado, afeitado y vestía un uniforme limpio. Y se apoyaba tan solo en una muleta, lo que demostraba que se encontraba bastante mejor. Pero lo que la dejó sin respiración fue la sonrisa traviesa que le dirigió mientras se acercaba al catre donde ella se encontraba.

—¡Alex! —El nombre casi muere en su garganta, pues la turbación la embargó de tal forma que casi pierde la voz—. ¿Qué hace usted aquí?

—¡Anna! —pronunció visiblemente emocionado—. ¡Por fin ha despertado! Me tenía usted seriamente preocupado.

—¿Ha estado pendiente de mí? —preguntó con voz temblorosa, sin saber por qué aquel gesto le hacía vibrar el estómago, y no de dolor precisamente.

—Al principio no me dejaban ni acercarme. Esa Nightingale es verdaderamente estricta. Pero comencé a montar guardia, ya sabe, defecto profesional, y estudié cuándo poder entrar a visitarla sin ser visto.

Anna lo veía y no podía creerlo. Aquel hombre la había visitado con frecuencia durante su convalecencia. Una extraña emoción se había apoderado de ella y no sabía ni qué decir. Por no hablar de lo impresionada que estaba con el cambio del joven. Siempre había pensado que era muy guapo pero ahora, ante sus ojos, se presentaba deslumbrante. Sin aquella barba y con aquella sonrisa tenía cara de pícaro travieso. Un pícaro que derrochaba seguridad y masculinidad por todos los poros de su ser. Anna estaba fascinada y de repente se sintió pequeña. Debía de tener un aspecto horrible y quiso desaparecer de la vista del joven. No sabía por qué, pero no quería que la viese en aquellas condiciones.

—No debería usted haber venido...

—Necesitaba saber cómo se encontraba.

Anna se quedó sin argumentos. Aquel hombre la sobrepasaba y hacía que todo el mundo a su alrededor desapareciese en tan solo un instante.

—Ya ve que no muy bien —expresó con pesar.

—En cambio, yo la veo estupenda.

La joven no pudo evitar que a sus labios acudiese una tímida sonrisa.

—¿Y usted? Veo que se ha recuperado bastante.

—Sí —dijo entusiasmado—. Gracias a usted y a sus cuidados aún conservo la pierna, cosa necesaria para poder escapar de aquí.

Anna volvió a sentir el ya conocido desasosiego de su estómago al oír hablar al soldado de su partida, pero quiso omitir aquel sentimiento y se centró más aún en el joven.

—¿De dónde ha sacado ese uniforme? —preguntó con falsa ironía.

Aquella pregunta arrancó una carcajada al joven que hizo que todas las terminaciones nerviosas de la enfermera se derritiesen en el acto.

—¿Cree acaso que lo he robado? —preguntó agachándose a su lado y acercándose peligrosamente a Anna mientras componía aquella sonrisa burlona, que la joven ya sabía que iba a extrañar cuando desapareciese de su vida.

—¿No es así? —preguntó a su vez, sonriendo sin remisión ante el despliegue burlón de encantos del joven.

—Siempre pensando usted mal de mí... —Compuso su mejor cara de falsa ofensa—. Debo decir en mi defensa que me lo han dado. Pero no solo a mí, claro. Su señorita Nightingale es la salvadora de este hospital. Nos ha provisto a todos de uniformes nuevos de invierno, calcetines, calzado y hasta de ropa interior. Además, ha comprado precipitados para los piojos, tijeras, navajas —dijo pasándose la mano por la suave cara en la que no había ni rastro de barba—, cepillos de dientes, jabón —expresó como si aquello fuese un lujo impagable en aquellas circunstancias— y toallas.

—Le dije que era una buena mujer.

—Los soldados la han apodado la Dama de la Lámpara porque, por las noches, solo se la ve a ella haciendo la ronda, portándola como un ángel entre los enfermos...

¡Pero yo no lo veo así!

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Porque el único ángel que yo he conocido aquí es usted. Usted apareció para salvarme la vida y le estaré eternamente agradecido por ello.

Anna volvió a enrojecer mientras un sentimiento de satisfacción la recorría por entero.

—Solo he hecho mi trabajo —dijo modesta.

—¿Su trabajo consiste en ocultar al enemigo?

—¡Por Dios, Alex! Deje de decir esas cosas en alto.

Alex volvía a sonreír feliz. La preocupación lo había vuelto loco durante los primeros días hasta que había podido acercarse a ella sin ser visto y comprobar que seguía viva. Muy poca gente en aquel hospital había sobrevivido al cólera y había temido por la vida de la joven más que por la de sí mismo.

—Anna, no sabe la falta que me ha hecho. Además, me hubiese gustado pasar las fiestas navideñas atendido por usted —dijo visiblemente afectado.

Anna se sentía en la gloria con aquellas palabras.

—¡No sea quejica! —dijo intentando desviar la intensa mirada del soldado ruso—. Seguro que Lucinda le ha cuidado estupendamente —adujo con una punzada de... ¿celos?, en el centro de su ser.

Alex rememoró la última semana. Había tenido que acercarse de más a Lucinda e ingeniárselas para averiguar el estado de salud de la joven sin que la propia Lucinda se percatase de ello. No le gustaba dar a entender a la joven novicia que estaba interesado en ella, pero había sido la única manera de obtener una información que lo estaba volviendo loco. El estado de salud de Anna se había convertido en un objetivo prioritario en su vida durante aquella eterna semana. Pero la novicia no solo había creído que estaba interesado en ella, sino que además se le había pegado cual lapa, asfixiándolo a diario.

—¡Ni se lo imagina! —protestó con cara de circunstancias—. No me dejaba ni a sol ni a sombra y se me ha hecho muy difícil escabullirme de ella para venir a verla a diario.

—¿Me ha visitado a diario?

—Prácticamente. Ya le dije que es usted mi ángel, y debía asegurarme de que no tenía usted intenciones de dejarme tan pronto.

Anna se quedó perdida en su mirada por un largo instante, regodeándose en las sensaciones que el soldado le hacía sentir. Pero no quería engañarse. Alex desaparecería de su vida en breve y comenzaba a darse cuenta de que esa partida iba a acabar con un extraño y doloroso sentimiento dentro de ella. Bajó la mirada repentinamente triste.

—¿Cuándo tiene pensado partir?

Alex exhaló el aire que también había estado conteniendo mientras se habían mantenido la mirada y su expresión se tornó sombría.

—No puedo demorarme mucho —expresó con pena—. Creo que me encuentro en condiciones físicas de partir y cada día es más peligroso para mí estar aquí. He conseguido esquivar con mentiras al médico, que quería saber mi nombre, y también estoy en el punto de mira de su enamorado. Solo es cuestión de tiempo que me descubran.

—¿Mi enamorado?

—Sí, ese comandante Wilson. —Alex bajó la mirada y, aunque se había prometido así mismo un millón de veces que no se lo preguntaría, los sentimientos que le había provocado la muchacha, al volverla a ver, le impulsaron a hacer lo contrario—. Anna... ¿corresponde usted a ese amor?

—¿Qué? Para empezar, no es mi enamorado. Creo que se está equivocando...

—No me equivoco —cortó serio a Anna—. Ese hombre está detrás de usted como un perro faldero. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de ello. Mi pregunta es otra.

Anna estaba realmente conmocionada.

—No estoy enamorada de él si es eso lo que quiere saber pero... —A Anna se le cortó la respiración cuando la repentina sonrisa de Alex iluminó toda aquella estancia y tuvo que coger aire con fuerza para poder continuar—. Alex, no entiendo su interés. Usted partirá en breve. ¿Qué puede importarle?

En ese momento se escucharon unos pasos en el corredor que parecían acercarse.

—¡Mierda! ¡Tengo que irme! Si me descubre aquí quien no debe, me vigilarán más de lo que ya hacen —dijo preocupado girándose hacia la puerta.

—¡Váyase! ¡No pierda tiempo! —le apremió Anna.

Antes de incorporarse, Alex se inclinó rápidamente sobre la joven y, sin que ella supiese sus verdaderas intenciones, acercó sus labios a los de ella en una suave e imperceptible caricia que dejó un suave beso, desatando un torrente de sensaciones imposibles de expresar para Anna.

—¡Recuerde que esta maldita guerra no durará eternamente! —Y antes de saber realmente las consecuencias de sus palabras se sorprendió a sí mismo en un arranque de sinceridad delante de Anna—. ¡Y ahora ya tengo motivos más que suficientes por los que luchar para sobrevivir!

Y desapareció...

Desapareció dejando a Anna confusa y con una sensación de regocijo imposible de explicar, mientras se llevaba la mano a los labios, donde la acababan de besar por primera vez en su vida.

## Capítulo 8

### Pretendientes

—¿No era ese hombre el dichoso conde? —preguntó molesto el comandante al entrar en la sala donde se hallaba Anna.

—¿El conde? —preguntó sorprendida Anna.

—¡Sí! Ese hombre al que usted estaba cuidando con tanto interés.

Anna agachó la mirada intentando esconder sus emociones y sopesando la posibilidad de mentir, pero la elevada estatura e inusual corpulencia de Alex le delataba de lejos y nada podía hacer para ocultarlo. Lo que sí podía hacer era intentar desviar la sugerencia del comandante con respecto a su interés en el soldado.

—¿Ese soldado es un conde? —preguntó sorprendida.

—Sí. Uno de los médicos oficiales ha estado investigándolo porque le daba mala espina. Yo mismo lo he vigilado de cerca algunos días —dijo sumido en sus pensamientos—. Debe tener usted cuidado con él. No es trigo limpio. Dice ser el conde de Wiltshire pero yo no recuerdo que su familia se enrolara en la guerra. He mandado una carta a mis contactos en Londres para que investiguen.

Anna creyó desfallecer allí mismo. Tenía que avisar cuanto antes a su joven soldado.

—¿Lo cree necesario? —dijo intentando permanecer lo más imparcial posible—. ¿Cuál es el problema de que estuviese mintiendo?

—Que quiero saber el porqué. Ese hombre oculta algo y estoy resuelto a averiguar qué es —dijo pensativo.

—¿Por qué iba a estar ocultando algo? Yo no he notado nada raro en él.

—Anna, ¿cree realmente que un señoritingo de la alta burguesía no iba a reclamar mejores cuidados para él y un lugar más digno que este espantoso hospital? Conozco a los de su ralea —dijo con desprecio centrando su atención en ella—, y solo encuentro dos posibles causas para mis sospechas, y una de ellas es que claramente sea un impostor.

—¿Impostor? —continuó Anna con dificultad intentando averiguar más sobre las sospechas del comandante.

—Que esté intentando ocultarse bajo un falso título para evitar así el castigo.

—Pero, ¿de qué castigo está usted hablando?

—Desacato, por supuesto. Por lo visto, no solo desobedeció a un oficial médico, sino que además le puso en evidencia delante de muchos enfermos y de usted misma...

Anna suspiró aliviada. Desde luego, si había inventado un título nobiliario para quitarse de encima a todos aquellos hombres, la jugada no le había salido nada bien. Pero al menos no sospechaban de su país de origen. El comandante la miraba fijamente y supuso que quería que le contase más acerca de aquel supuesto desacato, así que decidió seguir esquivando las preguntas.

—¿Y la segunda posible causa?

Funcionó. El comandante dejó de interrogarla con la mirada.

—Que ha mentido para estar cerca de usted.

—¿Disculpe?

—Ese hombre se ha enamorado de usted, Anna. Cualquier tonto puede verlo a la legua. El hecho de que haya venido hasta aquí, teniéndolo prohibido y exponiéndose a un castigo, lo confirma. Puede que cuando la vio ocultase su origen burgués para no ser trasladado y poder así permanecer a su lado y cortejarla.

¿Dos hombres enamorados de ella y los dos se habían dado cuenta el uno de las intenciones del otro, mientras que ella no se había ni enterado? No le parecía posible. Pero... ¿estaría Alex realmente enamorado de ella? Rememoró sus palabras y aquel tímido y dulce beso. Al instante, su cuerpo se vio invadido por una extraña sensación de alegría mientras que todas sus terminaciones nerviosas vibraban de dicha.

—Creo que se equivoca, comandante —dijo intentando desviar nuevamente el tema—. Es cierto que me ha visitado, pero tan solo me está inmensamente agradecido porque, según él, le he salvado la pierna. Su amigo, el oficial médico, quería cortársela, ¿sabe? Los cirujanos amputan sin criterio alguno a todos esos pobres hombres, y creo que deberían diagnosticar con más cuidado. La vida sin alguna de sus extremidades no creo que sea muy digna, y sé de muchos hombres que prefieren la muerte. Y si alguna de todas esas amputaciones puede evitarse... creo que sería un logro magnífico.

—Y usted ha evitado una de ellas. Anna, es usted una mujer muy compasiva, y una gran enfermera. Lo supe desde el primer día que la vi. Pero he de preguntarle algo. ¿Corresponde usted a ese hombre?

—Pero, ¿qué dice? —contestó visiblemente sorprendida—. Es un paciente y yo los trato a todos por igual. Además, le repito que ese soldado no tiene ningún interés en mí —dijo convencida y resuelta.

El comandante se mostró visiblemente satisfecho con su respuesta y Anna se sintió aliviada.

—Me alegro, Anna —dijo acercándose algo más a la joven—. Porque yo quería decirle que con usted yo me siento...

—¡Ay! —aulló Anna ante un repentino y doloroso retorcijón de tripa, dejando inconclusa la frase del comandante Wilson.

—¿Se siente usted bien? ¿Llamo a algún médico? —demandó con preocupación.

—No. No se preocupe. El cólera es así —dijo con la cara descompuesta por el dolor—. No hay nada que hacer salvo intentar ingerir líquido... y retenerlo, claro. Me siento muy cansada, comandante.

—Por supuesto, Anna. La estoy molestando con mis preguntas y con mis dudas cuando usted debe descansar —dijo afectado, aunque molesto, ya que sus intentos de acercamiento a la joven siempre caían en saco roto y él no se caracterizaba por su paciencia, precisamente—. Dejaremos nuestra conversación para otro momento.

—Sí, creo que será lo mejor —dijo repentinamente agotada y agobiada ante el inesperado giro que había tomado la conversación.

El comandante se puso en pie, no sin antes besar cortésmente la mano de Anna para despedirse y de salir por la puerta para dejar dormir un rato a la joven.

Pero lo último que quería Anna era dormir. Un torrente de sensaciones nuevas la recorría por entero. Sensaciones que el joven Alex despertaba en ella y que no sabía cómo calificar.

“¡Dios mío! ¿Qué iba a hacer ella ahora?”

## Capítulo 9

### La avanzadilla

Alex llevaba varios días saliendo del hospital para reconocer el terreno. El paisaje desolador de Scutari lo abrumaba al igual que el de su añorada Sebastopol. La estrecha calle principal destilaba olor a muerte y podredumbre. En ella convivían cadáveres de animales y hombres junto con soldados que llegaban de la guerra y tenían que vivir sin refugio, sin ropas, sin alimentos... El invierno, todavía a mediados de enero, estaba siendo muy duro y todos aquellos pobres soldados empapados por las lluvias tenían que dormir medio sepultados en el barro. La galerna había devastado las tiendas de campaña y los caballos habían desaparecido arrastrados por el viento y los pocos animales que quedaban también morían de hambre. Así aumentaba desmesuradamente el número de soldados que enfermaba y que acudía al hospital, que nada podía hacer frente a la oleada de heridos y enfermos que llegaba continuamente. La situación era francamente desesperada, y Alex se compadeció de las calamidades de todos aquellos soldados. Ninguno de los hombres que allí había tenía la culpa de nada de lo que estaba ocurriendo. Tan solo eran seres llamados para matarse entre ellos sin saber muy bien el porqué. Meras marionetas en manos de políticos que nada arriesgaban desde sus gabinetes o sus grandes mansiones, a salvo y lejos del conflicto bélico.

Llegó hasta el puerto, donde se dispuso a observar las idas y venidas de los barcos. Debía investigar qué navíos partirían en breve y cómo embarcar en alguno para llegar al otro lado del mar Negro. La travesía podía durar cuatro días escasos, pero con aquel clima podría demorarse hasta dos semanas. Una vez desembarcara debía pensar en cómo acercarse a sus líneas sin que le matasen en el intento, al poder confundirle con el enemigo.

Alex se giró y suspiró audiblemente. La empresa era muy arriesgada, pero no le quedaban opciones.

Anna...

La imagen de la joven acudía una y otra vez a su mente. Y aquel inocente roce de sus labios, apenas hacía unos días, le perseguía hasta en sueños. No sabía en qué momento se había metido en su cabeza de una manera tan alarmante, pero ya era una realidad. Anna formaba parte de su vida y no iba a ignorar más el hecho de que la quería en ella. El problema es que no sabía qué era lo que podía hacer con respecto a la joven. Estaban en guerra y había tantas cosas que los separaban... Llevarse a la joven no era una opción, no soportaría el viaje estando enferma como estaba y, por otro lado, tampoco sabía si la joven correspondería a sus sentimientos. Pero, ¿de qué sentimientos estaba hablando? ¿De veras se habría enamorado de ella? ¿No sería simple agradecimiento lo que sentía por la joven? Nunca se había sentido así, de eso estaba seguro. Pero, ¿cuáles eran en realidad aquellos sentimientos?

Y pensando y pensando se juró una y mil veces que cuando esa maldita guerra terminase regresaría a por ella. Le dolía mucho alejarse de la joven, y más sabiendo que estaba enferma, pero debía partir cuanto antes. Solo rezaba para que ella no muriese con esa u otra de aquellas enfermedades que todos los soldados estaban contrayendo sin saber muy bien por qué.

Tan ensimismado iba en sus pensamientos que no lo vio venir. Un soldado casi de su misma estatura y con una fuerza descomunal le arrolló, haciendo que se tambalease y casi cayese al suelo. Cuando el soldado le sujetó de las solapas de su abrigo para que no cayese, le oyó mascullar con alegría.

—¡Maldito cabrón! —dijo emocionado el soldado haciendo que Alex le mirase perplejo al reconocer aquella voz y aquel idioma—. ¡Sabía que no podías estar muerto! —dijo su amigo susurrándole al oído en un perfecto ruso.

—¿Vladimir? —preguntó incrédulo.

—¡El mismo que viste y calza! —dijo orgulloso—. ¡Por Dios, ya habíamos desistido de tu búsqueda! ¡Espera a que los muchachos se enteren de esto!

—Pero, ¿qué haces aquí? —Alex no salía de su asombro—. Y, ¿de qué muchachos hablas?

—¿Cómo que qué hago aquí? ¡Pues, venir a por ti! —dijo con regocijo—. Verás, cuando te hirieron en el campo de batalla te protegí con un capote enemigo con la vana esperanza de que no te rematasen. Yo también salí herido, y no podía llevarte conmigo. Lo que nunca imaginé fue que te fueran a recoger para traerte a este maldito lugar.

Alex comenzaba a hacerse una vaga idea de lo que había sucedido.

—Entonces, ¿fuiste tú quien me encubrió?

—Sí, estabas inconsciente y supuse que te dejarían allí tirado pensando que estabas muerto, como a otros tantos. Lo de ponerte el capote inglés fue para que no te pegasen un tiro al pasar buscando a sus heridos en el campo de batalla. Perdimos de una manera estrepitosa, y los pocos que quedamos tuvimos que retirarnos de forma apresurada. Espero que sepas perdonarme, hermano.

—¡No tienes que pedirme perdón! —expresó Alex—. Al fin y al cabo, los dos estamos vivos, y eso es lo que importa pero, ¿cómo demonios has llegado hasta aquí?

—Los chicos y yo, ya sabes... parte de tu escuadrón decidimos formar un grupo de avanzadilla. Supuse que si te habían confundido con un inglés bien podías haber continuado la farsa con ese dominio tuyo del idioma.

—¡Has supuesto bien! —expresó con clara alegría Alex y abrazando fuertemente a su amigo.

—Esta noche regresamos —dijo separándose apenas un tanto de su amigo—. Llevamos aquí demasiados días, y creo que nuestra corpulencia está llamando demasiado la atención. Además, casi no hemos hablado con nadie por miedo a que nos descubran. Ya sabes que nuestro inglés no es muy boyante. Y, ahora que te hemos encontrado, no debemos demorarnos más.

—¿Cómo habéis llegado?

—En barco, claro —indicó su amigo señalando una pequeña embarcación situada en el muelle—. ¡Ven! ¡Los chicos se van a volver locos de alegría!

—¡De veras que no me lo puedo creer! —expresó incrédulo Alex mientras caminaban hacia el barco—. Comenzaba a desesperarme pensando en cómo escapar de aquí. Pero, dime, ¿cómo van las cosas? Sé que ya nos han sitiado, pero no tengo muchas más noticias, ya que no he preguntado mucho para no llamar la atención.

El gesto de su amigo se descompuso.

—Mentiría si te dijese que bien. El sitio nos está destrozando pero aguantamos como buenos cosacos rusos que somos. —La resignación se esculpíó en su rostro.

Alex y Vladimir eran amigos desde que Alex tenía conocimiento. Ninguno de los dos, al igual que la inmensa mayoría de los participantes de ambos bandos de la guerra, entendía por qué tenían que matarse entre ellos por las malditas malas decisiones políticas de sus dirigentes. Pero Vladimir, a diferencia de Alex, era un cosaco al que habían preparado para la asumir órdenes militares, y las cumpliría hasta la muerte sin miedo, con orgullo y con valor y sin cuestionar ninguna de esas órdenes. Alex, en cambio, no solo las cuestionaba, sino que había intentado más de una vez cambiarlas.

—¿Tan mal van las cosas?

—Ya sabes que las ciudades sitiadas no tienen muchas oportunidades, pero estamos sorprendiendo a estos cerdos ingleses. No sé qué estrategia ha hundido nuestra propia flota para que nadie pueda acercarse a nuestro puerto.

—¿Cómo que...?

—Ni lo preguntes. ¡Ha funcionado! Nadie se puede acercar por mar. Creo que ha sido un gran punto de defensa.

Los dos amigos iban caminando hacia la pequeña embarcación de vapor que allí había anclada, y cuando varios hombres los divisaron los vítores de alegría, que no atienden a ningún idioma, y el orgullo pudieron oírse en casi todo el puerto. Alex les silenció con una vaga orden para que no llamasen más la atención, pero él también se encontraba exultante debido al reencuentro. Pasaron un buen rato poniéndose al día sobre ellos y sobre la guerra hasta que dos de sus oficiales se dispusieron a partir.

—¿Adónde vais? —preguntó curioso Alex.

—Vamos a dejarles un regalo a estos malditos ingleses antes de irnos. Les haremos una incursión.

A Alex le cambió la expresión al momento.

—¡No haréis tal cosa!

Todos los allí presentes se giraron a una hacia Alex.

—Pero, Alex, ¿te has vuelto loco? —expresó Vladímir—. Hemos llegado hasta aquí con el fin de intentar localizarte, pero no podemos despreciar esta magnífica oportunidad. Partimos de Sebastopol como tropa irregular para localizarte, pero también para poder atacar al enemigo de forma sorpresiva. Sabes que eso da valor a los que están en Sebastopol y desmoraliza al ejército contrario.

—¡Maldita sea, Vladímir! ¡Sé perfectamente lo que es una tropa irregular o avanzadilla y para qué se forman! —dijo elevando el tono de voz—. Pero todos los soldados de esta maldita ciudad son heridos de guerra y están muriendo con enfermedades nada agradables. ¡No somos asesinos! ¡Somos soldados y tenemos un honor! Y os aseguro que no pienso permitir que forméis parte de una carnicería frente a gente indefensa.

—¿Indefensos? —exclamó Vladímir—. Ellos no tuvieron ningún miramiento con nuestros heridos en el campo de batalla...

—¡El campo de batalla es el campo de batalla! —aseveró poniéndose en pie y afianzando así sus dotes de mando—. En este lugar hay dos hospitales y muchísimos civiles. Y no solo hay personal militar en los hospitales, sino que además han venido numerosas familias de los soldados para ayudar a atender a los heridos. ¿Realmente queréis llegar orgullosos a Sebastopol relatando hazañas de cómo matasteis a mujeres y niños indefensos para rebajar la moral inglesa?

—¡Vaya, Alex! —dijo arrepintiéndose un poco Vladímir—. Nos habían comentado que esta era la principal base de operaciones inglesa.

—Y lo es. Pero está plagada de civiles y los soldados están casi todos moribundos. No encuentro ningún honor o valentía en matar a estas personas.

Los soldados no quedaron muy satisfechos, pero todos ellos estaban de acuerdo en no matar a civiles, y menos si eran mujeres y niños.

—¡Está bien! —dijo Vladímir intentando romper el hielo de la neblina de frustración que se había creado—. ¡Qué coño! ¡Te hemos encontrado a ti! ¡Suficiente recompensa! ¡Preparaos, chicos! ¡Partiremos de inmediato antes de que nuestra pequeña escaramuza sea descubierta!

—¡No! —dijo Alex repentinamente—. Mejor esta noche en la oscuridad, como dijiste. Tengo que regresar al hospital antes de partir, pero regresaré enseguida.

—¿Regresar? ¿Estás loco? ¿Para qué...? —preguntó Vladímir hilvanando el hilo de sus pensamientos—. ¡No! No me lo puedo creer —expresó incrédulo—.

¿Pretendes despedirte de una dama?

Todos estallaron en carcajadas mientras Alex, que se sentía descubierto e indefenso, componía cara de circunstancias.

—Solo quiero despedirme, ¿vale?

—Ni en medio de una batalla perdería nuestro Alex la oportunidad de llevarse a una bella dama a su lecho —dijo uno de los soldados.

—Ni en medio de un hospital abarrotado de enemigos... —dijo otro con guasa mientras todos reían sintiéndose orgullosos de él.

—¡No me la he llevado a la cama! —se defendió Alex.

—¿Tan bonita es que regresas al peligro por ella sin haberla probado siquiera? —preguntaban—. ¿O es que pretendes convencerla con la excusa de la despedida? —

Reían otros.

—Sois una panda de cosacos soeces. Lo sabíais, ¿verdad? —dijo Alex poniéndose en pie decidido a regresar al hospital.

—Nosotros también te queremos, Alex —dijeron con lágrimas en los ojos al notar cierta incomodidad en el libertino de Alex.

El joven ruso salió del barco todavía incómodo con los comentarios de sus compañeros. Era cierto que siembre había sido un calavera, ya que las mujeres caían rendidas a sus pies. En la corte rusa era uno de los solteros más cotizados, pero él nunca se había dejado cazar. Nunca había sentido nada por ninguna de aquellas nobles que lo perseguían con desesperación. Pero también era un caballero que jamás alardeaba de sus conquistas.

Siempre había creído que el amor era algo estúpido y que solo los débiles eran capaces de sentirlo. Pero ahora se daba cuenta de que aquellas ideas suyas se debían a que nunca había sentido nada parecido a lo que sentía, como cuando estaba cerca de Anna. ¿Estaría enamorado de ella? Todas las tonterías que estaba haciendo, como entrar en un hospital enemigo para volver a verla una última vez o intentar convencer a una tropa de no atacar en medio de un conflicto bélico al enemigo porque se lo había prometido a ella, ¿formaría eso parte de lo que llamaban amor? Ciertamente no lo sabía, pero el pecho se le oprimió al comprender que puede que aquella fuese la última vez que la viera, aunque se obligó a imponer la esperanza de regresar por ella cuando la guerra terminase.

## Capítulo 10

### La despedida

El maldito comandante se pasaba las horas muertas en el cuarto de Anna. ¿Es que no tenía otras cosas que hacer? Alex se maldijo una y mil veces por su pésima suerte. Desde que había llegado al hospital, la habitación de la joven enfermera había sido la más transitada de todo el centro. Primero, la señorita Florence Nightingale; alguna que otra enfermera; y ahora, el asfixiante comandante Wilson. Y todo ello haciendo verdaderas florituras para evitar a Lucinda y que le asaltase con su estúpida charla.

Alex miró a través de una pequeña ventana. Quedaba poco tiempo para el ocaso y no quería partir sin despedirse de Anna. Empezaba a desesperar cuando el soldado salió del cuarto con cara de estúpido. Alex sopesó seriamente si ir o no a partirle los dientes al maldito comandante y borrarle aquella ridícula sonrisa. Necesitaba hacerle entender que Anna era suya. ¿Suya? Desde luego se estaba volviendo loco. Descartó su loca e impulsiva idea y se dirigió a la habitación de la joven, pensando que verdaderamente tenía que estar enamorado, ya que nunca antes había sufrido el acecho de los celos. Ahora comprendía a todas aquellas mujeres que le habían montado numeritos celosos cuando él las había apartado de su lado. ¿Cómo iba él a soportar el saber que Anna estaría cerca de ese engreído mientras él se alejaba hacia el bando contrario de esa maldita guerra?

Todos sus malos pensamientos se disiparon cuando entró en la pequeña habitación y observó a la joven, a quien se le iluminó el rostro al verle.

—¡Alex! —expresó con efusividad la enfermera—. Comenzaba a inquietarme al no haberle visto estos días.

—¡Culpe a su maldito enamorado! —dijo todavía molesto por las ideas que le habían asaltado por el camino—. No la deja ni a sol ni a sombra. Me es sumamente complicado entrar a verla.

—Le recuerdo que no es mi enamorado pero... sí —dijo algo triste—, desde que el otro día le reconociese ha venido más de lo habitual. Debe tener más cuidado y debe darse prisa. Su invento de ser el conde de Wiltshire le ha salido mal. Ha mandado cartas a Londres para confirmar su identidad.

—¿Me vio? —preguntó elevando las cejas.

—Alex, su corpulencia no es la habitual. Aunque se mezclase usted entre todos los soldados de este hospital yo sería capaz de encontrarle.

El joven ruso compuso una sonrisa burlona.

—¿Por algo en especial? —preguntó irónico mientras se arrodillaba en el suelo, al lado del catre, para apoyarse sobre este.

—¡Alex! —reprochó la joven, pero con una sonrisa enorme en los labios.

Anna observaba hipnotizada al joven soldado, que aparecía ante sí más guapo cada vez que lo veía. Desde que había partido el último día que lo vio, se había afanado en afeitarse todo lo que había podido. Había pedido jabón, algo de agua y unos lienzos. La diarrea había cedido, cosa que agradecía en el alma, pero los vómitos y los calambres estomacales continuaban y se encontraba francamente débil. Pero agradecía enormemente que la señorita Nightingale hubiera provisto al hospital también de cepillos de dientes y se afanaba en lavarse la boca cada vez que vomitaba. Se había descubierto a sí misma lavándose el pelo y arreglándose bastante más de lo necesario en espera del joven ruso. Anna nunca había sido coqueta, y no entendía su infantil comportamiento.

—La veo muy recuperada.

Anna dejó a desgana el escrutinio que le estaba haciendo al rostro masculino para centrarse en su risueña mirada.

—¡No se engañe! —expresó apenada—. No me puedo tener en pie. No tengo casi fuerzas ni para cepillarme el pelo. Por no hablarle de los espantosos calambres que sufro en las piernas y abdomen.

—Pues yo la sigo viendo más bonita que a un ángel.

Anna enrojeció de regocijo, pero su expresión cambió al ver que el joven agachaba la mirada con expresión sombría.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó sin aliento.

—¡Anna —comenzó el joven levantando la vista y clavándola directamente en la de la enfermera—, debo partir!

—Eso ya lo sé... —dijo con el corazón oprimido—. Pero, ¿por qué me lo dice ahora?

—Porque parto esta noche.

Anna se quedó sin respiración y notó cómo las escasas fuerzas que había acumulado en aquellos días se le escapaban sin piedad.

—¿Esta noche? —dijo con voz estrangulada—. Y, ¿cómo...? ¿Quiero decir...?

—Han venido a buscarme, Anna —dijo con pena—. Debo partir de inmediato. Es mi única posibilidad. Usted misma lo ha dicho. Si esa carta llega...

—¿Cómo que han venido a buscarle?

—Estaba en el puerto buscando un barco para partir cuando he encontrado a uno de mis hombres. Por lo visto, vieron cuando me recogían del campo de batalla y luego investigaron dónde traían a los heridos. Llevaban ya varios días buscándome y mis hombres, aunque están muy bien camuflados, no pasan muy desapercibidos entre los ingleses. Es por eso que debemos partir cuanto antes.

Anna notó el escozor de sus ojos y el estómago se le encogió. ¡Ya no había nada que hacer! Un cansancio tremendo la abatió y se dejó llevar por las emociones contenidas que aquel hombre le hacía sentir y que nunca había entendido bien al comprender que no volvería a verlo jamás. Se había enamorado de él, aunque no sabía muy bien ni cómo ni por qué. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que sin esperarlo ni buscarlo había encontrado el amor; que sin proponérselo había comenzado a cuidarlo, a mirarlo, a soñar con él, a amarle...

—Y, ¿por qué ha vuelto, Alex? —dijo mientras las lágrimas comenzaban a resbalarle por las mejillas, acabando así con todas las defensas del joven soldado—. Sabe que es peligroso.

—He vuelto por usted, Anna. Tenía que despedirme y explicarme —dijo con un nudo en la garganta.

—¿Explicarse?

Anna sentía una extraña y dolorosa calma. Sentía que la vida ya estaba perdida y nada podía hacer para cambiar el curso de los acontecimientos. No podía evitar que las lágrimas le descendiesen por las mejillas sin cesar, pero no quería entristecer más al joven y no quería romper en llanto. Sabía que él le había cogido aprecio y no quería que la despedida fuese más dura de lo que ya estaba siendo. Al menos, para ella.

—Verá, Anna. Yo le hice una promesa y pienso cumplirla. Solo quería que lo supiera.

—¿Qué promesa?

—El día que usted enfermó... no sé si sería por la calentura, pero usted me hizo prometerle que no la dejaría —dijo clavando su resplandeciente mirada azul en ella—. Pues sepa... que no la dejaré jamás. Le juro que volveré a por usted. Así que... usted debe prometer que me esperará.

Todas las defensas de la joven cayeron derrotadas y rompió en llanto mientras Alex se inclinaba sobre ella para abrazarla con dulzura.

—¡Oh, Alex! —dijo ya abrumada por la emoción y la tristeza—. ¡Le juro que le esperaré toda mi vida si hace falta! Pero, ¿y si usted muere en combate? —preguntó con miedo.

Alex se separó apenas de la joven para poder clavar su resuelta y azul mirada en la de la joven.

—¡Claro que nos volveremos a ver! —dijo con firmeza—. ¡Es inevitable!

—¿Inevitable cuando esta guerra nos separa?

—Inevitable porque lo nuestro es de verdad y no hay distancia ni guerra que pueda mantenernos separados —dijo con una bella sonrisa exponiendo su corazón ante

la joven—, porque nunca supe que tenía un sueño tan importante hasta que apareció usted en mi vida, convirtiéndose en el más valioso de todos ellos.

Anna se abrazó fuerte a él, intentando creer todas aquellas palabras de reencuentro, ya que necesitaba toda la fuerza que él pudiese darle para soportar aquella separación.

Alex no recordaba haber llorado nunca, pero sus ojos se llenaron de lágrimas no derramadas al separarse y ver la expresión de la enfermera.

—¿Sabe que los soldados marcan sus guerreras? —dijo intentando romper el desesperado momento con una de sus ironías.

¡Funcionó! Anna rompió a reír en medio de su llanto, posiblemente por los nervios de la situación, al ver la burlona sonrisa en el rostro del soldado. No estaba dispuesto a irse sin hacer honor a su singular sentido del humor.

—¡Qué interesante! —dijo Anna con fingida fascinación, mientras se secaba las lágrimas con una sonrisa en su bella cara.

—¡Lo sé! —dijo con sorna—. Lo hacen para que les identifiquen... por si mueren y eso... —Anna cambió su expresión—. Me estoy desviando del tema. Lo que quería decirle es que muchos hombres hacen marcas en mochilas con el dorso del cinturón o escriben en un papel sus nombres y direcciones y las guardan en sus abrigo. Mi familia ordenó hacerme una medalla con mi nombre. No sé cómo usted misma no la ha visto antes. —Alex se separó para llevarse las manos al cuello y sacarse la medalla de oro que llevaba oculta en su ropa—. Quiero que usted la tenga... hasta que nos volvamos a ver.

Anna sostuvo la medalla entre sus manos como si del tesoro más grande sobre la faz de la Tierra se tratase. Era cierto que la había visto el día que le había quitado el uniforme ruso a toda velocidad para quemarlo, pero no le había dado más importancia. La giró y por un lado pudo observar una inscripción con lo que supuso era el nombre del joven, aunque no lograba entender bien las letras.

Un ruido les sorprendió a ambos, que se giraron al unísono, haciéndoles contener la respiración. Pero pasado un momento entendieron que era una falsa alarma, aunque Alex sabía que debía partir.

—¡Oiga, Alex! —dijo la joven volviendo a observar la medalla—. Creo que no hemos sido debidamente presentados.

—¡No! —dijo desplegando vergonzoso una sensual sonrisa—. Soy el general Alexey Vasiliev —dijo extendiendo su mano para capturar la de la joven a modo de saludo.

Anna se quedó sin respiración. Aquel nombre, pronunciado en su boca, era el más bello que jamás hubiese oído. Y, un general...

—Anna, Anna St. James —dijo mientras Alex acariciaba con dulzura los nudillos de su mano enviando descargas de placer a todos los rincones de su cuerpo—. ¿Sabe? Yo soy hija de un vizconde. —Se sentía tan pequeñita ante el cargo de Alex que se sintió obligada a decir aquello.

—Me da igual que sea noble, Anna. La quiero a usted, noble o plebeya.

Alex se inclinó sobre la joven para besarla antes de irse y Anna aceptó aquella dulce caricia de buen grado. Al principio, con un gesto tímido en el que tan solo sus labios se rozaron. Pero Alex necesitaba más antes de partir y profundizó aquel beso algo más, succionando levemente los labios de la joven para poco después recorrerlos lentamente con la punta de su lengua.

Anna creyó que se desmallaría. Perdió la respiración al probar la calidez y dulzura de la lengua del joven vagando lentamente por la comisura de sus labios. Un escalofrío la recorrió por entero y una tirantez desconocida se apoderó de su bajo vientre, consiguiendo que un calor inesperado la inundara.

Alex se incorporó con la respiración entrecortada y el corazón latiéndole a una velocidad vertiginosa. Recogió la medalla de entre sus manos y la afianzó al cuello de la muchacha con la mirada perdida, sintiendo que algo se rompía dentro de él al comprender que debía dejarla atrás en su huida, aunque tuviese la firme convicción de que regresaría a por ella.

—¡Recuerde su promesa, Anna!

—¡Recuerde usted la suya... Alexey! ¡Manténgase con vida!

El soldado se giró y salió de la habitación con el rostro nublado por el dolor.

Anna se quedó mirando el vano de la puerta... Por un momento, hasta olvidó respirar al sentir que su vida escapaba cruelmente desde el mismo centro de su ser, sabiendo que su corazón huía junto a su general ruso.

Todas las despedidas eran duras, pero más en una guerra, cuando no se podía asegurar que un soldado regresaría.

Ahora solo le quedaba el tiempo. Ese tiempo a la espera de un mañana improbable o de un día que podía que no llegase...

# Capítulo 11

## La huida

Alex salía cojeando apoyado en su bastón. Hacía ya varios días que podía caminar sin él, pero había decidido jugar al despiste. Decidió alejar momentáneamente el dolor que le producía la separación de Anna y centrarse en salir de allí sin llamar demasiado la atención. Había cruzado varios pasillos y comenzaba a relajarse, al no tropezar con nadie cerca de las habitaciones de la enfermera, cuando la palabra “ruso” en una boca femenina y saliendo de una puerta entrecerrada llamó su atención, haciéndole parar en seco. Se acercó más al cuarto del que provenían las voces intentando no ser visto. No se había equivocado. La que hablaba era Lucinda. Y lo hacía con el famoso oficial médico que le había interrogado varias veces intentando averiguar más sobre él.

—¡Solo le digo lo que he oído! —dijo ofendida Lucinda—. ¡Ese paciente de Anna es ruso!

—Pero, ¿está usted segura, enfermera? —preguntó esperanzado el oficial, que no veía el hecho de que un enemigo pudiese estar espiando o incluso tramando algún ataque en aquel hospital, sino más bien la oportunidad que tanto ansiaba para vengarse de él.

—¡Muy segura! —dijo Lucinda con malicia—. Ese hombre dijo que era un general ruso y ella... ¡lo sabía!

Lucinda había ido a comprobar por orden de Florence el estado de la joven cuando había oído voces en la habitación, antes de entrar. Se había ocultado en la penumbra cuando oyó un nombre en ruso de la boca de su adorado soldado. La rabia la invadió por dentro. Y no porque el joven soldado que se había convertido en el centro de todos sus pensamientos y deseos fuese ruso. ¡No! Aquello no le importaba en absoluto. La envidia la corroía porque la joven aristócrata enamoraba a cuanto hombre se le acercaba. ¿Por qué no volvía con su maldita familia para que le comprasen un marido? Ella podía elegir a quien quisiera porque provenía de una familia rica. Tenía el porvenir más que asegurado. Pero no, tenía que haber ido hasta esa maldita guerra para quitarle las únicas oportunidades que ella tenía de procurarse un buen matrimonio y escapar de aquel odiado convento y su futura vida de monja. Ella se hubiese fugado sin pensarlo con el guapo Alex, y más ahora que sabía que era general. ¿Qué importaba que fuese inglés o ruso? Lo único importante era que ella suspiraba por el atractivo soldado y que, además, le hubiese proporcionado una magnífica posición social.

—¡Lo sabía! ¡Sabía que ese hombre ocultaba algo, pero nunca pude imaginar que sería un enemigo! —El hombre se quedó pensativo durante un instante—. ¡Hay que avisar de inmediato al comandante Wilson! ¡Él dará buena parte de ese cerdo traidor! En cuanto a su compañera... le aseguro que no le espera un futuro nada agradable. ¡Gracias, enfermera Lucinda!

—Solo he cumplido con mi deber —dijo con fingida dulzura con una sonrisa maliciosa en la cara.

El oficial salió como un auténtico vendaval en busca del comandante Wilson para prevenirlo y buscar al enemigo, que había campado a sus anchas por aquella base de operaciones militar. Solo su apremio le impidió ver a Alex, que no había tenido tiempo de ocultarse ante su inesperada y rápida salida.

Alex repasó mentalmente la situación y sopesó, como buen general que era, los pros y los contras del descabellado plan que su mente trazaba a toda velocidad. En unos minutos, el comandante Wilson daría la alarma y comenzaría la cacería. Tenía un pequeño margen para salir corriendo y coger ventaja antes de que todo el mundo descubriese quién era en realidad. Pero Anna... Ahora todos sabían que ella le había ocultado y no dudarian en castigar su negligencia y hasta inventar alguna teoría conspirativa contra ella. ¡No podía dejarla allí! Sin más dilación, se giró, soltó ya su innecesaria muleta y corrió como alma que lleva el diablo hacia el cuarto de la joven enfermera.

Anna se encontraba en su cuarto deshecha en lágrimas. No podía dejar de llorar. Su mundo se había venido abajo y no tenía ni tan siquiera ganas de seguir luchando contra su enfermedad, que no le daba fuerzas ni para levantarse de la cama. Se sentía tan débil... y ahora que Alex había partido, tan sola y tan falta de vida...

—¡Anna! —susurró Alex mirando en todas las direcciones y entrando como un huracán por la puerta con cara de apremio.

Anna se quedó boquiabierta. ¿Qué estaba sucediendo? Alex, con una decisión y un aplomo casi militar se abalanzó sobre ella y la recogió entre sus brazos.

—¿Qué se supone que está haciendo, Alex? —preguntó intentando secar las lágrimas de sus mejillas mientras sorbía cual niña pequeña los mocos que su llanto había producido.

Alex desplegó una enorme sonrisa, fruto quizá de saber que Anna lloraba desconsolada por él y que a la enfermera le robó la respiración en el acto.

—La estoy secuestrando, Anna. Se viene usted conmigo.

—¿Cómo? —preguntó asustada—. Pero...

—¡No hay tiempo! ¡Nos han descubierto! —dijo ya prácticamente cruzando el umbral de la puerta con ella en brazos.

—¿Qué?!

—Agradézcaselo a su adorable compañera Lucinda. Nos ha delatado y vienen a por nosotros.

Anna se sentía mareada. Puede que fuese porque hacía días que no se movía y Alex prácticamente volaba por los pasillos con ella en brazos como si de una pluma se tratase. Pero la situación no era una broma y Anna comenzó, poco a poco, a asimilar la información que el joven ruso acababa de comunicarle.

—¿Saben que es usted ruso?

—Y que usted me ha encubierto.

La joven comenzó a comprender la gravedad de la situación.

—Y, ¿ha vuelto usted a por mí? —preguntó casi embobada.

—¡Chist! —susurró el joven frenando en seco y ocultándose tras una columna al ver venir un pequeño pelotón de soldados que corría en dirección al cuarto de Anna.

A la enfermera por poco se le sale el corazón del pecho.

—¡Alex —susurró cuando los soldados pasaron de largo—, déjeme! Solo soy un estorbo además de una carga para usted. Conmigo no lo conseguirá. Le retrasaré la huida y no llegará a encontrarse con sus amigos. Además, ¿cree que puede pasar desapercibido conmigo en brazos cuando salgamos al exterior del edificio? —expresó preocupada—. ¡Déjeme, Alex! ¡No creo que me hagan nada! ¡Les diré que no lo sabía! ¡Será mi palabra contra la de Lucinda!

Alex se conmovió ante la preocupación de la joven por su persona y volvió a sonreír de aquella manera que conseguía poner los pelos de punta a la muchacha.

—Tarde, Anna. Ya lo saben. Usted se viene conmigo. No pienso arriesgarme y dejarla aquí sola.

¿Arriesgarse? Arriesgarse era claramente llevarla a ella en brazos por medio de un hospital lleno de soldados que los buscaban como a un par de fugitivos. Pero Anna se sentía en la gloria. ¿Para qué negarlo? Aquel hombre estaba exponiendo su vida por ella.

—¿Y si no lo conseguimos? —preguntó repentinamente preocupada.

—Bueno, a mí me fusilarán en el acto, pero estoy seguro de que a usted no. Al menos, moriré por algo realmente bonito y no en medio de un campo de batalla donde los hombres se matan entre sí sin saber muy bien por qué.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por las mejillas de Anna, que se aferró con más fuerza al cuello de Alex para poder aspirar su aroma y vivir con intensidad aquel momento que podría terminar en cualquier instante con sus vidas.

El general ruso llegó a la puerta del hospital, donde intentó serenarse y caminar a paso normal para no llamar la atención en el control. Un soldado les paró y Alex se preparó, siendo con fuerza a Anna con tan solo un brazo, ya que la muchacha le ayudaba aferrándose fuerte a él con sus brazos, mientras apretaba con fuerza la empuñadura de su espada de manera imperceptible.

—¿Adónde va con esa mujer? —demandó extrañado el soldado.

—¡Órdenes de la señorita Nightingale! —dijo con inocencia—. Es una de las mujeres que ha caído enferma y, como no puede moverse, me ha pedido que la saque

para que le dé la luz y el aire un poco.

—¡Ah! ¡Comprendo! —dijo con ternura el soldado—. Esa Nightingale es un verdadero ángel. Se lo debo todo, ya que a mí me ha salvado la vida, ¿sabe? Cuando caí enfermo siempre se empeñaba en que me diera un poco el aire y me mantuviese limpio...

Alex ya no escuchaba la diatriba del soldado y miraba en todas las direcciones de manera disimulada intentando que el soldado no sospechase. Pero necesitaba cortar aquella conversación y lo necesitaba en ese mismo instante.

—¿Lo ve? —cortó por lo sano intentando confraternizarse con el soldado—. Por eso mismo me llevo en este mismo instante a la señorita enfermera afuera un ratito. Si me disculpas lo haré cuanto antes, ya que me ha pedido que haga lo mismo con otros pacientes.

El oficial se ofendió un tanto al verse cortado en su discurso por aquel soldado, pero entendía que no podía mantenerlo allí para una charla amistosa mientras tenía en brazos a la joven.

—¡Salga, salga! —concedió al fin con disgusto—. Pero no tarde demasiado. Comienza a llover y hace demasiado frío.

—No se preocupe —dijo como al descuido—. Tan solo será un paseo corto.

En cuanto salió a la calle principal, Alex aceleró el paso intentando no llamar demasiado la atención y mezclándose con todos los viandantes de la estrecha calle. Pero en aquel momento comenzó a escuchar las voces que comenzaban a tomar forma detrás de él, cerca de la entrada del cuartel. El disimulo había llegado a su fin. Tocaba correr, y el joven ruso no lo dudó ni tan siquiera un instante.

—¡Alex, no lo conseguirá! ¡Es inútil! ¡Déjeme, por Dios! —suplicó Anna, que temía por la vida del joven general.

Alex sabía que era cierto. En cuanto el comandante Wilson y sus hombres asomasen por la calle no tardarían en identificarlos. La lluvia comenzó a arreciar y el joven, mirando en todas las direcciones y sopesando todas las posibilidades, ideó un rápido y arriesgado plan.

—¡Anna, escucheme! —dijo dirigiéndose con paso decidido hacia una carreta—. Debe de ser usted muy valiente ahora. La voy a dejar... —Anna se encogió temblando y aferrándose más a él para afrontar la despedida. En contraposición a lo que él pudiese pensar, no fue por miedo a encarar su destino a manos de sus compatriotas. Lo que la llenó de pánico fue el hecho de pensar que Alex la iba abandonar y que jamás se volverían a ver—. ¡No se asuste! No pienso irme sin usted. Pero debemos separarnos un tiempo mientras nos buscan. Juntos no lo conseguiremos. Es fácil localizar a un hombre de mi complejión con una mujer en brazos. La voy a dejar en esa carreta. —Anna localizó el carro del que hablaba Alex y sus ojos se dilataron al instante—. Es nuestra única oportunidad, Anna. Le prometo que la recogeré en cuanto pase el peligro, ¿de acuerdo?

Anna, todavía asustada, asintió, temblorosa pero decidida.

—Está bien, Alex. Pero, por favor, vuelva pronto a por mí.

—Se lo juro, Anna. Solo la muerte me impediría volver a por usted.

Alex plantó un rápido y sonoro beso en los labios de la joven y la depositó sobre la montaña de cadáveres que transportaba aquella carreta en marcha, sin que el conductor se diese cuenta de ello.

—¡Quédese quieta y no hable por nada del mundo!

Anna asintió y se tumbó entre todos aquellos cadáveres malolientes y pútridos, arropándose en el capote con el que Alex la había abrigado al salir del hospital, dispuesta a hacerse pasar por un muerto más, encubierta por aquella tosca lana azul.

Alex corrió hacia una esquina en el justo instante en el que una patrulla asomaba desbocada por la esquina de la calle. Se ocultó en unos soportales y en cuanto comprobó que no lo habían visto dirigió su mirada hacia la carreta que continuaba su lenta marcha como si nada. Sintió un gran alivio cuando comprobó, tal y como había previsto, que la dirección del transporte de Anna era el puerto. Ahora solo debía intentar llegar sin ser visto y despistar a sus perseguidores. La lluvia no solo no amainaba, sino que cada vez caía con más fuerza, cosa que le beneficiaba, porque creaba una especie de cortina espesa que dificultaba la visión de los soldados ingleses.

Envuelto en su capote y escondido su claro pelo tras una gorra, comenzó a recorrer las calles con sumo cuidado mientras los ingleses trataban de peinar la zona en busca del enemigo. Casi había llegado al puerto cuando el comandante Wilson apareció en escena, impidiendo que pudiese girar la última esquina que lo aproximaba a la embarcación de sus compatriotas.

—¡Maldita sea! —vociferaba el comandante—. ¡No pueden haber desaparecido así sin más!

—¡Pero, señor! —contestó uno de sus subordinados—. ¡Hemos rastreado la zona y no hemos hallado vestigios de ese ruso ni de la mujer traidora!

El comandante se giró, empapado por la lluvia, y con mirada asesina asestó un tremendo puñetazo en la nariz del soldado.

—¡Ella no es ninguna traidora! —rugió al joven, que yacía en el suelo con la sangre manándole de la nariz como un reguero—. ¡Ese maldito ruso la ha secuestrado y cuando lo encuentre lo mataré yo mismo con mis propias manos!

—Pero, señor, el oficial médico dijo que la enfermera...

—¡Ese hombre solo sabe lo que una mujer ignorante le ha contado o se ha imaginado! ¡Conozco muy bien a la señorita Anna St. James, y ella jamás se rebajaría a escapar con un enemigo! ¡Si vuelvo a oír a usted o a cualquiera hablar de ese modo de ella, pagarán cara su afrenta!

En ese momento, por otra calle cercana se aproximaba la carreta que transportaba a Anna en su interior. El corazón de Alex comenzó a latir violentamente al darse cuenta de que le quedaba muy poco tiempo. Si esos dos no se replegaban para buscar en otra zona iba a tener que idear algo para poder salvar a Anna. De sobra sabía, aunque había obviado ese detalle a la joven enfermera, que ese carro se disponía a arrojar al puerto a todos aquellos cadáveres sin saber que, entre ellos, había una joven viva.

—¡Levántese y siga buscando, imbécil! —ordenó al soldado, que todavía tenía la mano en la nariz.

—¿Dónde más buscamos, mi comandante? —preguntó con voz temblorosa.

—¡Donde haga falta, pero desaparezca de mi vista!

El soldado salió al trote y ordenó a otros hombres que le siguieran para volver sobre sus pasos e inspeccionar de nuevo la zona.

La carreta había llegado a su destino y el comandante seguía allí de pie mirando al horizonte con cara de pocos amigos.

El conductor de la carreta se bajó y comenzó a dirigir a los caballos hacia atrás para maniobrar y poder volcar en pleno puerto los cadáveres que portaba. Alex temió como en su vida. Si el maldito comandante no desaparecía de la escena tendría que salir de su escondite para rescatar a Anna y todos sus esfuerzos por escapar juntos habrían sido en vano.

El comandante Wilson dio un fuerte puntapié contra el suelo, lleno de rabia, y se giró para irse en el mismo instante en que el carretero volcaba su cargamento, mientras los cadáveres comenzaban a deslizarse hacia las contaminadas e infectas aguas del puerto.

Alex no pudo aguantar y se lanzó a la carrera antes de que el comandante desapareciera por completo de su campo de visión, pero el pánico por Anna era más fuerte que arriesgar unos instantes más.

Vladimir lo vio. Lo vio y no lo creyó. Su general había saltado al agua como un auténtico camicace justo cuando aquel soldado del que lo había visto ocultarse desde la segura posición del barco, se había girado. ¿Qué demonios se suponía que estaba haciendo? Sin más dilación, dio las órdenes oportunas a sus tripulantes, que pusieron raudos la nave en movimiento, para ir al encuentro de su loco amigo.

Pero la sombra que vio el comandante por el raballo del ojo al girarse lo previno de que algo raro sucedía. Se volvió en el mismo instante en el que el joven ruso se zambullía en el agua y no pudo discernir qué había ocurrido. El ruido de la lluvia junto con el de los cuerpos de una carreta al caer al agua no le dejaron percibir con claridad lo que acababa de suceder, pero las dudas lo hicieron asomarse al embarcadero. Justo cuando llegaba al borde, el cuerpo atlético de Alex emergía para nadar vigorosamente a pesar de las ropas puestas. Su complejión y su cabello rubio, ahora desprovisto de gorro, lo delataron al instante.

El comandante se giró a toda velocidad, llamando a voz en grito a sus hombres. Pero los relámpagos que iluminaban el oscuro cielo de tormenta y los truenos que comenzaban a retumbar en medio de aquel diluvio impidieron que sus hombres escucharan sus bramidos.

Alex llegó exhausto hasta los cuerpos sin vida que el carretero arrojaba al mar cuando vio flotando boca abajo el cuerpo de una mujer. Lo que experimentó en aquel instante bien podría asemejarse a una muerte agónica. El pánico por haber tardado demasiado en saltar a por Anna lo invadió, y solo cuando llegó hasta ella comprendió que no estaba muerta. Pero estaba inconsciente y necesitaba ponerla a salvo cuanto antes para intentar sacar el líquido de sus pulmones. Comenzó a bracear con

desesperación hasta que atisbó una embarcación con unos hombres, que en medio de aquel aguacero les hacían señas con las manos.

Vladimir les lanzó una cuerda a la que Alex se aferró con fuerza mientras sostenía el cuerpo inerte de Anna. Cuando sus camaradas lo elevaban a la cubierta del barco pudo observar cómo el comandante Wilson llegaba a la carrera junto a varios de sus hombres y daba órdenes gritando a destajo para comenzar su persecución. Pero ya era demasiado tarde. Les llevaban demasiada ventaja, ya que poner en movimiento una nave sin estar preparados y con aquel temporal les llevaría demasiado tiempo. Ahora solo tenía una inmensa preocupación en mente.

Anna.

## Capítulo 12

### La travesía

Anna intentó coger aire, pero sintió cómo le ardían los pulmones y de sus labios escapó un quejido lastimero apenas perceptible. Se sentía mareada y con ganas de vomitar. Intentó abrir apenas los ojos pero el agua arreciaba fuerte contra sus párpados y tampoco pudo hacerlo. Sintió un vaivén nauseoso que la mecía, a la vez que su cuerpo empapado hasta los huesos junto con el sonido de un oleaje tempestuoso de un mar embravecido le advertían de que ya no se encontraba en el hospital de Scutari. Tenía mucho frío y su dolor abdominal, junto con los calambres de las piernas añadidos, le recordaron que estaba enferma de cólera. Poco a poco, su maltrecho cuerpo y su lamentable estado trajeron a su obnubilada mente los recuerdos de los últimos acontecimientos, haciéndola desear volver a caer en una deseada inconsciencia.

—¡Alex! ¿Qué había sido de él? ¿Dónde se encontraba ella?”

Volvió a intentar abrir los ojos, y aunque en un principio hasta el negro cielo de la gran tormenta que los cubría consiguió cegarla, poco a poco fue acomodando su vista hasta que lo divisó. Lo vio y todos sus males parecieron haberse disipado. Alex, con su imponente figura, sujetaba con fuerza el timón que el mar parecía querer arrebatarse de las manos pero al que él se imponía con determinación y furia. Gritaba lo que parecían órdenes a diestro y siniestro en ese idioma suyo y que a ella le sonaba a música celestial. Poco a poco, fue descubriendo otras figuras de hombres enormes que luchaban en cubierta por controlar las velas y el navío en el que se hallaban mientras el descomunal oleaje amenazaba con engullirlos a todos como si de un insignificante insecto se tratasen.

Intentó moverse, pero ni sus fuerzas ni las cuerdas que descubrió que la tenían sujeta se lo permitieron, mientras continuaba en su afán de coger alguna bocanada de aire sin que el lacerante dolor de sus pulmones y el agua de la fuerte lluvia y del mar enfurecido entorpecieran su faena. Hubo un momento en el que agradeció que el agua llegase a sus reseos labios, pero al humedecerse la lengua cambió de opinión debido al mal sabor del salitre tragado.

Todo se deslizaba por la cubierta debido a los bruscos movimientos de la embarcación. Quiso llamar a Alex y decirle que podía verle y hablarle pero las palabras murieron en su garganta. Los hombres no prestaban atención a su insignificante presencia, ya que estaban demasiado atareados con las dificultades de a bordo.

De repente, pudo ver por el rabillo del ojo algo que se movía. Giró la cabeza con dificultad, dándose cuenta de que le dolía tanto la garganta que hasta le costaba mover el cuello. El grito surgió de su maltrecha garganta aun sin habérselo propuesto. Varios proyectiles de una carronada rodaban por la cubierta debido a las fuertes sacudidas de la embarcación y se le venían encima, sin que ella pudiese hacer nada para evitarlo.

El agudo chillido de la joven hizo que Alex se girara justo a tiempo para ver cómo una de las gigantescas balas rodaba e impactaba contra la cabeza de la enfermera, propinándole un fuerte golpe que la dejó inconsciente. Rápidamente ordenó a Vladimir que se hiciera cargo del timón mientras él trataba de averiguar el alcance de la lesión de Anna, lleno de preocupación. Uno de sus hombres se acercó a trompicones hasta ellos, intentando sujetarse como podía debido a los vaivenes de la cruel marea, mientras observaba confuso el rostro descompuesto de su general.

—¡Tan solo ha perdido el conocimiento, Alex! —exclamó entre la furia de los truenos y el oleaje, que no les dejaban ni oírse entre ellos—. ¡Es un simple chichón! ¡No podemos hacer nada ahora salvo intentar mantener esta condenada embarcación a flote, hasta que esta tormenta del demonio amaine!

Alex sabía que su amigo tenía razón, pero el estado de semiinconsciencia en el que Anna llevaba varios días sumida lo tenía seriamente preocupado. El hecho de que tuviese pequeños despertares de vez en cuando, aunque tan solo fuese durante unos instantes, le daba ciertas esperanzas. La había subido a cubierta para que le diese el aire, pero la tormenta les había pillado tan desprevenidos que solo le había dado tiempo a amarrarla para no perderla durante la tempestad. Así, no la perdería de vista y estaría más tranquilo. Pensaba que en el camarote podría haber sufrido más golpes y más movimientos al encontrarse inconsciente, pero estaba claro que había sido un gran error. Con el dolor reflejado en el rostro se irguió en toda su estatura con la determinación del cosaco que era marcado en el rostro y se dirigió a su amigo.

— ¡Tienes razón, amigo mío! ¡Salgamos de esta maldita tormenta! ¡No falta ya mucho para arribar a la costa!

Toda su tripulación se centró en su principal preocupación, que era mantener a flote aquella embarcación hasta que vislumbrasen su amada península. Alex volvió a agacharse junto a Anna. Acarició con una de sus manos el delicado rostro de la joven prometiéndose a sí mismo que iba a hacer todo lo posible para que su enfermera sobreviviese. Acto seguido, se dirigió sin dilación hasta el puesto de mando y alejó de su mente todo lo que no fuese concentrarse en sobrevivir a aquella terrible tempestad que, aunque los estaba poniendo en serios aprietos, había conseguido despistar los navíos ingleses que habían salido en su persecución.

Anna volvió a despertar. Se sentía terriblemente mal. Ya no notaba el vaivén que tanto la había mareado, pero sentía un fuerte dolor de cabeza y notaba cómo alguien la estaba moviendo. Poco a poco, las voces lejanas en su conciencia fueron tomando forma y distinguió con alegría la voz de Alex en una conversación entre varios hombres. No comprendía nada de lo que decían, y dedujo que se encontraban junto a los compatriotas del general. Intentó abrir los ojos poco a poco y consiguió, al fin, al adaptarse a la escasa luz de un cielo que parecía estar llegando al ocaso, observar qué era lo que estaba sucediendo a su alrededor.

Dos hombres, desconocidos para ella pero tan grandes como Alex, la transportaban en una especie de camilla por medio de un camino pedregoso. Intentó girar la cabeza para averiguar más de lo que estaba ocurriendo y el fuerte dolor que la martilleó en ese instante hizo que a sus labios asomase un leve quejido. Eso consiguió llamar la atención de sus dos improvisados camilleros que enseguida avisaron, en aquel peculiar idioma, a su jefe.

Alex se giró inmediatamente y voló a su lado.

—¡Anna! ¿Cómo se encuentra? —preguntó con preocupación.

La joven casi no podía ni hablar. Le ardía la garganta, la cabeza le martilleaba incesantemente, le costaba respirar y aún sufría un espantoso dolor abdominal. Intentó hablar, pero las palabras murieron en su boca. A sus ojos acudieron lágrimas no derramadas que expresaban su desesperación. En el fondo, Anna temía seriamente por su vida. Pero compuso una dulce sonrisa destinada a agradecer a Alex todos los esfuerzos que el soldado había realizado por ella. Las lágrimas no derramadas se convirtieron en sendos regueros cuando pensó en lo afortunada que había sido al encontrar a un hombre como Alex. Un hombre que la había escuchado, la había hecho reír, la había amado y que había arriesgado su vida por ella. Y todo para nada. Anna se apagaba por momentos y era muy consciente de ello. Podía notarlo en cada poro de su piel. Pero lo más importante y lo más doloroso era que podía objetivarlo en la cara del joven soldado ruso. Cerró sus cansados ojos y lloró amargamente el cruel destino que la impediría disfrutar de la compañía y el amor de su guapo soldado. Y así, con esos destructivos pensamientos en su cabeza, volvió a perder el conocimiento.

### El British hotel

Hacia calor. Un calor excesivo. Anna deseaba apartar sus ropas y como si sus deseos fuesen órdenes sus prendas comenzaron a desprenderse de su cuerpo, dejando que una sutil brisa acariciase su suave y blanca piel. Sonrió. Todas sus penas iban desapareciendo poco a poco. Sus deseos más íntimos se hicieron realidad cuando comenzó a notar algo fresco y sedoso deslizarse por su cuerpo dejando un húmedo reguero de líquido, que refrescó su piel y la llenó de una sensación casi pecaminosa. Sin ser consciente de ello, sus pensamientos volaron a Alex. La sensación de bienestar aumentó cuando unas manos firmes y seguras acompañaron los movimientos de aquel lienzo que, por donde pasaba, parecía arrastrar y dejar tras de sí todas sus afecciones y dolores. Su pelo pegajoso fue retirado de la cara, dejando aquella maravillosa sensación de limpieza y frescor por toda su tez. Sus brazos por fin fueron despojados de aquella sensación pegajosa que la había acompañado durante demasiado tiempo. Sus pechos... Pudo notar el mismo instante en el que el agua jugueteaba con sus sensibles pezones y los volvía erectos a causa de la frescura. Volvió a pensar en Alex... En el fondo de su mente le parecía escuchar una dulce letanía en aquel lenguaje musical que tanto desconocía y a la vez tanto le fascinaba. Y sus pechos parecían cobrar vida propia y elevarse en busca del tacto de aquellas manos que le estaban provocando la tortura más exquisita que jamás hubiese experimentado. Sus piernas... sus pies, ¡qué gusto tan inmenso! Notaba su cuerpo fresco y limpio, relajado, sin dolor, en paz... Y aquellas manos... aquellas manos ascendiendo por sus piernas fueron lo más excitante para sus sentidos. Ascendieron y ascendieron... hasta que llegaron a la unión de sus muslos. Notó aquellas manos separando apenas sus extremidades para sentir enseguida el refrescante lienzo que la recorría por partes que ni ella se había atrevido a tocar jamás, con una seguridad que la dejó... caliente de nuevo. Muy caliente. Su entrepierna ardía aunque ella no lograra entenderlo. Y aquellas palabras... aquellas dulces palabras... Percibió algo que la volvía a cubrir, que la acurrucaba. ¡Se sentía tan bien! Quería seguir durmiendo y así, compuso un ronroneo de auténtica satisfacción mientras a sus labios acudía una tímida sonrisa.

Unos días más tarde Anna despertó. Se sentía maravillosamente bien. Descansada y sin dolores. Al abrir los ojos se sintió bastante confusa, y cuando quiso incorporarse para averiguar qué era lo que estaba sucediendo y dónde se encontraba fue cuando se dio cuenta de que no se encontraba tan bien como en un principio le había parecido. Se encontraba sin fuerzas, pero al menos no sufría aquellos espantosos dolores.

Trató de vislumbrar qué era lo que sucedía a su alrededor para saber dónde se encontraba. Acomodando más la vista pudo observar que se encontraba sobre un catre de paja y que una especie de tela vieja y raída colgaba del techo a modo de biombo y no le dejaba ver más allá del reducto de los dos metros cuadrados donde se encontraba. Pero podía oír los lamentos y los quejidos. Los mismos que había oído durante su estancia en el hospital de Scutari. Anna se encontraba en un hospital.

—¡Hola! —exclamó en el tono más alto que pudo, dadas las circunstancias.

Hizo un tremendo esfuerzo al levantar la voz para intentar ser oída y se dio cuenta de que tenía la garganta demasiado seca y que necesitaba beber.

Enseguida, apareció tras el biombo improvisado de la tela la figura de una mujer criolla bastante oronda con rostro bondadoso y compasivo.

—¡Hija mía! —dijo entrando como si fuesen familia—. ¡Menos mal que despiertas! Tenías a tu marido francamente preocupado.

—¿Su marido? ¿Qué estaba ocurriendo?

—¿Dónde estoy? —preguntó dubitativa sin saber muy bien qué decir.

—En mi casa, querida —dijo la mujer en tono afable y maternal, sentándose a su lado—. Estás en el British Hotel, como a mí me gusta llamarlo. Cuando llegasteis aquí estaban francamente mal, pero entre mis cuidados y los de tu marido, que no se ha separado de ti ni a sol ni a sombra, has mejorado de una manera espectacular.

—¿Mi marido?

—¡Cariño! ¡Has despertado! —dijo Alex, apareciendo como un huracán de detrás de la cortina y estampándole un sonoro beso en los labios que consiguió dejar turbada a Anna durante unos instantes—. ¡Nos tenías tan preocupados!

Anna no sabía ni qué hacer ni qué decir, así que decidió ser sincera en lo que podía.

—Mi garganta... me duele mucho... y tengo mucha sed.

—¡Por supuesto, querida! —dijo la gruesa mujer levantándose, no sin dificultad, del catre en el que se había acomodado al lado de Anna, para poder observarla mejor—. Te traeré algo para beber.

La mirada de Anna voló confusa e inquisitiva hasta el bello rostro de Alex, que exhortaba felicidad al encontrársela, por fin, despierta.

Desde que partieran de Scutari, Alex había vivido un auténtico infierno de preocupación y culpabilidad. Sabía que haberla dejado allí hubiese sido condenarla, pero habérsela llevado en aquellas condiciones... La podía haber dejado sin posibilidades. Se había vuelto loco de preocupación al no saber cómo cuidarla y se culpaba por haberla metido en aquel lío que podía costarle la vida. Se reprochó una y mil veces haberla conocido. Porque haberlo encontrado a él había significado perderlo todo para ella. Y él jamás se hubiera perdonado que ella hubiese perdido la vida por su culpa.

Había pasado noches en vela escuchando el ritmo de su respiración, esperando algún tímido despertar que le desvelase que continuaba en el reino de los vivos y solo cuando la calentura, que nunca antes había tenido, comenzó a bajarle gracias a los cuidados de madre Seacole, se pudo permitir relajarse. Aun así, podía permanecer despierto durante horas, acurrucado a su lado, escuchando el rítmico latir de su corazón mientras la observaba dormir en su inocente tranquilidad, lejos de aquella guerra que podría separarles en cualquier momento. A veces, no quería cerrar los ojos por miedo a quedarse dormido y despertar dándose cuenta de que nada de lo que en esos momentos tenía fuese real. Luego, al despertar, daba gracias a Dios por estar junto a ella. Porque ella era lo único que le hacía mantener la cordura en aquel infierno y lo único bueno que le daba fuerzas para querer luchar por seguir adelante.

—¿Cómo se encuentra, Anna? —preguntó ansioso Alex sentándose a su lado e inclinándose sobre ella escrutando su rostro, mientras sus manos la acariciaban tímidamente y le apartaban el pelo de la cara para poder contemplarla mejor—. Lleva varios días inconsciente y, francamente, comenzaba a desesperarme.

Anna pudo apreciar su preocupación y, de inmediato, olvidó toda la inquietud que sentía al no saber dónde se encontraba. Una intranquilidad que fue sustituida por aquel aleteo tan característico de su estómago cuando Alex se encontraba cerca. Cuando sus miradas se quedaron fijas la una en la otra, Anna creyó que dejaría de respirar y tuvo que hacer un enorme esfuerzo para centrarse en la situación que le rodeaba y en la intriga que sentía.

—¿Tanto tiempo llevo inconsciente? —dijo rompiendo momentáneamente la magia que se tejía entre ellos cuando estaban cerca el uno del otro—. Me siento como si una carreta cargada hubiese pasado por encima de mí varias veces —dijo sonriendo tímidamente—. Pero mi dolencia estomacal parece haber cesado y me siento muchísimo mejor, aunque me cuesta respirar.

—No me extraña —expresó con preocupación—. Cuando llegamos, me dijeron que tenía una afección en los pulmones provocada por las aguas infectas que tragó en el puerto de Scutari. Ha tenido mucha calentura y ha delirado casi continuamente. ¡Anna, no sabe cuánto me arrepiento de no haber llegado a tiempo de rescatarla antes de que la arrojasen al puerto!

—Pero, Alex, no debe sentirse así —dijo con aflicción—. Nos perseguían y estoy segura de que hizo todo lo que estaba a su alcance para ponerme a salvo. De hecho, lo ha conseguido. Estamos a salvo y juntos, que es lo que importa. Por cierto, ¿dónde estamos?

—Estamos en el British Hotel. Es un hospital británico que se encuentra cerca de Balaklava.

—¿Cómo? —preguntó Anna con el rostro demudado por el miedo—. ¿Existe un hospital británico a pie de campo de batalla? ¡Dios mío, Alex! ¡Pueden descubrirnos en cualquier momento!

—No se preocupe, Anna —dijo anticipándose a todas sus especulaciones—. Perdimos a su comandante durante una fuerte tormenta en el mar Negro. Mis hombres han estado vigilando y no han encontrado indicios de que hayan desembarcado en estas costas. Lo más lógico es que diese la vuelta al ver el estado de la mar. Es

imposible que nadie de este hotel sepa quiénes somos. Por lo pronto, y antes de que regrese madre Seacole ha de saber que, para encubrirnos, he contado que soy el conde de Wiltshire y que es mi esposa, venida hasta la guerra para ofrecer su ayuda humanitaria.

Anna abrió desmesuradamente los ojos. Pero en ese mismo instante, la supuesta madre Seacole entró con un preparado de hierbas en una taza que se asemejaba a un té.

—Aquí tienes, hija —dijo la tal madre con ternura—. Este preparado te ayudará a recuperar las fuerzas que tanto necesitas.

—Gracias —contestó Anna agradecida tomando la taza entre sus manos y comenzando a dar pequeños sorbos al líquido caliente—. ¿Qué es esto? —preguntó ante el espantoso sabor que destilaba.

—Son hierbas, hija —contestó la mestiza con una profunda sonrisa en los gruesos labios—. He estado en demasiadas guerras y conozco preparados capaces de mejorar padecimientos como el cólera.

—¿Lo dice en serio? —demandó con los ojos desorbitados la joven enfermera—. Pero, ¡eso es maravilloso! ¿Sabe cuánta gente está muriendo de cólera en el hospital de las Barracas? ¡Debería ir usted allí y compartir sus conocimientos!

—¡Ay, hija! —le cortó madre en su ilusionado discurso—. Mis conocimientos son meras suposiciones, y no todo el mundo está dispuesto a escucharlos ni a ponerlos en práctica.

—Pero... ¿por qué dice usted eso? —preguntó la joven desorientada—. Allí se encuentra la señorita Nightingale. Es una gran enfermera y estoy segura de que en cuanto sepa que ha conseguido que yo mejore...

—¡Descansa, hija! —volvió a cortar madre—. ¡Lo necesitas! Adoro tu entusiasmo, pero a nadie le interesan mis teorías sobre que el cólera es contagioso, por ejemplo. Además, como podrás oír, tengo a muchos soldados a los que atender y tú y tu esposo estaréis deseando que os dejen un rato a solas para hablar.

—¿Cree de veras que el cólera es contagioso? —expresó Anna con admiración—. Debe acudir a Scutari, ¡se lo ruego!

La fuerte mujer sonrió condescendiente y volvió a incorporarse del catre, despidiéndose de la joven y del soldado.

—¡Ambos deben descansar! —dijo apartando levemente aquella vieja tela que hacía las veces de biombo y que les confería cierta intimidación—. Les dejo. Mañana será otro día. Otro duro día...

Y desapareció, dejando hecha un mar de dudas a una Anna, que no sabía cómo interpretar aquella extraña reacción, mientras centraba su atención en su joven general ruso, ahora que los habían dejado relativamente solos.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Anna con interés—. ¿Quién es esa mujer? Y, ¿por qué es tan renuente a contar sus secretos?

Alex se desprendió de su guerrera y se sacó las botas mirando fijamente a Anna, que notó cómo su garganta volvió a secarse en el acto.

—¿Qué... qué hace? —preguntó con timidez mientras elevaba hasta la barbilla la tosca sábana que la cubría por entero.

—Anna... —intentó explicar Alex—, tuve que contarle a esa mujer que éramos marido y mujer para no levantar sospechas, y como no están sobrados de sitio... pues nos instaló juntos.

Anna intentó tragar saliva mientras era consciente de las implicaciones que aquella mentira acarrearía.

—¿Estos días...? —preguntó dubitativa.

—Sí —afirmó Alex antes de que ella acabase su pregunta—, estos días hemos compartido lecho. Además, debía velar por usted. Y ahora resultaría extraño que me fuese.

—Claro —atinó a decir Anna mientras observaba fascinada cómo Alex se desprendía de la mayor parte de su ropa para proceder a acomodarse lentamente a su lado, como dándole la oportunidad de que lo despidiese con cajas destempladas de allí.

Pero nada más lejos de la mente de Anna. En cuanto Alex se hubo acomodado, ella se giró de espaldas a él, dejándole así todo el hueco que pudo, y él se amoldó a su cuerpo de una manera tan perfecta que hasta Anna pensó que sus cuerpos habían nacido para estar unidos en aquella perfecta e íntima posición. Anna pudo sentir cómo Alex acomodaba la cara sobre su pelo aspirando su aroma y sus brazos rodeándola, confiriéndole una seguridad como nunca antes había sentido.

Alex ahuecó su pecho albergando en él el suave y cálido cuerpo de la joven, haciendo que todos sus sentidos reaccionasen al instante. ¡No iba a ser una gran noche! Sabía que su traicionero cuerpo sufriría las consecuencias de aquel momento tan íntimo. Además, ahora ya conocía al detalle el perfecto y voluptuoso cuerpo que la joven ocultaba tras aquel tosco uniforme con el que siempre la había visto vestida. La había estado lavando prácticamente a diario desde que madre Seacole se lo había sugerido, y lo había hecho con sumo placer, de forma casi reverencial. Era la mujer más bella y con el cuerpo más bonito y suave que jamás hubiese visto. Necesitaba a aquella mujer de forma desesperada. Pero lamentablemente no era ni el lugar ni el momento más adecuado. Los lamentos de los soldados adyacentes así se lo decían, y conseguían controlar algo su desbocada pasión. Así que intentó alejar de su mente todos los pensamientos libidinosos que aquella mujer, estando tan cerca, despertaba en él y optó por centrarse en la conversación que habían dejado pendiente, antes de que él intentase acostarse en la cama.

—¿Sabía que había un hospital británico aquí? —preguntó dulcemente cerca del oído de Anna, en un susurro que consiguió dejar sin respiración a la joven enfermera.

Anna se sentía en la gloria, pero no podía evitar tener una cierta rigidez en todos sus miembros. Nunca había estado en el mismo lecho que un hombre, y menos con uno tan apuesto que lograra encender todos sus sentidos.

—No —dijo apenas sin aliento.

—Le voy a contar qué es lo que he averiguado en estos días, aunque creo que lo que tengo que relatarle no le va a gustar demasiado, y más de una torre de su perfecto mundo va a caer.

## Capítulo 14

### Mary Seacole

Ni siquiera la curiosidad innata de Anna por aquel último comentario consiguió que su mente no fuese claramente consciente del duro y caliente cuerpo que se amoldaba a su espalda con perfecta armonía. Ni los ruidos ni los lamentos de los soldados que tenían al lado, tras el improvisado biombo de tela, consiguieron que no tuviese todas las terminaciones nerviosas a flor de piel y tan solo fuese consciente del cálido aliento de Alex en su nuca, de su espalda apoyada dulcemente contra aquel masculino torso, de sus muslos y pantorrillas dobladas hacia delante acomodadas sobre aquellas musculadas piernas que parecían sostenerla, de sus nalgas apoyándose en aquel duro vientre... La había rodeado con un fibroso brazo y posaba una mano con firmeza en su vientre de forma que Anna no se atrevía ni a respirar. El calor que emanaba aquel poderoso cuerpo era sobrecogedor, y Anna se sintió muy pequeña y frágil entre sus brazos.

Para Alex supuso una dura experiencia encontrarse allí, con la mujer que más deseaba sobre la faz de la Tierra, y no poder tocarla como a él le hubiese gustado. Aquello le estaba sobrepasando, pues él no estaba acostumbrado a tener una mujer en su lecho sin que la dama en cuestión se lo hubiese prácticamente suplicado. En la corte imperial rusa, las mujeres eran muy “liberales”, y él no acostumbraba a contener jamás sus instintos. Pero con Anna todo era diferente. Ni ella era una dama de la corte rusa ni sabía, y de eso creía estar seguro, nada de las relaciones entre hombres y mujeres. Al pensar en su anterior vida de libertinaje y la situación en la que ahora mismo se hallaba una sonrisa contenida escapó de sus labios, exhalando su cálido aliento sobre el pelo de la joven, que se envaró nerviosa entre sus brazos, acentuando más aún la sonrisa del joven general.

Anna tragó saliva con dificultad. ¿Qué le hacía tanta gracia? ¿Su incomodidad? Bueno, tenía que reconocer que sentía cierta incomodidad por la situación porque si fuese capaz de relajarse, sería capaz de admitir que nunca, en toda su vida, se había encontrado tan cómoda como en esos instantes. Pero la situación la desbordaba así que decidió darle una oportunidad a su insana curiosidad para intentar, en primer lugar, alejar de su mente aquellos liosos pensamientos y, en segundo lugar, bajar aquella temperatura corporal que se elevaba por instantes como por arte de magia en su cuerpo.

—¿Dónde están sus amigos?

—En Sebastopol —pronunció con añoranza.

—Y, ¿por qué no estamos nosotros allí?

Alex se emocionó al oír aquellas palabras. Su joven enfermera no tenía reparos en acompañarle adonde hiciese falta, y aquello lo llenó de una extraña y desconocida felicidad en él.

—Usted no hubiese llegado. —Anna se quedó expectante ante sus palabras—. Estaba muy mal. Tenía mucha calentura y debían de atenderla lo más prontamente posible. Vladímir me había hablado de este hospital con el que se habían topado en alguna incursión y decidí que era lo mejor para usted. Además, había tragado mucha agua en ese puerto infecto de Scutari, y hubo un momento en el que pensé que la perdería.

Anna contuvo el aliento. La preocupación del joven soldado ruso la había sobrecogido.

—Entonces, ¿sus amigos continuaron? —pudo preguntar con la garganta seca.

—Sí, pero estamos en contacto. Estamos muy cerca de Sebastopol, y en cuanto mejore, partiremos. Hemos establecido un lugar seguro para vernos cada cierto tiempo y poder entrar así en la ciudad sin problemas.

“Todo aquello por ella. Allí estaba él, de nuevo, arriesgándolo todo por ella”.

—Debería haber partido con ellos —dijo con aprensión.

—Le prometí que no la abandonaría. Usted no me abandonó cuando más lo necesité.

—Si hace todo esto por agradecimiento...

—Lo hago porque la quiero —cortó sin más preámbulos, dejando a Anna totalmente descolocada y con una sonrisa estúpida en su bello rostro difícil de borrar.

—Gracias... —Anna no sabía cómo expresar lo que sentía en aquel momento.

—No hay de qué. —Incluso sin estar viéndole la cara, Anna supo que su guapo general ruso estaba sonriendo con su habitual gesto burlesco, cosa que la hizo ensanchar más su propia sonrisa.

—¿Qué es eso que tiene que contarme que va a hacer que mi mundo se desmorone? —preguntó intentando que su voz no saliera demasiado aguda ni temblorosa.

Alex continuó sonriendo. Era una chica verdaderamente lista. Y allí estaba ella. Temblando como un niño entre sus brazos pero decidida a que él no notase su turbación. Si tan solo ella supiera que él se encontraba en el mismo estado o peor... Porque si no lograba en breve interrumpir el curso de sus pensamientos Anna iba a comenzar a notar en sus posaderas el duro bulto que amenazaba con emerger de entre sus piernas, y entonces sí que se iba a asustar de veras.

—Anna, ¿cree que podríamos empezar a tutearnos? —preguntó sin reparos dadas las circunstancias.

Anna dudó unos breves instantes, pero había que reconocer que los últimos acontecimientos habían desencadenado situaciones en las que los formalismos comenzaban a sobrar.

—Claro, Alexey.

Alex sonrió con ternura. Nunca su nombre había sonado tan bonito en ninguna otra voz.

—Bien, Anna. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Tu señorita Nightingale.

Anna se giró levemente entre sus brazos, sorprendida, intentando mirarlo a la cara.

—¿Qué tiene que ver ella aquí?

—Verás, según me han contado los soldados que por aquí campan, la señorita Nightingale no permitió que Mary Seacole la acompañase a Scutari.

—¿Mary Seacole? Alexey, me estoy perdiendo —dijo confusa—. ¿De qué me estás hablando?

—De la mujer que has conocido hace un rato.

—¿Esa a la que llamas madre Seacole? ¿Es que es enfermera?

Alex desplegó una perfecta sonrisa que robó el aliento de la joven y que consiguió terminar de desorientarla por completo.

—Tienes razón. No me estoy explicando con claridad. La mujer de antes, efectivamente esa a la que todos llaman madre, se llama Mary Seacole, y es la enfermera que regenta esta especie de hotel hospital.

—No sabía ni que había un hospital tan cerca del campo de batalla, y nunca había oído hablar de esa mujer.

—Pues el caso es que cuando tu señorita Nightingale comenzó a reclutar a sus enfermeras apareció Mary en escena queriendo participar. Pero Nightingale se negó y la señora Seacole, costeándose su viaje, ni corta ni perezosa, se plantó en medio del conflicto bélico para ayudar. Y no es rica ni la está ayudando ningún fondo monetario de la revista *The Times*.

—¿Lo dices en serio? —demandó francamente interesada Anna—. Y, ¿por qué no iba a querer su ayuda la señorita Nightingale?

—Pues... se rumorea que su origen criollo ha tenido algo que ver...

Anna contuvo el aliento. La señorita Nightingale lo había sido todo para ella en los últimos tiempos. La admiraba, la adoraba... ¿Podría ser que aquel rechazo fuese por racismo? ¿Pero si Nightingale cuidaba de enfermos sin importar su origen?

—Lo cierto es que me cuesta creer eso, pero puede que la señorita Nightingale ya tuviese el cupo cubierto, ¿no crees?

—No lo sé —contestó sinceramente—. Solo te cuento lo que he oído.

—Y si no tiene dinero, ¿cómo ha logrado mantener todo esto?

—Eso sí que es digno de admiración —dijo intentando centrarse lo más que podía en la conversación—. Según dicen, el rechazo le provocó una seria herida en su orgullo, ya que ella venía con muy buenas cartas de recomendación militar de Jamaica. Ella y todos los soldados que se alojan aquí están convencidos de que la discriminaron por su origen criollo. —Anna volvió a girarse, ya que ver tan de cerca aquellos ojos tan azules y resplandecientes la turbaban y le impedían concentrarse en las explicaciones que el joven ruso trataba de darle con tanto ahínco. Sin embargo, al hacer eso, él la acercó más a su cuerpo para acomodarse mejor, ahora que se había vuelto a girar para ponerse más a gusto, y Anna sintió una oleada de calor sofocante que lejos de dejarla concentrarse en sus explicaciones, no hacía sino turbarla más—. Construyó unas cabañas con la madera de los barcos hundidos. Y es en ellas donde estamos alojados.

Eso hizo que Anna abriera desorbitadamente los ojos, llena de incredulidad.

—¿De veras? Y, ¿cómo lo mantiene?

—Verás, estamos en Spring Hill, cerca del acuartelamiento de la caballería y muy a mano de los soldados ingleses. Las cabañas construidas hacen las veces de cantina, almacén y enfermería. Con el dinero de la cantina consigue ir tirando. Los militares pueden encontrar aquí desde comida y artículos de coser hasta infusiones y hierbas contra el cólera, la disentería y las diarreas.

—Pero, ¡eso es inaudito! —dijo emocionada—. Si es capaz de curar esas enfermedades...

—Los médicos la tachan de curandera —cortó para que comprendiese antes de continuar—, aunque los soldados la tratan como a una doctora.

—No lo entiendo, Alexey...

—Sabía que te mortificaría oír esto.

—De todos modos —dijo tras unos instantes sumida en sus pensamientos—, aun si fuese cierto que la hubiesen discriminado, no se puede echar por tierra la labor de la señorita Nightingale. Su labor está siendo inigualable.

—Yo no he dicho eso —dijo Alexey aspirando el aroma de su cabello—. Solo digo que las personas no tienen que ser perfectas para conseguir grandes logros. De hecho, no lo son. Nadie lo es. Tan solo quería que lo supieras.

—Sé que idolatro a la señorita Nightingale...

—A todo el mundo, Anna... tiendes a idealizar a todo el mundo. Eres tan buena e inocente que no comprendes qué es lo que ocurre ni aquí ni en ningún sitio. No comprendes que un ser humano quiera aplastar a otro ser humano. Pero el mundo no es perfecto y las guerras existen.

Anna se volvió a girar. Pero esta vez lo hizo completamente quedando enfrentada a Alexey, sorprendida. El joven la envolvió en sus brazos como si de un objeto delicado en extremo se tratase.

—¿Por qué me conoces tan bien, Alexey? ¿Por qué me siento tan reconfortada cuando estoy a tu lado?

—Solo tuve que mirar una vez en el fondo de tus ojos para saberlo. Eres un ángel, ya te lo he dicho. No deberías estar aquí y yo no debería haberte arrastrado a este terrible barullo.

—¡Tú no hiciste nada! —dijo acurrucándose más aún sobre el pecho del joven ruso—. Lo hice yo sola porque quería. Quizás yo también encontré algo aquella tarde en el fondo de tu mirada. Y no me arrepiento de ninguna de las decisiones que tomé aquel día, ni ningún otro. Además, a tu lado me siento más segura y protegida de lo que jamás me había sentido.

La cosa se ponía seria por segundos. El inesperado giro de Anna sobre su cuerpo y el roce de sus pechos estaban obrando auténticos estragos en su fuerza de voluntad. Y sus palabras no ayudaban en absoluto. Quería besarla y lo quería hacer ya. Quería abrazarla fuerte y desnudarla hasta sentir su piel suave deslizándose por todo su cuerpo. Alex sabía que la amaba y necesitaba el refuerzo físico que las tímidas palabras de la muchacha trataban de explicar. Ella era suya y ya sin remisión, y él quería sellar aquel pacto físicamente. Pero no quería abrumar con su pasión a la joven e hizo todo cuanto estaba en su mano para desterrar de su cuerpo el deseo que lo consumía. Así que echó mano de su consabida ironía.

—Pues está bien que lo digas porque te he traído directa al Valle de la Muerte.

—¿El qué? —preguntó Anna alarmada.

—Estamos en el centro del conflicto bélico. Lo llaman el Valle de la Muerte.

—¿De veras? ¿Por qué?

—Aquí fue donde se desarrolló la batalla de Balacklava. Según he podido saber por los hombres que aquí quedan, un asunto de incompetencia militar y de órdenes mal entendidos hicieron que la carga de la brigada ligera se lanzase por este valle hacia nuestras posiciones. Fue una auténtica masacre —expresó con verdadera pena—. Al principio, hasta pensamos que todos esos ingleses estaban bebidos. No comprendíamos qué pretendían hacer si les superábamos de manera abrumadora en número...

—Oí que habíamos perdido de manera estrepitosa.

—Eso no es lo peor, Anna. Los soldados obedecemos órdenes, pero no sabes lo que es enfrentarte a personas y tener que matarlas por decisiones mal tomadas de los que están al mando y que no exponen absolutamente nada. Exponen tu vida y la de miles de personas sin pararse a pensar en ninguno de ellos. He hablado con un soldado que dice que uno de sus comandantes no interrumpió su desayuno cuando se supone que tenían que avanzar para que nosotros no reuniésemos fuerzas. Pero nos dio tiempo... ¿no te das cuenta? ¡A él no le importaba! Y se dice que la maniobra suicida de la carga de la brigada ligera fue por una enemistad entre dos cuñados que no se soportaban entre ellos y que uno realizó el ataque para demostrar al otro que era mejor. ¡Dios! Tantas vidas perdidas para nada... La guerra no es un juego, pero siempre sobreviven los que las organizan pero dirigen desde la distancia.

—Tú no eres así —dijo Anna con lágrimas en los ojos—, y sin embargo, una vez me dijiste que hubieses muerto en el campo de batalla cumpliendo con tu deber. ¿Por qué, si no crees en esto?

—Porque creo en mis hombres. Porque creo en sus vidas. Porque yo jamás los enviaría a una muerte segura y me quedaría mirando. Porque si ellos mueren, yo muero. Porque ellos son mi responsabilidad. Y porque sigo creyendo en la humanidad. He vivido y he experimentado la suficiente violencia para llenar esta vida y alguna que otra más. Y ya estoy cansado. Por eso, no me hubiese importado morir... hasta que te conocí. Pensé que eras un ángel bajado del cielo para acompañarme allá donde quiera que fuese que debería ir. —Alex rio en alto—. ¡Casi hasta me sentó mal que me salvaras! En aquel momento solo quería desaparecer y no volver a padecer los sufrimientos de esta guerra cruel.

Anna estaba francamente conmovida con las palabras del joven general ruso y un impulso más fuerte que ella misma la obligó a levantar la mano y acariciar dulcemente el rostro de Alex. Y de repente, ya nada más importó. Solo la desesperación de aquella guerra. El hecho de haber encontrado algo tan maravilloso en medio de aquel mar de destrucción, de seres humanos contra seres humanos, avivó la desesperación de Anna, que sabía que podían morir en cualquier momento. Sabía que debía atesorar cada segundo que pasasen juntos y que cualquier oportunidad perdida jamás regresaría.

Y entonces, ella le besó.

### Sangre española

Anna nunca había comprendido a su padre. No comprendía aquel amor tan desmedido de él por su madre. Y no porque su madre fuese una mala persona o no correspondiese a su amor, no. Lo que no comprendía era aquel amor tan pasional que su padre sentía. Un amor que siempre le decía que ella poseía, pero que aún no lo había encontrado. Su padre le había contado en numerosas ocasiones la sangre española que corría por sus venas. Una sangre que estaba cargada de pasión. Según le había dicho, su bisabuela María era española. Esta había llegado a Londres huyendo de un matrimonio concertado en España para arrollar con una pasión desmedida al joven que creía era su tío, Jason St. James. Al final, resultaron no ser familia y el matrimonio fue de lo más feliz. Se decía que había sido uno de los amores más apasionados que jamás hubiesen existido. Pero la pasión de María, impresa en esa sangre española, pasaría de generación en generación a través de sus antepasados, pasando por su padre y llegando hasta ella. Anna era la bisnieta de María y, según su padre, poseía aquel carácter típico español. Su mismo padre lo poseía, al igual que el físico tan peculiar de aquella ascendencia española.

No, nunca había entendido aquella manera de amar, hasta ahora. Esa desesperación por estar con el ser amado pasase lo que pasase, fuese como fuese. Sin importar las consecuencias.

Cuando sus labios rozaron los del joven ruso todos sus sentidos se inflamaron en una sensación arrebatadora que le recorrió las venas.

Alex, que no se había figurado que Anna le iba a besar, aceptó la tímida caricia con sorpresa al principio. Pero fue muy poco el tiempo que tardó en reaccionar a la caricia y comprender que su cuerpo le dolía de auténtica necesidad por ella. No quería que aquel momento se interrumpiese por nada del mundo. Tenía miedo hasta de respirar por si aquel instante se convertía en irreal, por si el más mínimo movimiento o gesto involuntario lo despertaban de un sueño del que no quería regresar. Quería que continuase y que ella le tocase como lo estaba haciendo. Quería que le mirase como le acababa de mirar, con aquel profundo amor en aquellos ojos con toques esmeralda. Necesitaba la fuerza que solo ella sabía darle para poder continuar en aquel mundo lleno de frialdad, engullido por aquella guerra cruel.

Anna sintió cómo Alex le apretaba más el abrazo alrededor de la cintura y la estrechaba más contra él. Entre aquellos fuertes brazos, Anna se sentía más libre de lo que jamás hubiese imaginado. Se sentía en casa por primera vez en mucho tiempo. Y se sentía segura...

El joven ruso se sintió desbordado por su propia pasión y quiso profundizar más aún aquel beso introduciendo la lengua en la boca de la joven, que lo sorprendió abriendo sus labios de una forma casi desesperada. Su cadera, con vida propia, se estrechó contra el abdomen de la joven, demostrándole así lo ansioso que estaba de ella, mientras succionaba con cuidado y dulzura la lengua que la joven le ofrecía con anhelo.

Anna se abrió como una flor en primavera a la marea de sensaciones nuevas que su adorado soldado le estaba regalando con tanto esmero. Quería sorprenderle y regalarle algo que ni ella misma sabía que tenía y, así, se envalentonó tratando de seguir los pasos del joven e intentó proporcionarle el mismo placer que él le estaba dando. Se arrebujó más contra él friccionando su cadera contra la entrepierna del soldado mientras trataba de acariciar con su lengua todo el interior de la boca de Alex. ¡La sensación era tan exquisita! ¡Tan dulce!

Alex estaba sumido en la vorágine del deseo y llevó su mano hasta las nalgas de Anna para apretarla contra su inflamada erección y demostrarle así lo que sucedería de seguir por ese camino. Pero no lo hizo de manera deliberada. Más bien fue un acto reflejo destinado a liberar parte de la tensión de su congestionada masculinidad.

Anna notó el duro bulto clavándose en su vientre, pero curiosamente no sintió miedo sino más bien necesidad. Un calor abrasador se apoderó de su bajo vientre, haciendo que su entrepierna se humedeciese instantáneamente, y volvió a estrechar más su cadera contra aquel duro bulto sin saber muy bien cuál era el fin. Notó cómo una de las poderosas manos de Alex se introducía bajo la camisa que llevaba puesta y ascendía por su suave muslo, regalando auténticas caricias llenas de placer por allí por donde pasaba. Instintivamente, la muchacha pasó su pierna por encima de las del joven ruso intentando rodearlo con ella y fundirse con él en aquel apasionado abrazo que selló rodeándole el cuello con fuerza, mientras sus pechos se frotaban sensualmente contra el torso masculino.

Si alguna vez había pensado Alex que sabía si algo era erótico se había equivocado de pleno. Aquel abrazo era lo más erótico que jamás había experimentado. Aquella mujer, con toda su inocencia e inexperiencia, era la más erótica que jamás había conocido. Se estaba ahogando en su pasión y ya no era capaz de contenerla. Sin ningún reparo, separó sus labios de los de la joven para descender por su cuello con un claro objetivo en su nublada mente: los pechos de la joven; esos pechos que había delineado con lienzos húmedos cuando la lavaba, mientras observaba cómo aquellos rosados pezones se volvían enhiestos ante sus caricias deseando algún día poder rozarlos por la boca. Trazó un lento y deliberado descenso de húmedos besos que arrancaron gemidos de auténtico placer a la enfermera, que se agitaba por momentos más y más entre sus expertas manos. Mientras su mano proseguía su trayectoria por el interior del muslo que ella misma había separado para él, su boca luchaba con maestría con la abertura de la camisa, que no tardó en ceder a sus dientes, abriéndose ante él y dejando un suave y cremoso pecho expuesto ante su vívida mirada. El aliento se le cortó en el acto al descubrir el duro y erecto botón inflamado de Anna, que respiraba de forma entrecortada.

En el mismo momento en el que aquella húmeda boca alcanzaba el sensible pezón, Anna notó la segura mano del general rozar el mismísimo centro de su ser. El fuerte jadeo salió de su garganta sin que ella misma fuese consciente de ello...

Pero de lo que sí fue consciente fue de la inoportuna visita de un soldado que recorrió la tela del improvisado biombo para averiguar qué era lo que ocurría al otro lado.

—¿Necesita usted...? —Las palabras murieron en la garganta del soldado, que enrojeció visiblemente, mientras se disculpaba y volvía a correr la delgada y raída tela.

Alex, que prácticamente había dado un bote en el catre, volvió a la cruda realidad del lugar en el que se encontraban, con la respiración entrecortada y un dolor insoportable entre las piernas, mientras tapaba lo mejor que podía a Anna con aquella vieja sábana. Pero, ¿qué demonios le había sucedido? Había estado a punto de desflorar allí mismo a su joven enfermera.

—Lo siento, Anna —dijo entre dificultosas respiraciones.

Anna, todavía con el corazón latiéndole desbocadamente, no era capaz de bajar de la nube de placer en la que se hallaba inmersa.

—Yo, no.

Aquello sí que consiguió dejar sorprendido al joven ruso.

—No me malinterpretes —se excusó, intentando no romper la magia que ella había tejido—. No me arrepiento de lo que acaba de suceder, pero te mereces algo mejor que vivir tu primera experiencia en un triste hospital de mala muerte, rodeada de enfermos moribundos. Preferiría amarte en otro sitio mejor.

—Pues yo no sé de un sitio mejor que entre tus brazos... sea donde sea —expresó con sinceridad con una amplia y reconfortante sonrisa en la cara, que trataba de ocultar la vergüenza que acababa de vivir durante la breve interrupción—. ¿Crees de veras que habrá algún sitio mejor en algún momento? —preguntó, mirándole directamente a los ojos con desesperación—. ¿Quién nos puede asegurar si habrá un mañana?

Si la madre de Anna hubiese estado allí, hubiese muerto de un ataque al corazón al descubrir el descomulgado comportamiento de su hija. Ni ella misma era capaz de reconocerse, pero aquel mundo de sensaciones nuevas descubiertas en aquel joven del que se había enamorado, unido a la dura situación que les había tocado vivir, no precisaba de convencionalismos. Ella ya pertenecía en cuerpo y alma a Alex, y no había vuelta atrás. Y si el mundo necesitaba largos cortejos y firmar papeles con consentimientos paternos, ella no. Y si el mundo consideraba aquello un pecado carnal, ella consideraba que era algo extremadamente bello en medio de un mar de destrucción.

—Ojalá lo haya... para los dos —expresó visiblemente afectado—. Te mereces algo mejor.

—¿Algo mejor? —preguntó con una sonrisa—. ¿Es que hay algo mejor que lo que acaba de ocurrir entre nosotros hace un momento?

Alex desplegó una perfecta y seductora sonrisa que prometía mayores placeres que los que Anna acababa de experimentar y aquello consiguió que los pliegues entre

sus muslos se humedeciesen todavía más, aunque ella lo creyese imposible.

—Desde luego que hay más —dijo con voz ronca—. Y no dudes que estaré más que encantado de demostrártelo cuando llegue el momento.

Anna tragó con dificultad, perdida en la mirada oscurecida del ruso.

—No... no soy tan inexperta, ¿sabes? —expresó envalentonada—. He visto hombres desnudos.

Alex soltó una sonora carcajada ante el sonrojo de la joven.

—¡Por Dios, Anna! Si hasta te cuesta pronunciar la palabra desnudo. —Y enfrentándola aún más obligándola a mantenerle la mirada, añadió con voz sensual—: ¿Me has visto a mí?

Anna recordó cómo había despojado, aquel primer día, al joven de sus ropas, pero evitando quitarle la ropa interior. Y cómo había puesto el máximo cuidado en cubrir los genitales del joven cada vez que le aplicaba las curas.

—Puede que no te haya visto a ti pero he visto a otros soldados y, por lo que he podido observar, todos tenéis lo mismo —dijo haciéndose la valiente y queriendo quedar de mujer entendida.

Alex la miraba muy fijamente a los ojos con aquella sonrisa burlona que a ella tanto le exasperaba y a la vez adoraba, cuando él tomó una de las manos de la joven con la suya y, sin previo aviso, la dirigió hacia su inflamada entrepierna donde la depositó con interés.

—¿Los otros soldados tenían esto? —preguntó con la voz más grave aún.

Anna abrió desmesuradamente los ojos y retiró la mano como si se hubiese quemado. ¿Qué demonios era aquello? Había visto hombres desnudos, pero nunca con una raíz tan enorme, dura y erecta. Cuando lo había notado contra su vientre no se había imaginado que fuese así.

Alex volvió a reír con suficiencia.

—¡Lo imaginaba, señorita enfermera! —expresó con la risa contenida—. Eso que has visto y que crees que conoces, no tiene nada que ver con lo que hay cuando se produce el amor físico entre un hombre y una mujer.

—Pero... ¿qué... cómo...? —Anna estaba mortificada. Había intentado parecerle al joven ruso una mujer más experimentada de lo que él creía y todo se había vuelto en su contra.

—No te preocupes —dijo incorporándose del destartado catre—. Un pequeño paseo por el frío de ahí afuera y todo volverá a ser como tú lo conoces. Menos mal que estamos aún en medio del crudo mes de febrero.

—¿Vas a salir fuera? —preguntó incrédula.

—Créeme, ahora mismo lo necesito con desesperación —dijo con su seductora sonrisa—. Si continúo un instante más con tu cuerpo tan cerca del mío no soy responsable de mis actos. Y créeme, dentro de poco, buscaré un lugar en el que arrancar esos bonitos gemidos de tu garganta sin que nadie nos interrumpa.

Anna se sonrojó tanto que no fue capaz de contestar mientras observaba cómo Alex se calzaba unos pantalones mal puestos y desaparecía detrás de la tela que hacía unos instantes los había aislado del mundo entero.

## Capítulo 16

### Hacia Sebastopol

Anna despertó sola en aquel sucio catre y sobresaltada con los lamentos y quejidos de los enfermos que se encontraban al lado de su agradecido biombo. Se giró rápidamente para comprobar si Alex estaba en aquel reducido espacio que les habían cedido, pero no lo encontró. Se incorporó para comprobar el estado de sus fuerzas y descubrió con satisfacción que se encontraba mejor de lo que en principio se había imaginado. Intentó levantarse del catre, pero un inesperado mareo hizo que se frenara en seco, quedándose sentada. Cuando recobró un poco la compostura se incorporó y caminó despacio hacia una jofaina que había al lado para refrescarse la cara.

En esas estaba cuando la cortina le abrió paso a Alex, que entraba con cara de circunstancias.

—¡Estás en pie! —expresó aliviado—. ¿Cómo te encuentras? —demandó con auténtica preocupación.

—Pues, a juzgar por tu expresión, creo que mejor que tú. ¿Ocurre algo malo?

—Según se mire —contestó acercándose a la joven y estampándole un sonoro beso en los labios—. He estado con mis hombres. Hemos estado viéndonos a cierta distancia de aquí. Son ellos los que están montando guardia por mí.

—¿Montando guardia?

—Sí, en la costa. Y acaban de comunicarme que tu comandante Wilson ha arribado esta mañana.

—¿Qué? —exclamó alarmada—. Entonces, debemos partir cuanto antes.

—En efecto. Me alegro de que ya tengas la suficiente fuerza para incorporarte. Vístete cuanto antes y salgamos de aquí sin llamar demasiado la atención.

—Pero...

—¿Qué ocurre? —preguntó al ver la expresión triste de Anna.

—¡Nada! —expresó afligida—. Supongo que no puedo despedirme de madre Seacole, ¿no es cierto?

Alex se acercó y la rodeó entre sus brazos.

—Sé que tu alma de enfermera ansía hacerle preguntas y devorar sus conocimientos pero, lamentablemente, no sería lo más aconsejable para nosotros.

—Lo comprendo —y levantando la mirada hacia la cara del joven, interrogó—: ¿crees al menos que podrías hacerte con un trozo de papel mientras me visto?

—Puedo intentarlo, aunque no te lo aseguro.

—Ve pues. No pierdas tiempo —dijo decidida.

Alex no preguntó más, y salió veloz a por el extraño encargo de su joven enfermera. Cuanto antes terminasen con aquello, antes partirían y el tiempo no jugaba a su favor. Un soldado tirado en un catre se afanaba, lentamente, en escribir una pequeña carta desde el frente, y Alex no dudó en pedirle un pedazo de aquel papel, que el soldado cedió con generosidad. Regresó justo cuando Anna terminaba de componerse y vio su cara de felicidad al comprobar que había cumplido con su encargo.

—¿Para qué lo necesitas ahora? —inquirió curioso.

—Para despedirme de la señora Seacole. De veras que lo necesito.

Tan solo tardó unos segundos en escribir en el pequeño trozo de papel que esperaba pudiese encontrar la criolla y no le pasase desapercibido. Lo dejó sobre la silla medio rota que había junto al catre y que había hecho las veces de mesita de noche y de lugar donde dejar las pocas cosas que portaban encima cuando llegaron.

“Gracias por haberme salvado la vida. Nunca la olvidaré”.

Y salieron de allí como alma que lleva el diablo.

Llevaban una buena distancia y casi no conseguían vislumbrar ya el British Hotel cuando Anna tropezó y cayó al suelo. Casi hasta lo agradeció, porque eso le dio la oportunidad de recuperar el resuello.

Alex se dio cuenta de que había forzado en exceso a una débil Anna que se negó, por un instante, a levantarse del suelo. Se agachó junto a ella y fue cuando comprendió que su alma militar le había jugado una mala pasada. La había tratado como a uno más de sus soldados y ella no había protestado lo más mínimo, hasta que había tropezado.

—Eres más fuerte y valiente que cualquiera de mis hombres —dijo con admiración mientras la tomaba entre sus brazos—. Aunque ya tenía una ligera sospecha, dado ese fuerte y tenaz carácter tuyo —ironizó con su sonrisa burlona.

—No quisiera ser un estorbo para ti —dijo mientras el general ruso la afianzaba con un brazo bajo sus piernas y otro bajo sus brazos, para proseguir la marcha con ella encima—. ¡Alex, bájame, por Dios!

—Con lo que me gusta tenerte en mis brazos... ¡ni lo sueñes! —expresó con sonrisa seductora.

Anna iba a contestar, pero en ese preciso instante aparecieron Vladímir y sus hombres de la nada, que saludaron a su general y descargaron parte de su peso al liberarlo de la mochila que había portado con sus cosas y su fusil.

—¿Todo bien? —preguntó Alex hablando en ruso.

—Perfectamente —contestó Vladímir mientras movía la cabeza y sonreía a la joven a modo de saludo—. ¡Es fuerte la condenada! He visto soldados morir por menos que ella.

Alex sonrió orgulloso, aunque no sabía muy bien por qué.

—Está bien —dijo adquiriendo su habitual tono de mando—. Pongámonos en marcha. Aún falta un buen trecho hasta Sebastopol, y no descarto que cuando el comandante Wilson investigue, le adviertan que el conde de Wiltshire ha estado allí con su esposa. Si descubre que hemos estado hasta hoy mismo, saldrá con un destacamento en nuestra busca. ¿Podemos acercarnos a Sebastopol con seguridad?

—Tranquilo. Uno de los nuestros ya está allí y tiene órdenes de estar las veinticuatro horas del día pendiente hasta que regresemos. Una señal mía y no abrirán fuego contra nosotros.

—De acuerdo. No perdamos tiempo.

Hubo tramos, hasta que al fin llegaron a Sebastopol, en los que Anna fue a pie. Pero lamentablemente no se encontraba con las suficientes fuerzas como para hacer aquel recorrido completo ella sola. No quería retrasar la marcha, pero no podía hacer otra cosa.

Para su asombro, hubo veces en los que fue Vladímir quien la transportó. Era un hombre también muy atractivo y que se defendía bastante bien con su idioma. También alto y de anchos hombros, era, al contrario que Alex, de pelo negro. Sin duda alguna eran sus ojos su rasgo más característico, porque aquel color gris plata dejó a Anna bastante impresionada. Hablaron muy poco cuando la llevaba en brazos, lo justo para darse cuenta de que desplegaba una interesante y seductora sonrisa, que se cortó en el mismo instante en el que Alex pronunció lo que ella creyó que era una orden en ruso y que fue sustituida por una sonrisa burlona por parte de Vladímir. Pero el compañero de Alex no volvió a hablar con ella.

Era ya de madrugada cuando Alex le comunicó que estaban llegando a Sebastopol. Se ocultaron, cerca de la ciudad, tras unos arbustos. Allí, uno de los soldados lanzó un agudo silbido que no tardó en ser respondido, con lo que todos avanzaron confiados hacia la ciudad.

Era uno de los tramos en los que Anna iba a pie dada de la mano de Alex y este la aferró con fuerza al notar su ligero temblor. Y es que Anna iba completamente impresionada y algo asustada, ya que nunca se había encontrado tan cerca del frente. El crepúsculo de la mañana comenzaba a iluminar el horizonte, en el que podía apreciar un destacado monte que contrastaba con la superficie del oscuro mar.

—Es el monte Sapun —dijo Alex al ver el escrutinio de la joven, a la que cubrió con su guerrera cuando notó sus escalofríos.

Era cierto que Anna temblaba como una hoja y que hacía demasiado frío. El helado viento le cortaba la cara y sus pasos crepitanaban sobre la hierba cubierta de escarcha. Pero no lograba distinguir si su temblor se debía al clima o a los estampidos de cañones que oía en la lejanía y que se mezclaban con el dulce rumor de las olas, que continuaban su vaivén como si nada extraño sucediese.

—¿Están atacando? —preguntó temerosa.

Alex suspiró. ¿Qué había hecho? Había arrastrado sin pensar a su joven enfermera hasta aquel lugar sin medir las consecuencias. Las ciudades sitiadas tenían muy pocas posibilidades de aguantar mucho tiempo. Su instrucción militar le había nublado la razón y no había pensado en aquella joven, que no merecía en absoluto estar allí. Su único consuelo era que si perdían aquella guerra ya se las ingeniaría para que supiesen que ella era inglesa y no le ocurriese nada malo. Eso si no morían en medio de una batalla...

—Sí —afirmó con cierta pena al ver la expresión del rostro de la joven—. Pero no te preocupes. No significa que estemos en medio de una batalla. Bueno, sí... es que es difícil explicar cómo funciona el sitio a una ciudad. Pero, por ahora, no debes preocuparte. Estamos resistiendo a los ataques. Por favor, confía en mí. No dejaré que te ocurra nada malo.

Al ver la expresión de ternura en el rostro del joven general, Anna se sintió protegida de nuevo. La seguridad que aquel hombre le transmitía, junto con el torrente de sentimientos que le hacía sentir, conseguían que ella fuese feliz por el mero hecho de estar cerca de él.

Conforme seguían avanzando, Anna pudo objetivar en primera persona el despertar de aquella ciudad. Todo iba comenzando a tomar forma y movimiento y parecía reaparecer la actividad del día. Hasta hacía tan solo unos instantes el único sonido había sido el tronar de los lejanos cañones en la calma de la noche, pero ahora ya distinguía actividad en los buques de guerra que había en la bahía.

Anna absorbía todo con extrema atención. Entrando ya por una de las calles principales, se toparon con un pelotón que partía para relevar a los centinelas y en su trote resonaba el ruido metálico de sus fusiles. El puerto comenzó a llenarse de gente de lo más variopinta que parecía indiferente a los ruidos de las bombas, a los militares que iban y venían por doquier, a las carretas de crujientes ruedas que llevaban a los muertos hasta el cementerio donde recibirían sepultura o a la desagradable mezcla de olores que emanaban las aguas, entre las que se distinguía claramente la carne muerta. Había soldados de diferentes regimientos fumando tranquilamente y discutiendo vete tú a saber de qué, hombres transportando fardos a los barcos de vapor que había allí atracados y que en breve partirían, botes plagados de gente de todas las clases: soldados, marinos, vendedores, mujeres con vestidos de vívidos colores que subían y bajaban del embarcadero sin cesar vendiendo pan, ofreciendo bebidas y pasando por encima de cadáveres de animales medio descompuestos y medio sumergidos en el fango... ¿Dónde estaban el miedo a la muerte y la confusión? ¡Ella estaba francamente aterrada!

—¿Qué es aquello de allí? —preguntó Anna curiosa señalando unos palos negros que emergían del agua y se diseminaban por el mar más allá de la bahía.

—Son los mástiles de los restos de los buques que han sido hundidos. Algunos como estrategia para que no se acercase el enemigo y otros... hundidos en combate.

En ese momento, pasó junto a ellos una campesina que los compañeros de Alex pararon para comprar una bebida. Alex tomó uno de los vasos de su mochila y vertió en ella un poco para Anna.

—Bebe —dijo ofreciéndole el vaso—. Traga de golpe y sin pensar. Te hará bien.

—¿Qué es? —preguntó Anna olisqueando en el interior del vaso.

—*Sbitene*, una bebida muy popular y que se toma caliente —dijo mientras sus compañeros y él apuraban sus vasos.

Anna hizo lo propio y acabó tosiendo como una loca al compás de las risas de los hombres de Alex, pero hubo de reconocer que no estaba para nada malo, diferente pero nada malo.

Llegaron a una plaza donde había numerosos soldados durmiendo junto a carretas, caballos, cañones, arzones de artillería, haces de fusiles de la infantería en un lado y más y más soldados en movimiento diseminados por la plaza mezclándose entre mujeres y niños.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Alex al ver aquella expresión confusa en la bonita cara, mientras la instaba a continuar por una cuesta que los adentraba más, en el centro de la ciudad.

—Es que... —Anna se sentía confundida y no sabía cómo explicarse sin miedo a parecer ridícula—, no entiendo lo que sucede a nuestro alrededor. Estamos en una ciudad sitiada y aquí hay... vida. Nunca hubiese imaginado este trajín de idas y venidas con la gente continuando con su vida como si nada, ocupados en sus tareas diarias.

—No te confundas, Anna —reprochó Alex—. Todas estas gentes conocen el sufrimiento tanto como tú que has sufrido la experiencia de atender soldados moribundos en un hospital. Aquí no solo saben de esas cosas los médicos o enfermeras. Mira a tu alrededor, mira los cadáveres, los ataúdes que transportan esos soldados... Las gentes de a pie conocen toda esta inmundicia. Pero la vida sigue. No pueden pararla porque eso significaría dejarse caer y perder la esperanza. Y la esperanza es lo último que todos debemos perder.

Anna se avergonzó de sí misma por aquella pregunta y de pronto, se sintió pequeña y egoísta. Egoísta por tener miedo cuando había tantísima gente allí que sufría verdaderas calamidades y mucha más que ya había perdido la vida.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó Anna, que ya sentía que las fuerzas le fallaban.

Alex la miró con ternura. Sabía que estaba muy cansada y que necesitaba descansar, pero no se quejaba.

—A mi casa. Está solo un poco más arriba por esa cuesta, pero antes pararemos a comer algo en una taberna cercana, para reponer fuerzas.

Al oír aquello, Anna se puso francamente nerviosa. A su casa. Y lo cierto era que no sabía muy bien por qué. Quizá porque su moral le había enseñado a no poder entrar en casa de ningún hombre aunque... después de lo que habían compartido, la moral estaba de sobra en su vida; quizás era el hecho de adentrarse en la vida de Alex y descubrir que no sabía cómo iba a encajar ella allí...

—Anna —dijo Alex con tono calmo—, a partir de ahora tendrás que actuar un poco.

—¿Actuar? —preguntó sorprendida—. ¿A qué te refieres?

—A que eres inglesa —contestó con decisión—. Y al igual que tú no querías que nadie supiese en tu hospital que yo era ruso, es preferible que la gente desconozca tu origen.

—Pero, yo no soy militar, no voy a hacerle daño a nadie.

—Lo sé. Pero para mucha de la gente de aquí los ingleses son el enemigo y no puedes juzgarles por ello. Habrá mucha gente que no opine así, pero no puedo protegerte de todo el mundo si no sé qué es lo que piensan. Prefiero que nadie lo sepa por ahora.

—Tus hombres lo saben y no ha pasado nada.

—Exacto —dijo con seriedad—, mis hombres.

Anna comenzó a sentirse mareada. ¿Qué iba a ser de ella? En su tierra la perseguían por traidora y aquí la odiaban por ser el enemigo. ¡Dios mío! Recordó a su padre. ¿Sabrían ya de su traición en su Londres natal? ¿Qué pensaría su adorado progenitor de ella?

—¿Qué debo hacer entonces? —preguntó con tristeza.

—Anna, no te preocupes. Todo saldrá bien. Cuando esta maldita guerra termine ya no habrá enemigos, y entonces no tendremos que escondernos de nadie.

Aquella manera de hablar de Alex, llena de esperanza, incluyéndola en su vida, hizo que Anna se sintiese mejor.

—Está bien, Alex —dijo con resignación aunque con renovada energía—. ¿Qué sugieres que haga?

—Fácil —dijo ya con su habitual sonrisa burlona—, haz como si fueras medio sorda.

—¿Cómo? —Anna abrió los ojos como platos.

—Solo será mientras estemos fuera de mi casa y no es tan difícil —dijo con una adorable sonrisa—, no entiendes nada de ruso, así que lo de sorda se te dará muy bien. En cuanto a lo de hablar... ¡eso para ti será francamente difícil! —añadió con una carcajada.

—Puedo hacerlo, ¿sabes? —exclamó ofendida—. Siempre y cuando tú no me exasperes.

Alex continuó riendo mientras la invitaba a pasar, con gesto burlesco, al interior de una vieja cantina a la que habían llegado durante su animada charla.

“¿La estaba retando con aquel ademán?”

Anna se adentró en el interior del establecimiento, con la espalda muy tiesa, y cuando pasó por su lado no pudo evitar sacarle la lengua como si fuera una chiquilla que quiere fastidiar a alguien, provocando las risas de Alex y de todos sus compañeros.

En cuanto entró, supo que debía de ponerse a cubierto, pues una auténtica avalancha de robustos rusos se le vino encima y casi la atropellan.

—¡General! —gritaron sorprendidos varios cosacos al unísono, a la vez que se acercaban para comprobar que el hombre que entraba por la puerta era, en efecto, el mismísimo Alexey Vasiliev—. ¿Cómo lo ha conseguido? ¡Vimos cómo se lo llevaban preso!

Alex intentó calmar a la turba que, enardecida, se agolpaba a su alrededor separándolo de Anna, que se vio envuelta por los férreos brazos de Vlad.

—¡Tranquilos, chicos! —levantó la voz Alex intentando acallar sus preguntas—. No me llevaron preso. Me confundieron con uno de los suyos y me llevaron a un hospital.

Después de los primeros instantes de incredulidad, todos estallaron en una sonora carcajada.

—¡Menudos incompetentes! —gritaban unos mientras chocaban con estruendo sus jarras brindando por las buenas nuevas—. ¡No saben distinguirse ni entre ellos!

¡Esto está chupado! ¡Esos inútiles no podrán ganarnos!

En medio de la algarabía, Anna, que no comprendía nada, fue conducida por Vlad hacia una de las mesas donde una bonita muchacha les atendió sin prestarles la más mínima atención, mirando concentrada hacia Alex. Cuando este se acercó, la pose de la joven cambió de manera radical a una bien estudiada caída de ojos y una falsa y coqueta sonrisa, que consiguió molestar al instante a Anna.

—¡Vuestra nobleza! —dijo la muchacha con fingida sorpresa, después de haberlo devorado de manera descarada con la mirada—. ¡Cuánto tiempo! ¡Le echábamos de menos!

“¿Qué puñeta le estaba diciendo aquella fulana a su Alex con tanta desfachatez?”

Anna sintió una oleada de celos que la recorrió de arriba abajo y que incluso la obligó a ponerse en pie para decirle dos cosas bien dichas a aquella fresca, cuando el griterío descontrolado de otras dos muchachas que venían corriendo desde el fondo del local la dejaron descolocada abalanzándose, literalmente, sobre Alex y delante de sus mismísimas narices. Sus ropas eran claramente indecorosas, dejando prácticamente al descubierto sus jóvenes y generosos bustos, que no dudaron en restregar sobre el ancho pecho del joven general. Pero, ¿dónde demonios la habían metido? Sin duda alguna aquella era una casa de mala reputación y aquellas damas conocían demasiado bien a Alex.

Vlad la obligó a sentarse de un tirón, silenciando su intención de hablar con un gesto serio, y ella recordó que hacía tan solo un instante le había prometido a Alex que no hablaría, pero aquellas muchachas habían despertado en ella verdaderos sentimientos de agresividad, los cuales ella desconocía tener.

Con toda la delicadeza de la que fue capaz, Alex se deshizo de las jóvenes, que lo acosaban sin descanso, al ver el rostro enfurecido de Anna. No sabía por qué pero aquella cualidad en la joven enfermera le entusiasmó. Su carácter rebelde y apasionado cada vez le gustaba más; más aún ante aquel despliegue de celos que no hacía más que corroborar lo mucho que él le importaba. Se sentó a la mesa y vio cómo Anna engullía casi con furia la comida que le pusieron en el plato, obligándose a sí misma a no dedicarle ni una sola de sus bonitas miradas. Alex dio buena cuenta de su plato de comida, feliz de encontrarse de nuevo entre los suyos y con aquella fierecilla a su lado. No iba a ser fácil tenerla junto a él en aquellas circunstancias, pero por Dios que era lo que más deseaba en el mundo.

Finalizaron la comida rodeados de cosacos interesados en conocer los pormenores del caso de Alex. Anna escuchaba atenta aunque no entendía bien el porqué. Vlad debió de darse cuenta de la incómoda situación de la muchacha pues, como pudo y en bajo, cerca de su oído para que nadie oyese que le hablaba en inglés, intentó explicar a la joven las conversaciones que los soldados mantenían con su general.

—Hablan del cuarto baluarte —explicó Vlad, como si aquello fuese esclarecedor para la joven, que se giró interrogante hacia él. Al hacerlo, se encontró de cerca con la gris y brillante mirada de Vlad, recordándole que aquel cosaco tenía unos ojos sorprendentes. Por un momento, contuvo el aliento al recordar que ese hombre también era demasiado apuesto.

Ni el gesto íntimo de Vlad para con la enfermera, ni la reacción de la muchacha, pasaron desapercibidos para Alex, que sintió la angustiada punzada de los celos de lleno en el centro de su estómago.

—El cuarto baluarte —continuó Vlad perdiéndose en la verde mirada de la joven— es el más peligroso de todos. Es el puesto más cercano a la línea enemiga y los hombres que “viven” allí comienzan a acostumbrarse a aquel horror. Le están relatando a Alex las vidas que allí se pierden a diario y el estado de nuestras líneas. —Vlad suspiró con la mirada entristecida—. Esperemos que esta maldita guerra termine pronto o no quedará mucha gente para contarlo.

Anna desvió la mirada hacia un Alex que le recriminaba con la mirada... ¿el qué? ¿Pero si ella no había despegado los labios y nadie se había percatado de que Vlad le estaba relatando lo que sucedía?

Alex se levantó con brusquedad de la silla y se acercó a ella de forma peligrosa mientras se despedía de los soldados que allí se habían congregado. La cogió del brazo y la levantó con excesiva rudeza para conducirla al exterior del local, seguido de sus compañeros.

Pero bueno, ¿y ahora, qué bicho le había picado? Era ella la que debería estar molesta por las atenciones que él había dedicado a todas aquellas fulanas. Sin embargo, la condujo por las calles sin ningún tipo de ceremonia hasta que llegaron a su casa.

El enfado de la joven quedó un poco relegado al observar la fantástica mansión, delante de la cual se habían parado, y que parecía ser la casa de Alex. Todos pasaron al interior pareciendo saber hacia dónde dirigirse y despidiéndose en busca de un reparador sueño. Anna persiguió el acelerado paso de Alex subiendo la escalera que la llevó hasta la tercera planta, donde se encontró con una estancia abuhardillada de ensueño que consiguió que su boca permaneciese abierta.

—Este será tu cuarto —anunció sin más ceremonias—. Uno de mis hombres te subirá agua para que te afees, si te apetece, y puedes intentar descansar un rato. Regresaré al caer el sol.

Anna permaneció un instante más admirando el bonito mobiliario de la habitación, decorada en tonos rosados. Después enfrentó algo molesta a su guapo soldado.

—¿Puedo saber adónde vas? —preguntó recordando repentinamente a las muchachas que se habían abalanzado sobre él en la taberna, sintiendo nuevamente los celos que la habían atenazado al verlas.

Todavía molesto por el momento de intimidad que había presenciado con su amigo Vlad, Alex se giró sin ofrecer más explicaciones y abandonó la estancia.

Anna se quedó perpleja ante la actitud de Alex. ¿Dónde demonios se había metido ella? Había abandonado todo por él y ahora se daba cuenta, desde que habían entrado a la ciudad, que no sabía realmente nada de él. No lo conocía en absoluto y ahora iba a pagar las consecuencias de cometer la negligencia más absurda de toda su vida. Sin conocer el idioma, perseguida por sus propios congéneres, en un país ajeno y extraño para ella, sola y sin saber adónde ir y enamorada de un hombre que tenía una vida que ella desconocía y en la que ella seguramente no era más que una mera conquista más... ¿Qué iba a ser de ella? Ahora que había entrado en su mundo se daba cuenta de quién era Alexey Vasiliev y ella... ella no pintaba nada en su vida. Anna rompió a llorar desconsoladamente hasta que el cansancio la desbordó y se quedó dormida.

Unos suaves golpes en la puerta despertaron a Anna de su profundo y desanimado sueño. Con una triste orden de sus labios, que ni ella misma oyó, pasó uno de los soldados de Alex, que mostró tímidamente desde el vano de la puerta un caldero lleno de agua humeante como todo comentario. De sobra sabía Anna que aquel hombre hablaba muy mal su idioma, así que simplemente asintió con un leve gesto de su cabeza y una tímida sonrisa, ante la expectativa de poder asearse como Dios manda en varios meses.

El hombre avanzó hasta la preciosa tina de porcelana blanca que había cerca del hogar de la habitación y que había caldeado el ambiente lo suficiente para hacer sudar a Anna durante el sueño. Le llevó un buen rato terminar de llenarla para, acto seguido, volver a avivar el fuego con más leños. Después, con una sonrisa carente de varias piezas dentales pero llena de simpatía, se despidió de la joven cerrando la puerta.

Anna suspiró al acercarse a la lujosa tina con ribetes dorados y comprobar con una mano la temperatura del agua. Sintió un deseo y una emoción como hacía mucho tiempo no sentía. Quién le iba a decir a ella que suspiraría por un buen baño caliente. Miró sus sucias y raidas ropas y volvió a recordar a las jóvenes muchachas de la cantina con sus bonitos vestidos.

Desanimada nuevamente, se giró hacia el armario que había visto a su llegada y la curiosidad pudo más que ella, intentando descubrir si lograría encontrar algo que ponerse encima mientras lavaba y secaba sus ropas. Al abrir las puertas, la mirada se le iluminó al contemplar varios de los vestidos más bellos que jamás hubiesen visto sus ojos. Las mujeres rusas utilizaban vestidos muy diferentes a las inglesas, y por un instante quedó eclipsada, mientras sus manos se veían obligadas a tocar aquellas ricas telas. Pero mientras se planteaba si alguno de aquellos majestuosos vestidos podría llegar a valerle, un pensamiento angustioso llenó su cabeza: si aquella era la casa de Alex, ¿a quién pertenecían aquellos vestidos? ¿A quién pertenecía aquella habitación claramente femenina? Se giró a la vez que su cabeza giraba y giraba con un único pensamiento en la cabeza: ¿Sería aquella la habitación a la que Alex llevaba a sus conquistas? Y algo peor cruzó sus pensamientos: ¿sería aquella la habitación de alguna mujer especial para Alex?

Estaba claro que la había rescatado de Scutari obligado por las circunstancias pero, ¿y si ella se había hecho ilusiones cuando Alex bien podría tener ocupado ya su corazón? ¿Y si ya estaba comprometido... o casado? ¡Oh, Dios! Todas aquellas palabras que él mismo le había dedicado, ¿habrían sido mentiras para embaucarlo y llevarla a la cama? Ella se había enamorado como una tonta. Las lágrimas amenazaron con volver a inundar sus ojos, pero esta vez se decidió a no dejarlas escapar. Ella era Anna St. James y su padre le había enseñado también lo que era el orgullo. Se quedaría allí hasta que se recuperase totalmente de su enfermedad y luego regresaría a su casa con la cabeza bien alta. No permitiría que Alex la hiciese sufrir. Había cometido un grave error y pagaría por ello. Pero lo haría en silencio.

Con esa determinación en la cabeza se despojó de sus andrajosas ropas y se sumergió de lleno en la tina que la esperaba en cálida bienvenida. Nunca jamás había encontrado nada más reconfortante que aquel baño. Limpió con esmero cada rincón de su cuerpo, despojándose así de toda la suciedad y el cansancio acumulado de sus doloridos músculos para recrearse, acto seguido, en un dulce masaje en el cuero cabelludo que la hizo sentirse una mujer nueva. Frotó y frotó y después se aclaró. Cuando terminó con su exhaustiva limpieza se permitió el lujo de quedarse allí dentro un ratito más para no interrumpir aquel momento de felicidad despojándose de sus dolorosos pensamientos. Se secó concienzudamente delante del hogar y cepilló varias veces su pelo con un precioso cepillo de plata, más embobada con el artificio que con su propio pelo. Cuando terminó, su pelo brillaba más que nunca y su piel relucía luminosa. Se dirigió al armario, donde eligió uno de los vestidos que, para su sorpresa, era prácticamente de su talla, y cuando iba a salir en busca de Vlad para que le indicara dónde iban a cenar, la puerta se abrió de golpe. Ante sus ojos apareció un demacrado Alex que iluminó su mirada azul sorprendida al instante al posar sus tristes ojos sobre ella.

El general tuvo que parpadear varias veces para reconocer a su enfermera. Incluso tuvo que cerrar la boca que por un instante había quedado abierta debido a la impresión. Había pasado una tarde de sufrimientos imposible de expresar al ir a comprobar el estado de sus tropas y de la ciudad y encontrarse con el dantesco panorama del cruel asedio al que se estaban viendo sometidos, mientras calculaba el infinito número de muertes tanto de militares como de civiles. Sebastopol ya no era la majestuosa ciudad que había sido, y el sufrimiento se abría paso allá por donde iba. Eso sumado al cansancio y a la falta de sueño, le habían pasado una factura difícil de saldar.

De regreso a casa, había pensado en lo estúpido de su comportamiento con Anna. El deseo incontrolable que tenía de verla y abrazarla para sentirse aunque fuera algo reconfortado después de la experiencia que acababa de vivir pudo más que el ridículo enfado debido a sus estúpidos celos. La sensación no era en absoluto agradable. Nunca había sentido semejante azote y lo cierto era que le desbordaba el no saber cómo gestionar semejante avalancha de sentimientos. Nunca había creído posible que los celos fueran tan destructivos. Tenía que aprender a controlarlos. Hablaría con Vlad, con el que también se había comportado de manera completamente irracional, y aclararía su situación con Anna.

Cruzó el umbral de la puerta sin dejar de acecharla con la mirada como si fuese un depredador. Siempre había pensado que era un ángel con aquella belleza inocente de su cara, pero la mujer que ahora se descubría ante él no tenía nada de inocente. Recién lavada, como nunca la había visto, con el pelo negro y ondulado, limpio y gloriosamente suelto y aquel vestido ciñéndose a cada curva de su esbelto cuerpo, poco quedaba de esa inocencia. Aquella mujer que se presentaba ante él era el reflejo mismo de la lujuria.

Anna no supo cómo interpretar ni aquella mirada ni aquel silencio, pero cuando Alex cerró la puerta con aquella extraña calma se vio obligada a retroceder un paso. ¿Estaría enfadado por haber hurgado en el armario de su amante y haber escogido aquel precioso vestido? Lo cierto es que no había podido evitarlo. Todos los vestidos del armario eran exquisitos, pero aquel que había seleccionado le había atraído como un imán desde el mismo momento en el que lo había visto. Ciertamente era que le había llevado más de media hora colocarse aquella prenda ella sola, pero el resultado había merecido la pena. Se trataba de un precioso vestido de terciopelo verde esmeralda. La falda, aunque acababa siendo ancha, se adaptaba de una manera insinuante a su cadera y se abría desde la cintura con un precioso y cuidado brocado rosa oscuro, para revelar una segunda prenda interior de gasa de un rosa pálido precioso. El corpiño, sumamente ceñido a su perfecta figura, continuaba con aquel brocado de flores, tan bien bordadas que hasta parecían reales, y tenía un escote demasiado bajo para el gusto de Anna que revelaba tanto sus hombros como la curva generosa de sus pechos. Al mirarse en un espejo de pie, que también poseía la habitación, había quedado eclipsada.

Pero jamás tanto como Alex, que aparte de ver su perfecto cuerpo modelado por el bonito vestido veía cómo sus ojos resplandecían, acentuando aquel verde medio oculto y que la prenda resaltaba de manera casi mágica a la luz del hogar.

—Te queda mejor que a su dueña —dijo de manera desafortunada Alex.

Anna se envaró rápidamente y su expresión se tornó más seria aún.

—Solo lo había tomado prestado para bajar a cenar mientras mis ropas se secan —dijo con la punzada de los celos más presente que nunca—. Si me consigues otras ropas, me cambiaré enseguida. Además, no creo que sean las más adecuadas, dadas las circunstancias, pero no he encontrado nada más sencillo. Ahora iba en busca de Vlad para preguntarle.

Alex también se envaró ante el último comentario, y ambos se retaron durante unos instantes con la mirada.

—¿Tienes algún interés especial en Vladimír? —preguntó con falsa calma.

El comentario pilló completamente desprevenida a Anna, que enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—He visto cómo lo mirabas en la cantina, no niegues ahora que no te interesa.

¡Con que esa era la razón de su enfado! Pero bueno, ¿quién se había creído aquel hombre que era? Todas aquellas mujeres de dudosa reputación restregándose contra

él, atreverse a llevarla a un lugar donde llevaba a otras y, ¿era él el enfadado?

—No negaré que es un hombre sumamente atractivo —arrastró las palabras con la pequeña esperanza de provocarle un atisbo mínimo del dolor que él le estaba provocando a ella— y que parece estar más pendiente de mí que tú mismo pero...

—¿Te interesa? —repitió perdiendo la paciencia ante sus palabras y acortando la distancia que los separaba para sujetarla con fuerza por los hombros.

—¿Cómo te atreves? —elevó un tanto la voz Anna—. ¡Suéltame! No eres nadie para hacerme ningún tipo de reproches.

—¿Cómo que no soy nadie? —exclamó dolido.

—¡No! No eres nadie cuando lo único que has hecho desde que llegamos ha sido humillarme delante de esas fulanas y traerme aquí, a tu antro de perdición.

—¿Antro de perdición? —preguntó sorprendido elevando ambas cejas y comenzando a comprender la situación de su preciosa enfermera.

Anna, en su despliegue de rabia y celos, comenzó a desprenderse de aquel maravilloso vestido.

—Si —contestó furiosa—. Y no estoy dispuesta a llevar puesta la misma ropa que tus fulanas.

Alex se relajó al instante e incluso se atrevió a sonreír de medio lado con aquella sonrisa que lograba quitar la respiración de la joven, mientras se volvía para cerrar la puerta con llave y comenzaba a desprenderse, lentamente, de sus ropas.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó Anna incrédula al ver cómo se iba despojando, poco a poco, de sus ropas sucias a la vez que ella se frenaba en su intento de quitarse el vestido.

—Voy a darme un baño.

Pero ¿qué le pasaba a aquel hombre? ¿Es que le gustaba verla sufrir? ¿Sería un sádico?

—Esa es el agua que yo he utilizado para lavarme —dijo triunfal intentando fastidiarlo.

—Más a mi favor —dijo ensanchando la sonrisa—. Me encanta saber que esta que agua ha recorrido cada rincón de tu cuerpo... ahora lo hará con el mío.

Anna se puso colorada al instante, y sintió cómo su cuerpo la traicionaba de manera instintiva ante el indecente comentario. Sintió su pulso acelerarse y el calor líquido que invadía sin compasión sus partes más íntimas. Y llegó a quedarse sin respiración cuando su mirada se negó a despegarse del atractivo cuerpo del general que estaba a punto de quedarse como Dios lo trajo al mundo.

Mucho más tranquilo y seguro de sí mismo, Alex se desnudó por completo, luciendo una orgullosa erección ante la desorbitada mirada de la muchacha, que no perdía detalle sin poder evitarlo.

—Perdona —dijo señalando su grueso miembro con la mirada—, pero cuando el objeto de tu deseo te mira de esa manera... suele ir por libre —dijo sumergiéndose por completo en el agua, que se meció provocando olas que derramaron el agua por la estancia, debido al gran cuerpo que acababa de sumergirse.

—Debe... debe de estar ya fría.

—Créeme que es lo que más necesito —dijo con su sonrisa burlona—. Bueno, a decir verdad, te necesito más a ti, pero no te poseeré lleno de suciedad, si puedo evitarlo.

Anna abrió más su boca llena de incredulidad. Pero, ¿en qué momento habían dejado de discutir? Ella debería estar indignada y lo que estaba era excitada sin perder detalle de cada movimiento que el ruso hacía. Cada flexión y cada extensión de aquellos poderosos y musculados brazos, al frotar aquel glorioso cuerpo, la perturbaban tanto que su ira se había desvanecido por completo.

—Mira, Anna —dijo sincerándose—. No soy ningún santo, no pretendo engañarte. Pero lo que he hecho en mi vida pasada es tan solo eso... pasado. Esas mujeres no son nadie. No puedo cambiar el pasado pero sí te puedo prometer un futuro.

¿Se estaba excusando? ¿Trataba de hacer las paces con ella con aquellas palabras? Porque realmente aquel “te puedo prometer un futuro” estaba funcionando.

—Pero este lugar, este vestido...

—Es de mi hermana, ¿sabes? —cortó sumido en sus pensamientos—. Bueno, lo era —dijo levantando la mirada hacia Anna—. Esta era su habitación cuando venía a visitarme.

—¿Era? —preguntó temblorosa Anna imaginándose lo peor.

—Murió —dijo sin aparente sentimiento—. Iba por la plaza cuando cayó una bomba. La desplazó varios metros y cuando conseguí llegar hasta ella ni siquiera sabía que iba a morir. “Tan solo me han empujado”, me dijo con una sonrisa en la cara, allí tendida en el suelo. No se dio cuenta de que el empujón que ella creía era en realidad un impacto de metralla en su pecho. Hice lo que pude para que no viese la sangre que le manaba del pecho mientras la vida se le escapaba sin que yo pudiese hacer nada. Murió con una sonrisa en los labios mientras me decía que estaba cansada y que quería dormir.

Anna contuvo la respiración mientras las lágrimas acudían a sus ojos de forma automática. Quiso acercarse a él para consolarlo, pero no consiguió que ninguno de sus músculos se moviese de su sitio. Se sentía mareada y a punto de desfallecer.

—Yo...

—No quiero hablar de ello —cortó con una inmensa tristeza—. Esta guerra ya se ha cobrado demasiadas muertes, pero no parece importarle a nadie. Esto sigue y no tiene visos de parar. No hasta que nos matemos todos, los unos a los otros.

Anna consiguió que su cuerpo la obedeciera y se acercó lentamente hasta la tina, donde se arrodilló para quedar a la altura de la vidriosa y azul mirada de Alex.

—Si lo hubiese sabido... No quería profanar su recuerdo. ¿Quieres que me lo quite? —preguntó verdaderamente afectada.

—Depende.

—¿De qué? —preguntó extrañada.

—No me has contestado todavía. No sé qué sientes por Vladímir.

Anna no entendía nada pero no quería por nada del mundo continuar viendo aquella mirada de sufrimiento.

—No siento absolutamente nada por él. Bueno, es un buen amigo tuyo y yo le aprecio mucho.

—Entonces, quitatelo.

—¿Qué? No lo entiendo, ¿qué ocurre? ¿Qué tiene que ver Vlad en todo esto?

—Ocurre que te necesito. Ocurre que te deseo y que deseo tenerte desnuda entre mis brazos para borrar todo rastro del dolor y del caos que he visto esta tarde en esta ciudad. Ocurre que eres la única persona en el mundo capaz de hacerme continuar. Ocurre que con solo oír el sonido de tu voz y verte sonreír todo brilla de nuevo. Ocurre... que solo tú eres capaz de salvarme.

### Tu amor es mi salvación

Anna se incorporó y se despojó lentamente del precioso vestido, que depositó con reverencia sobre la cama. Aún con la ropa interior y las medias puestas se giró hacia Alex, que suspiró de manera prolongada antes de incorporarse sobre la tina, de la que salió esparciendo agua por todas partes.

Ambos se miraron a los ojos. Anna con nerviosismo y Alex con renovada energía, demasiado contenida.

Alex apenas terminó de secarse y se acercó de manera decidida y segura hacia Anna. Solo tenía que mirarla para saber que ella era lo más hermoso que le depararía la vida. Una vida de sufrimientos donde ella era la verdad más absoluta. Quería y ansiaba estar con ella y que aquello no acabase nunca.

—Te amo —susurró Anna temblorosa al descubrir todo el sufrimiento que encerraba Alex en su interior—. Solo a ti, Alex. Te amo.

Ella nunca supo el impacto que aquellas palabras, tan simples a primera vista y tan dichas a lo largo de una vida, causaron en él. Nunca supo lo necesarias que eran para él, y más en aquel día de dolor y sufrimiento.

—Te amo, Anna. Solo a ti.

Y así sellaron un pacto que no necesitaba ni papeles, ni firmas, ni formalismos, ni religiones... Se amaban y así se lo iban a demostrar el uno al otro.

Alex acomodó sus manos en la cara de Anna para acercarla más así y poder saborear, con deleite y exquisito cuidado, los labios de la joven. Allí, de pie y al borde de la amplia cama, Alex fue retirando con extrema dulzura la ropa interior de Anna, que temblaba como una hoja entre sus brazos. La besó hasta la extenuación y la abrazó con ternura, mientras su autodomínio se lo permitió. Pero era demasiado bella. Recordaba perfectamente el cuerpo de la joven. Lo había grabado a fuego cuando la había lavado durante su inconsciente convalecencia y ahora lo único que deseaba era ver retorcerse de placer aquel precioso cuerpo bajo el suyo. Sus manos volaron al redondeado y respingón trasero de la joven, donde apretó sus nalgas contra su dura e inflamada erección.

Curiosamente, Anna ya no tenía miedo. Había visto el viril miembro de Alex y se había asustado, pero su mirada le decía que no le haría daño. Lo había visto sufrir y frágil, y ella tenía una necesidad casi dolorosa de borrar aquel dolor de la mente del joven. Sabía instintivamente que su cuerpo estaba preparado para recibir a su joven general. Lo sabía por la tirantez de su bajo vientre, que clamaba por algo desconocido, la humedad de su entrepierna y la sensibilidad dolorosa de sus pezones, que parecían buscar sin descanso el contacto de Alex.

Alex la tumbó sobre la cama con cuidado y, durante unos breves instantes, se deleitó con la maravillosa visión que la joven desnuda le ofrecía. ¡Dios, no podría resistir demasiado tiempo! Se tumbó a su lado en un tonto intento de poner algo de distancia física para que le ayudase a aplacar sus más bajos instintos y comenzó a besarla repasando despacio sus labios para finalmente invadir la joven boca, que no solo no opuso resistencia, sino que le recibió e intentó imitar los movimientos de su lengua a la vez que su cadera avanzaba enardecida hacia la de Alex. Con cierta reticencia, Alex abandonó aquella deliciosa cavidad para perderse en la piel de la joven. Lo necesitaba. Necesitaba abandonarse en aquel cuerpo que sabía borraría las heridas que aquella guerra le estaba causando. No necesitaba solo un alivio físico rápido. La necesitaba a ella en cuerpo y alma y totalmente entregada a él. Ahora estaba seguro de que ella había entrado en su vida para arrancarle todo aquel sufrimiento.

Anna volvió a sentir las mismas exquisitas y placenteras sensaciones que había disfrutado la otra noche con él, pero ahora se abandonó totalmente al placer que sabía que iba a encontrar. Ahora confiaba plenamente en él y deseaba entregarle su virginidad por encima de todo. Los húmedos besos que Alex fue dejando por su cuello hasta llegar a sus pechos hicieron que todo el vello del cuerpo se le erizase y que instintivamente se agarrase a su pelo para evitar que el joven detuviese aquella dulce tortura. Cuando el joven capturó uno de sus pezones no pudo evitar soltar un gemido de placer, que obtuvo un gruñido contenido como respuesta. Sin saber por qué, elevó su pierna, girándose para rodear la cadera de Alex, que se posicionó encima de ella, dejando que la otra pierna de la muchacha se uniese a la anterior, para dejarlo completamente rodeado y apesado por ella.

Alex no pudo resistir aquel ataque a sus sentidos y mientras ella, con toda su inocencia e inexperiencia, apretaba su cadera contra él, supo que debía acelerar los acontecimientos. Deslizó una mano entre ambos y apenas rozó el centro de Anna, esta dejó escapar un largo suspiro. Comprobó su humedad e introdujo uno de los dedos en el interior de la joven para ir preparándola poco a poco. Anna elevó sus brazos sobre su cabeza para retorcerse a placer con una radiante sonrisa en los labios y Alex se separó a penas para poder contemplar el placer que la joven estaba experimentando sin ningún reparo. Aquello le instó a seguir y a acelerar el proceso, pues no sabía si llegaría a entrar en ella sin dejarse ir, dado su grado de excitación.

—Abre los ojos, Anna. Mírame.

Fue una orden a la que Anna no se opuso, y al hacerlo contempló el temblor y los vidriosos ojos azules de su apuesto general. Notó cómo sacaba el dedo que acababa de introducir en su interior para volver a introducirlo, esta vez acompañado de otro dedo. El placer que sentía era indescriptible, y si lo siguiente era que aquel duro e hinchado miembro estaba más que dispuesta a aceptar el envite. Y así se lo hizo saber, acentuando los movimientos que introducían más profundo a aquellos expertos dedos que se movían en su interior con total destreza, accionando sensaciones jamás conocidas ni imaginadas por Anna.

Alex no lo soportó más y dirigió su erecto miembro hacia la entrada húmeda y sensibilizada de Anna. Allí, intentó penetrar con sumo cuidado varias veces para ir acomodando de manera progresiva a Anna, que ya no soportaba más el dulce dolor que se había apoderado de ella y se movía cada vez con más agresividad. Así, de una certera y última acometida, Alex la penetró por completo, rasgando el interior de la joven, que se envaró durante apenas unos segundos para acto seguido continuar con sus ansiados movimientos. Alex intentaba contenerse, pero la pasión de Anna se lo impedía, y al final terminó por unirse a ella en aquella loca carrera por buscar el alivio que sus cuerpos necesitaban.

Anna fue la primera en alcanzarlo y el grito desgarrador del nombre de Alexey inundó la estancia, dejándola saciada, extasiada y maravillada.

Por su parte, Alex derramó su semilla en ella con el placer más grande que jamás había experimentado, uniendo su boca a los hinchados labios de la joven, que no dejó de besarla frenéticamente. El joven cayó rendido y saciado sobre Anna, pero sin oprimirla, ya que descansaba su peso sobre los brazos mientras Anna le abrazaba con la respiración todavía agitada. Después de unos momentos, se acomodó a su lado pero sin dejar de abrazarla y los tapó a ambos con la suave sábana de la cama.

—Anna —susurró el joven general afectado—, no sabes cuánto te necesito.

Anna, todavía sumergida en un mar de nuevas sensaciones y abrumada por los sentimientos de Alex, solo quería reconfortarlo entregándole su vida si era preciso. Ella le necesitaba tanto como él a ella. Él había cambiado totalmente el rumbo de la vida de la enfermera. Una vida con la que ella nunca había estado conforme ni a gusto. Una vida que nunca había sabido hacia dónde dirigirse pero que ahora estaba segura que había seguido su destino. El destino que siempre había añorado y ansiado. Estaba con quien quería estar y donde quería estar.

—Cambiaré el mundo solo para ti. Te lo prometo —dijo Anna con decisión—. Cada vez que regreses a mí después de un día como hoy haré lo imposible por borrar todo el horror y el dolor que acumulas. Estaremos juntos y eso será lo único que importe. Borraremos todo lo que hay a nuestro alrededor. Juntos...

Alex no podía creer en su suerte. Llevaba demasiado tiempo sumergido en el dolor. Había ansiado morir durante demasiado tiempo y ahora solo quería más vida. Más tiempo de vida para poder disfrutar del amor al lado de Anna porque todos aquellos sentimientos que ella había despertado en él sí lo hacían sentirse un héroe. Ni todas las medallas y cruces acumuladas en su carrera de general podrían igualarse a lo que sentía en aquel instante.

—Haces que todo parezca fácil —contestó él—. Contigo al lado me siento capaz de cualquier cosa, pero lo cierto es que temo no poder protegerte. Todo se está derrumbando. Nuestras posiciones se mantienen pero perdemos más de doscientos soldados al día. Cualquier día... puedo ser yo.

—¡No digas eso! —protestó Anna dolida—. ¿Cuánto más puede durar esta maldita guerra?

—No lo sé, Anna —expresó frustrado—. No lo sé. Pero toda esta sangre no va a zanjar algo que los diplomáticos no supieron resolver.

—¡Me da igual! —dijo enfurecida—. No he estado tantos años buscándote para que ahora nos separen. ¡Nos mantendremos con vida! ¡Prométemelo!

—Tu amor, Anna... —dijo con tierna dulzura—. Tu amor es mi única salvación.

Y la besó con toda la ternura y el amor que sentía en esos momentos para acallar a la muchacha, ya que sabía, después de lo que había visto aquel día, que no podría mantener su promesa de mantenerse con vida.

Mayo de 1855

Anna se había habituado a la vida de Sebastopol y se había convertido en una más. Con los meses había aprendido algo el idioma y su condición de “medio sorda”, como había dicho Alex, le había favorecido enormemente el proceso. Había resultado ser una alumna aventajada con el ruso, ese idioma que desde que conoció a Alex le había fascinado tanto y podía mezclarse con las gentes de la ciudad, con el lenguaje de uso común. Cuando no comprendía bien algo, hacía un gesto colocando la mano tras su oreja y negando con la cabeza. Así su pronunciación quedaba oculta tras la mala fonética que se le atribuye a los sordos.

Más difícil había sido convivir con los ruidos de las bombas y el constante ir y venir de soldados por doquier, mientras continuaba con su vida como si nada sucediese. Los estampidos eran continuos y, por las noches, las bombas parecían estrellas fugaces. Anna dudaba mucho de que alguna vez volviera a poder disfrutar de la visión nocturna del firmamento, cuando toda aquella pesadilla terminase. Era horrible aquella continua tortura esperando algún suceso que cambiase en algo aquella desesperada situación, mientras veía cómo la gente moría a diario.

Pero si ella experimentaba algún miedo nada tenía que ver con el horror con el que convivían los soldados a diario. Lo descubrió bien pronto cuando comenzó a vivir con Alex. Al principio, había pensado que aquellas pesadillas del soldado eran puntuales, pero pronto se dio cuenta de que no era así. Alex sufría angustiosas pesadillas que lo despertaban noche tras noche, debido a todos los horrores que sufrían en las trincheras a diario. Le costaba mucho conciliar el sueño y había días en los que su maravilloso humor daba paso a una continua irritación que Anna trataba de controlar sentándose con paciencia a su lado y charlando con él. También descubrió que Alex era un hombre extremadamente fuerte con un autocontrol mental admirable. Cuando era consciente de los esfuerzos de Anna por mejorar su humor volvía a ser el hombre afable y bromista que ella tan bien conocía.

Pero, desgraciadamente, no todos eran tan fuertes como él, y sus mentes acababan por enfermar y por consumirlos. Había muchos soldados que se suicidaban con tal de no volver al frente, otros se autolesionaban y los había que acababan con la mente perdida llegando a un punto sin retorno; jóvenes que jamás volverían a ser los mismos después de aquel horror y que volvían con sus familias, que no volvían ya a reconocerlos.

Por su parte, Alex había asistido a la transformación que Anna había resuelto de manera admirable en su país y a la forma en la que ella se había acomodado a aquella forma de vida. Todavía ahora se sentía orgulloso de la fuerza y la valentía de aquella mujer. Había asumido el mando de la casa ocupada prácticamente en toda su totalidad por sus soldados de más confianza. Aunque era una noble inglesa, su tenacidad, su fuerza de voluntad y su paso por el convento, donde había aprendido todo tipo de labores aparte del noble arte de la enfermería, les habían ayudado en mucho. Se ocupaba de la limpieza de la casa, de hacer la compra y la comida, lavaba sus uniformes, remendaba los destrozos de los trajes e incluso limpiaba las botas de sus soldados sin rechistar, ni quejarse ni una sola vez, cuando ellos llegaban a la noche a la casa, reventados tras un día de dura lucha.

Pero toda ayuda era insuficiente en circunstancias como aquella y, por el día, cuando tenía apenas un hueco libre, se había apuntado como voluntaria en uno de los hospitales de la ciudad para ayudar. Le había costado un disgusto con Alex, pero este al final había comprendido que necesitaba estar ocupada para que la preocupación y la desesperación de la espera no la invadiesen por completo; porque todos los días, cuando Alex partía, lo despedía como si no volviese a verlo nunca más y se quedaba largo rato rezando para que regresase a ella por la noche.

El único deseo y objetivo de Alex en la vida se había convertido en llegar sano y salvo todos los días a la casa y fundirse en la piel de la joven enfermera, que lo recibía con todo el amor que sentía en su interior.

Pero un penoso día de mayo de 1855, Anna se encontraba en el hospital ayudando a los oficiales médicos cuando los soldados que conducían a los heridos en camillas comenzaron a aumentar de manera alarmante. Algunos, incluso pasaban en brazos a otros y la algarabía comenzó a llenar de temor el corazón de Anna. Algo estaba ocurriendo, pero no lograba entender nada, ya que los cosacos comenzaron a inundar las salas con sus gritos y hablando demasiado deprisa para ella. Como pudo, se acercó a una ventana y pudo ver cómo los soldados corrían velozmente de aquí para allá voceando y muchos transportaban heridos graves. Varios cosacos montados a caballo cruzaban fugaces por la plaza y el ruido de la artillería, junto con las terribles descargas de fusiles, se oía más que nunca. Los cañonazos surgían de las líneas enemigas sin descanso. Un soldado pasó por su lado sujetándose un brazo ensangrentado con expresión dolorida y ella no pudo aguantar más. Como pudo, se giró hacia él con la excusa de aplicarle los cuidados oportunos, mientras sonsacaba la información que necesitaba para atenuar su pánico.

—¡Déjeme ver! ¿Qué le ha ocurrido? —preguntó asustada a sabiendas de que ese soldado no conocía su condición de medio sorda.

—Metralla, mi señora —lloraba el joven, que no debía tener más de diecisiete o dieciocho años—. Un mortero ha caído cerca y la metralla me ha alcanzado.

—Pero, ¿ocurre algo diferente? ¿Por qué están llegando tantos heridos? —demandó atemorizada.

—Nos han atacado, señora. —El joven ni se dio cuenta de la expresión de terror que invadió el rostro de Anna, y continuó con su desgarrador relato—. Los franceses han avanzado y nos han pillado por sorpresa. Han ocupado nuestros alojamientos. No estábamos preparados, tan solo había dos batallones.

Anna se sintió desfallecer, pero necesitaba la información y la necesitaba ya.

—¿Dónde ha sido? —preguntó casi a gritos intentando dejarse oír por encima de los gritos de pánico y de dolor que comenzaban a inundar la sala—. ¿Qué batallones eran?

El muchacho a duras penas era consciente de lo que la enfermera le preguntaba al ver el dantesco panorama que desbordaba por momentos el hospital, mientras el dolor le abrasaba por todo el cuerpo.

—¡Soldado! —gritó Anna con desesperación—. ¿Estaba el general Alexey Vasíliev en esos batallones?

—Sí, señora —contestó el soldado aterrorizado—. Nos rodearon, treparon al parapeto y pudieron más que nosotros. Nos han aniquilado sin compasión —expresó llorando cuál bebé y orinándose encima al recordar que acababa de sobrevivir a un infierno—. La trinchera ya debe ser del enemigo...

Anna no pudo controlar más los sollozos que intentaba contener y la angustia de su pecho y soltó al soldado, al que dejó sin atender para acercarse desesperada a otro soldado que llegaba herido y volver a preguntar esperanzada:

—¡Soldado! —demandó entre hipidos—. ¿Han ocupado la trinchera? ¿Es cierto que han aniquilado a todos?

—Sí, vuestra nobleza —contestó con cierta vergüenza el joven—. Algunos nos hemos retirado porque nos estaban matando a todos.

Anna sabía que Alex jamás se retiraría y, ya a voz en grito, zarandeo al pobre soldado, al que sujetó con fuerza de las solapas, totalmente descontrolada.

—¡Estás mintiendo! —gritó fuera de sí sollozando sin parar—. ¡No pueden haber matado a todos! ¡Tú estás vivo! ¿Dónde está Alex?

Y sin esperar respuesta, apartó al joven de un empujón y comenzó una loca carrera hacia la salida del hospital, abriéndose paso a través de los soldados heridos que llegaban gritando, parihuelas y camilleros que entraban con más heridos y salían con cadáveres, mientras buscaba desesperada entre ellos el ansiado rostro de Alex.

Consiguió llegar con mucha dificultad a la plaza, donde las lágrimas le nublaban la vista mientras intentaba, sin conseguirlo, distinguir entre toda la turba la figura de su general. Un cosaco cruzaba a toda celeridad la plaza montado en su caballo y al verla desmontó veloz para dirigirse a ella.

—¡Anna! —gritó sacudiéndola por los hombros intentando sacarla de su estado de turbación—. ¿Has visto a Alex?

Anna centró su mirada en Vlad, que gritaba entre las brumas de su conciencia y consiguió, poco a poco, salir de su estado de estupor.

—¡Vlad! —consiguió decir con voz esperanzadora—. ¡Dime que no es cierto! ¡Dime que Alex está bien!

—¡No lo sé, Anna! —contestó desesperado—. ¿No está en el hospital? —Anna negó desesperada con la cabeza—. Bien, quédate a cubierto, han pedido refuerzos y

yo voy para allá.

—Pero, ¡no puedes! Dicen que los franceses han ocupado la trinchera —soltó desesperada.

—No, Anna. Los hemos rechazado pero ahora la confusión manda y muchos soldados no saben lo que dicen. Otro batallón llegó a tiempo pero han muerto muchos y necesitan refuerzos. Yo voy para allá —dijo mientras volvía a montar su robusto caballo—, y si Alex está aún con vida, no dudes que te lo devolveré en cuanto pueda.

Anna sintió que su mundo revivía y no lo dudó ni tan siquiera un instante.

—¡Llévame contigo!

—¿Estás loca?

—¡Puedo ayudar! La enfermera Mary Seacole atendía a sus heridos en el campo de batalla y conseguía salvarlos mejor que esperando a que llegasen al hospital. Si Alex está allí y está herido, yo puedo ayudarle.

—Si Alex está vivo, me matará cuando vea que te he llevado hasta una muerte segura —dijo mientras la aupaba a lomos de su caballo, no queriendo perder más tiempo, a sabiendas de lo testaruda que podía llegar a ser Anna—. Ahora tendré que cuidar de ti además de buscar a mi amigo y luchar contra el enemigo —dijo azuzando a su caballo y poniéndolo al galope en cuestión de segundos.

—Voy para ayudar, no pretendo estorbarte.

—Lo sé —dijo suspirando—. Y yo daré mi vida protegiéndote, ¡tenlo por seguro!

Anna se abrazó con fuerza al cosaco ocultando sus lágrimas y preparándose para adentrarse en un mundo desconocido para ella: el campo de batalla. Supo que no había vuelta atrás y que probablemente aquel sería el último día de su vida cuando el sonido cercano de las balas y de las bombas la hizo temblar. La impresión la abrumó por completo al contemplar, de diferente manera, lo que significaban los cañonazos apenas oídos desde la ciudad. Se apearon del caballo al llegar a una colina, donde tuvieron que trepar a través del fango, y el miedo se apoderó de Anna al darse cuenta del peligro que corrían, pues en sus oídos zumbaban los proyectiles de la fusilería.

—Mantente agachada —gritó Vlad—. La trinchera que ves abajo está llena de barro líquido y no nos dejaría avanzar. Tendremos que seguir un trecho por aquí.

Anna miró hacia abajo y un desagradable olor fétido proveniente de la trinchera, debido a los cadáveres y a los excrementos, inundó sus fosas nasales haciendo que las palabras de Vlad fuesen música para sus oídos. Llegaron a un terraplén lleno de fango acuoso donde pudo distinguir a varios hombres con sus cañones, montañas de proyectiles apilados, granadas sin estallar, cascos de bombas, balas de cañón y las típicas señales de todo tipo de suerte en un campo de batalla, las cuales hicieron que la joven se hiciese una vaga idea de lo que era el frente. Era una visión espantosa.

Descendieron por el terraplén, donde encontraron a varios soldados, uno de ellos vomitando con gesto convulso. Anna se compadeció de él, pues apenas era un niño al que el miedo le estaba dominando ya que sabía que probablemente no sobreviviría a aquel ataque. Las fuerzas quisieron abandonarla ante el panorama que tenía delante, pero recordó que le había prometido a Alex que se mantendrían con vida y, con renovadas fuerzas, aceleró el paso para intentar seguir la veloz carrera de Vlad y no retrasarlo, en la medida que pudieran sus posibilidades.

Uno de los soldados, a pie de cañón y junto a varios de sus hombres, gritó “fuego” y Anna se estremeció entera con el estrépito y el sonido del proyectil que se alejaba al bando contrario.

—¡Sí! —gritaban entre vítores de alegría—. ¡Les hemos dado a esos malnacidos! Mira, se llevan varios muertos.

Anna se asomó un tanto impresionada al darse cuenta de lo cerca que estaban de las líneas enemigas. Tanto que hasta se podían ver entre sí. Sus ojos se dilataron por el pánico y, en ese momento, Vlad se lanzó sobre ella mientras oía un grito feroz de “¡cañón!”, acompañado de un intenso fognazo. El proyectil cayó cerca de ellos, enterrándose en el suelo y perforando y lanzando en torno suyo, una lluvia de terrones y de piedras. Varios de los soldados de aquella trinchera perdieron algún miembro y descubrió impresionada cómo a un soldado le había arrancado la cabeza de cuajo.

Las réplicas por parte de los rusos no tardaron en hacerse oír mientras Anna notaba cómo las náuseas acudían a su boca de forma desbocada, en un ir y venir de aterradores truenos. El grito de “¡mor-te-ro!” la dejó impresionada, pues Vlad la arrastró hasta un lugar a cubierto al grito de “¡a tierra!”, mientras este prodigada multitud de exclamaciones que ella nunca llegaría entender. Aquel silbido no parecía tan malo como el del cañón, y no sabía a qué unirlo en su mente. Desgraciadamente pronto lo comprendió al ver aquel globo negro estrellarse con crepitación metálica mientras multitud de cascos saltaban por los aires y las piedras chocaban entre sí y aterrizaban salpicando todo de fango y llevándose la vida de todo ser que se encontrase en las inmediaciones, acompañada de multitud de gritos humanos.

Anna, completamente aterrada, no consiguió mover ni uno de sus músculos en un primer momento pero, pasado el susto inicial, se lanzó a por uno de los jóvenes a los que el casco había alcanzado en el pecho. Intentó socorrerlo al ver su cara de extremo sufrimiento y sus dientes apretados, pero cuando fue a incorporarlo, Vlad la sujetó de un brazo negando con la cabeza mientras el joven lanzaba su último suspiro. Vlad colocó su gorra sobre la cara del joven y tiró de Anna para que prosiguieran su camino.

Llegaron al poco rato a los alojamientos del baluarte que, aunque habían sido tomados por los enemigos, los habían vuelto a recuperar. Allí se encontraban varios capitanes y generales al mando definiendo la estrategia a seguir. En un primer momento, Anna creyó ver la imponente figura de Alex, pero la desesperación de esta aumentó al comprobar que ni era él, ni estaba presente en aquella comitiva.

Vald avanzó veloz y preguntó por Alex a los presentes. Las miradas bajas y tristes contestaron por sí solas.

—¿Qué ocurre? —preguntó Anna negándose a afrontar la verdad y adelantándose a Vladímir.

Los allí presentes la miraron con lástima y Anna no quiso reconocer la verdad.

—¿Le han herido? —preguntó casi a gritos.

—Creemos que ha muerto —dijo un soldado intentando congraciarse con ella.

—¿Cómo que creemos? —escupió Anna con furia.

—La batalla ha sido muy dura y le vimos caer en combate.

—¿Le visteis herido o muerto? —gritó.

—¡Señora, cálmese!

—¿Herido o muerto? —volvió a gritar.

Todos callaron como respuesta y ella se convulsionó de dolor mientras se giraba hacia Vlad, rogándole que la ayudara con la mirada.

Vlad la recogió en sus brazos en un primer instante pero ella, hecha una furia, se recompuso y empujó a su amigo dirigiéndose a los allí presentes.

—¿Dónde? —preguntó con extraña calma.

—¿Cómo dice? —preguntó uno de los capitanes.

—¡Que dónde cayó! —gritó fuera de sí.

—¡Señora, no puede usted ir...!

—¿Cómo sabe usted que no está herido? —sollozó Anna desesperada—. ¿Por qué lo dejaron allí tirado y no lo recogieron? ¡Él nunca les habría dejado a ustedes tirados en medio del campo de batalla sin asegurarse!

—¡No es posible que haya sobrevivido a aquel infierno!

—¡Pues yo pienso ir a recogerlo! —defendió fuera de sus casillas—. ¿Dónde?

Uno de los soldados señaló con un dedo el lugar de la batalla donde habían visto caer a su general, compadecido por el dolor de la joven.

—Es nuestro deber ir allí y comprobar si está muerto o tan solo herido —dijo con voz grave y acusatoria Vlad—. Él lo hubiese hecho y si no tenéis el valor suficiente, iré yo solo.

Todos los allí presentes se miraron entre sí y, tácitamente, decidieron que era su obligación y deber regresar a por su general. La noche había caído ya y el cañoneo comenzaba a cesar tras la cruenta batalla librada. Vlad miró enfurecido a Anna, prohibiéndole con la mirada que se moviese de donde estaba, y esta obedeció la orden. Un grupo de soldados, al cargo de Vladímir, aprovechando la oscura noche, se adentró en lo que aquella misma tarde había sido el campo de batalla cuerpo a cuerpo y examinaron, uno a uno, los cadáveres que fueron encontrando. Estaban al pie de la montaña y fuera del alcance de los proyectiles cuando se encontraron con el cuerpo

inerte de Alex, que yacía boca abajo medio enterrado en el lodo.

## Capítulo 21

### El armisticio

Regresaron, lo que para Anna fue, una eternidad después. Portaban varios cuerpos y entre ellos pudo distinguir el de Alex, al que cargaba su amigo Vlad.

—¡Vive, Anna! —expresó con emoción contenida—. Pero no sé cuánto más podrá resistir.

Fue todo lo que necesitó la joven para abalanzarse sobre Vlad y comprobar el estado de salud de Alex. Tenía una profunda herida inciso contusa en la cabeza de la que manaba sangre sin parar. Sin perder tiempo, dio instrucciones precisas para que lo tumbasen y aplicó sobre la herida un paño limpio que llevaba bajo su pechera y aplicó un vendaje compresivo para tratar de detener la hemorragia con el bajo de su falda, que no dudó en desgarrar.

—¿Y esos hombres? —preguntó Anna con profesionalidad.

—También están vivos, aunque muy mal heridos.

—Los examinaré —dijo incorporándose con decisión—. No te separes de él y presiona sobre el vendaje con firmeza. Infórmame de cualquier cambio en su estado, por favor.

Anna no quería separarse de Alex bajo ningún concepto, pero ya nada más podía hacer hasta que llegaran los camilleros y pudiesen transportarlos hasta el hospital. Mientras, bien podía intentar asistir a aquellos otros soldados que podían necesitarla.

Y regresaron dejando atrás centenares de cuerpos mutilados en medio de arroyos de sangre que, tan solo hacía unas horas, vivían llenos de esperanza y voluntad.

El camino de vuelta no fue ni parecido a la ida. Anna no fue consciente de nada más que del débil estado de salud de Alex. A la llegada al hospital, varios médicos inspeccionaron al general en el que tan solo vieron el fuerte golpe, al parecer propinado por una piedra en la cabeza. Anna decidió llevarlo a su propia casa y atenderlo en mejores condiciones allí.

Después de haberlo aseado y de haber limpiado con esmero la fea herida de la cabeza, se dedicó a la ardua tarea de intentar que ingriese algo de líquido para que repusiese fuerzas; una tarea harto difícil, aunque no imposible, en un paciente sin conocimiento. Anna veló toda aquella noche y las siguientes a su soldado en espera de los pocos momentos en los que recuperaba el conocimiento, para poder dar algún caldo que le ayudase a recuperar fuerzas. Durante esos breves episodios en los que despertaba lo hacía delirando y diciendo incoherencias. La calentura no tardó en hacer acto de presencia y los siguientes días fueron críticos y decisivos para la vida del joven general, pero su enfermera particular no lo dejó ni a sol ni a sombra, colocándole paños de agua fría por todo cuerpo tratando de que desapareciese.

El quinto día después del trágico suceso, Alex despertó de su delirio febril con la boca pastosa y un terrible dolor de cabeza. Buscó a su alrededor tratando de recordar qué era lo que había sucedido, pero lo único que vio y que lo animó a no querer saber nada más, por el momento, fue la visión de Anna acostada a su lado durmiendo con toda la ropa puesta y encima de la cama. Se giró dolorido hacia ella y se quedó en aquella posición observándola dormir hasta que la joven abrió los ojos, mientras se desperezaba un poco después, sin ser consciente de que Alex la observaba.

Cuando Anna lo descubrió con los ojos abiertos no dijo nada. Simplemente se incorporó despacio como tratando de no asustarlo y alcanzó un tazón de caldo que había depositado en la mesilla de noche. Muy lentamente se acercó a él con la cuchara llena y procedió a intentar darle la primera cucharada.

—¿Es que no piensas hablarme? —dijo enarcando las cejas, sorprendido de que ese simple gesto le produjese un enorme dolor en la frente, y fue entonces cuando se llevó la mano a la cabeza, descubriéndose por fin el grueso vendaje que llevaba puesto—. ¿Qué es esto?

—¡Alex! —exclamó asombrada Anna—. ¿Me reconoces?

—¿Por qué no iba a reconocerte? Y, ¿qué demonios ha ocurrido? —preguntó mientras seguía palpándose el vendaje y la zona dolorida.

Anna se abalanzó sobre él tirando al suelo con descuido el tazón de caldo y abrazándolo con fuerza mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

—¡Vaya! ¡Qué efusividad! —se alegró Alex.

—¡Alex! —dijo Anna con las lágrimas rodando por sus coloridas mejillas—. Pensé que iba a perderte...

Alex intentó recordar y, poco a poco, mientras la joven le abrazaba sollozando sin parar, en los confines de su memoria se fue abriendo paso el horrible recuerdo de la lucha cuerpo a cuerpo que había tenido lugar y el recuerdo de que todo llegaba a su fin, cuando una bomba había caído cerca de él.

—¿Qué ocurrió? —preguntó convulsionándose por el penoso recuerdo del ataque de los franceses.

—Vlad te trajo de regreso a mí...

En ese momento, el mencionado Vlad apareció por el vano de la puerta tras unos tímidos golpes que no querían molestar a nadie. Al ver a su amigo con los ojos abiertos se dirigió a Anna como en los últimos días, que se incorporó y quedó sentada en el borde de la cama, ya que sabía que aunque su amigo estuviese despierto no significaba que reconociese a nadie en medio de sus delirios.

—¿Cómo se encuentra? —dijo dirigiéndose a Anna, que sonreía resplandeciente limpiándose las lágrimas derramadas.

—¿Es que todo el mundo va a fingir que no existo? —preguntó un tanto molesto.

—¡Alex! —exclamó impresionado Vlad—. ¡Por Dios, hermano! Pensé que no salías de esta.

—Gracias por el voto de confianza —agradeció con su habitual cinismo mientras miraba a su alrededor observando los cambios en la habitación—. Señorita enfermera, ¿ha arrastrado usted mi cama hasta el lado de la ventana para que me recuperase antes?

Anna sonrió encantada por la agudeza del joven general.

—Vuestra nobleza sabe que el aire viciado no es bueno —dijo entre risas.

—No creo que el aire de esta habitación esté tan viciado como el del hospital de Scutari...

—No, pero aun así el aire fresco y limpio, además de la luz del sol, ya le curó una vez.

—Sigo sin creer que fuese eso lo que me curó —dijo acercando más a él a la joven enfermera—, más bien fueron los cuidados de cierta persona que no me dejaba ni a sol ni a sombra.

Vlad, que no se enteraba de lo que estaban hablando, pero incómodo, decidió cortar la conversación antes de que le excluyeran completamente.

—Veo, amigo mío, que te has recuperado del todo.

Alex, sin perder la sonrisa, animó a su amigo a que tomase asiento a los pies de la cama. Le encantaba jugar con Anna, ya que era la única persona en el mundo que conseguía que olvidase todo lo que había a su alrededor, pero necesitaba información de lo sucedido.

—Todavía no te he dado las gracias —dijo dirigiéndose a su amigo.

—¿Y a la ayuda?

—¿Qué ayuda?

—Querido amigo, puede que tú seas general, pero creo que no conoces bien a la mujer a la que te has unido. Sus órdenes irán siempre por encima de las tuyas. Se plantó en medio de la trinchera —comenzó a relatar Vlad con admiración— y...

—¿Cómo que en medio de la trinchera? —tronó Alex.

Vlad se frenó en seco. Pero, ¿en qué demonios estaba pensando para contarle aquello? Acababa de cavar su propia tumba, mientras Anna le recriminaba con la mirada semejante descuido.

—¡Ni se te ocurra discutir con Vlad por mi culpa! —saltó Anna ofendida—. Yo le obligué a que me llevara y no tienes absolutamente nada que objetar. No tienes ni idea del calvario por el que estaba pasando. Creí que mi corazón había muerto cuando me dijeron que habían ocupado la trinchera y que no quedaban supervivientes.

¿Puedes imaginar por tan solo un instante cómo me sentí? ¡Necesitaba encontrarte! ¡Necesitaba ver con mis propios ojos si aquello era cierto!

Los dos hombres quedaron boquiabiertos por el apasionado discurso de la joven, que no dejaba lugar a objeción alguna.

—¿Lo ves? —bromeó Vlad—. Nadie puede con ella. ¡Menudo genio!

Alex miró a su amigo enfurruñado pero las palabras de Anna le habían tocado el corazón y se conformó, por el momento, ya que ella estaba sana y salva.

—Está bien, pero tú y yo, “querido Vlad”, tenemos una conversación pendiente —expresó con falso cariño.

—Está bien —suspiró Vlad—. En resumen, ella ordenó y todos obedecemos para ir a por ti y traerte de regreso —dijo con la sonrisa en la cara al recordarlo, mientras notaba cómo a su amigo le ocurría lo mismo.

—Bueno, si estamos aún en mi casa es que no llegaron a ganar, ¿no?

—Ocuparon nuestra trinchera, pero la volvimos a recuperar. Al día siguiente, firmamos un armisticio.

—¿En serio?

—Nosotros perdimos más de cuatrocientos hombres, fue una verdadera masacre y una carnicería para los dos bandos. Estábamos todos extenuados.

—Pero ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Hoy va a hacer cinco días desde el ataque.

Alex supo que el armisticio había acabado, pues podía oír sin problemas los redobles de los cañones, y suspiró angustiado.

—¿Hasta cuándo, Dios mío?

—Hasta que nos aniquilemos los unos a los otros, no te quepa duda —dijo Vlad desanimado—. Bien, tengo que volver a la trinchera. Esta noche nos vemos y te pongo al día.

Antes de salir, Anna se levantó con Vlad y le abrazó en la puerta con fuerza. Siempre lo hacía, y Alex sabía que ella tan solo albergaba un profundo sentimiento de amistad hacia él. En cuanto a Vlad... temía desde hacía algún tiempo que los sentimientos de su amigo no fuesen tan fraternales. No lo culpaba, pero no quería que sufriera. Anna regresó iluminando con su sonrisa toda la estancia y volvió a acomodarse en la cama.

—Entonces, ¿cómo está mi heroína? Todavía no te he preguntado. ¿Sufriste algún daño al cometer semejante locura?

—No, Vlad me cuidó bien, pero estos días...

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex alarmado.

—No ocurre nada malo... bueno, si es que aquí existe algo bueno —expresó con pesar—. Se trata del armisticio que hubo.

Alex, que ya comprendía a la perfección la manera de pensar de Anna, no la dejó terminar.

—No lo comprendes, ¿verdad?

Anna levantó la cabeza, que había dejado gacha por unos instantes, un tanto incrédula. Asintió despacio agradecida de no parecer una ignorante en medio de aquel horror que los inundaba.

—Pensé que se había firmado la paz... ¡Estaba tan feliz!

—Un armisticio es tan solo un cese de las hostilidades en medio de un conflicto bélico. Si lo del otro día fue una masacre, como dice Vlad, lo normal era parar para, al menos, poder recoger a nuestros muertos del campo de batalla. No es, ni mucho menos, un tratado de paz.

—Pero... yo me acerqué allí como casi todo el mundo, había banderas blancas ondeando por todos los lados y los franceses y los rusos charlaban de manera amigable, se intercambiaban objetos... incluso se sonreían... ¡no lo entiendo, Alex!

—Anna, no somos nosotros, los soldados, los autores de esta guerra. Tan solo somos simples marionetas en manos de unos incompetentes con ansias de poder. No lo olvides nunca. Ahí fuera te vuelves loco. No quiero volver a pasar por nada semejante jamás, porque hay cosas que ya nunca podré olvidar. Cuando te conocí, quería morir. ¿Lo recuerdas? —Y con expresión triste, añadió—: El problema es que Dios no perdonará nuestros pecados. No existe redención para nosotros porque, aunque mandados, somos la mano que ejecuta a miles de personas. Ya ni siquiera busco el perdón porque ni yo mismo creo que lo merezca.

—¡No digas eso, Alex! —exclamó Anna con pesar.

—Lo digo porque es la verdad. Todos estamos deseando que esto termine y entonces no importará quién ha matado a quién, porque todos esos diplomáticos inútiles dirán que ya estamos en paz y que no ha pasado nada. Y, ¿quién queda? Quedamos nosotros, los que nos hemos matado los unos a los otros, los que hemos vivido un infierno tan horrible que no queremos saber nada más de guerras ni de muertes... aunque sepamos que el hombre que tenemos enfrente haya matado a toda nuestra familia porque en el fondo sabemos que no lo hizo él, sino que fue la gente que le obligó, la gente con poder. Por eso, ante un cese de hostilidades, hay gente que solo quiere tener paz y disfrutar de ese breve interludio entre risas. No todos opinan así, pero sí la inmensa mayoría, que tan solo desea que esto acabe cuanto antes.

Anna rompió a llorar en silencio ante las estremecedoras palabras de Alex, que sintió sus ojos anegados por las lágrimas no derramadas.

—Anna, tú no sabes la clase de infierno que se vive en la batalla. El otro día estaba nublado y la humareda de la pólvora tampoco dejaba ver lo que había delante. Estábamos en la trinchera y miraba a mi alrededor, viendo chiquillos asustados como conejos en una madriguera a la espera de la caída de un cañón o de un mortero que saben que los destrozarán, literalmente, o a ellos o a los que están a su lado. Muchos se quedan sin poder reaccionar cuando ven morir destrozados a sus compañeros. Pero los franceses avanzaban y tuvimos que salir de la trinchera para luchar cuerpo a cuerpo, con lo poco con lo que contábamos: bayonetas, cuchillos, piedras, dientes, manos... Y es ahí cuando se desata el auténtico pavor. Cuando tienes que ordenar o te ordenan que hay que saltar de la trinchera y salir a tierra de nadie, mientras el enemigo lanza sus proyectiles contra todo lo que se mueve. Y si tienes la suerte de no resultar muerto te encuentras ahí, envalentonado por el coraje de las órdenes recibidas y el temor a morir... y te lanzas sobre cualquier objetivo que se te acerca, rezando porque a quien acabas de matar sea del bando contrario, pero, al fin y al cabo, qué más da, te conviertes en un asesino, aunque el mundo te quiera ensalzar como a un héroe. ¡Pero yo te juro que maldigo a este mundo por convertir a un hombre bueno en un asesino! Porque es así como me siento. ¡Como un maldito asesino! ¡No como un héroe al que han condecorado con unas cuantas medallas! ¡Y no sabes cuánto lo siento, Anna! ¡Perdóname!

Anna no podía dejar de llorar mientras abrazaba fuertemente a su atormentado general tratando de consolarlo.

—No tengo nada que perdonarte, Alex —afirmó mientras su cuerpo se estremecía de dolor.

—Sí —aseveró él dando rienda suelta a sus lágrimas—. He sido un egoísta contigo. Te traje conmigo porque siempre te vi como mi ángel salvador. Eres la única persona en este mundo capaz de hacer que todo mi dolor desaparezca. Con solo mirarme, con solo sonreír... Y yo te traje aquí y te puse en peligro y ahora no puedo protegerte.

—Alex, no vuelvas a decir eso. Fue decisión mía salvarte y quedarme contigo. Si hay algún culpable aquí soy yo.

—Yo también soy culpable... culpable de quererte tanto que te necesitaba a mi lado. Pero me equivoqué y fui un egoísta... ¡Anna, tienes que regresar con los tuyos!

Anna se separó un tanto del joven para mirarlo directamente a los ojos con visible sorpresa. No era la primera vez que el ruso le planteaba aquella opción, pero Anna creía haber dejado clara su negativa a abandonarlo.

—¡No pienso volver! —dijo con decisión y poniéndose repentinamente muy seria—. ¿Me oyes? ¡No te dejaré! Si de verdad soy tu ángel, yo te salvaré.

Y, acto seguido, los dos con los rostros surcados por las lágrimas, Anna le besó con pasión. Le besó con todo el amor que guardaba en su pecho para, como él había dicho, borrar todo el dolor de sus vidas, aunque fuese por un breve espacio de tiempo.

### El amor que siento por ti

—Quiero regalarte algo —dijo Alex con ilusión interrumpiendo el apasionado beso de Anna.

—¿Ahora? —preguntó sorprendida y a la vez emocionada la joven mientras se secaban las lágrimas.

Alex la agarró de la mano con decisión y la llevó a la planta de arriba, a la habitación que compartían, no sin dificultad debido a su convalecencia. Al entrar, Alex la soltó y se dirigió ilusionado hacia un precioso joyero de porcelana que había sobre un bonito secreter. Abrió la delicada tapa y cogió algo que ocultó entre sus manos. Se giró hacia Anna con expresión jovial y se acercó lentamente, mirándola directo a los ojos.

—¿Qué ocultas ahí? —preguntó Anna risueña.

—Sé que no puedo ofrecerte nada bueno en este momento. —Su expresión se tornó algo seria y consiguió asustar a Anna, que sabía que el único empeño de su joven general en los últimos tiempos era conseguir que ella partiese de allí y regresase a Londres para estar lejos y a salvo del conflicto bélico—. Lo único que puedo ofrecerte es el amor que siento por ti y me gustaría que lo aceptases.

Anna se quedó patidifusa. Le amaba con todo su ser, pero oír de sus labios aquellas palabras tan hermosas hizo que no supiera muy bien cómo reaccionar.

—Claro que lo acepto —Anna no sabía adónde quería llegar Alex—. Sabes de sobra que no solo lo acepto, sino que además tú eres el dueño de mi corazón.

Alex sonrió vergonzoso con aquella irresistible sonrisa de medio lado y mostró a Anna lo que ocultaba en sus manos.

La joven se quedó muda de la impresión al ver la preciosa joya.

—Era de mi madre —dijo con cariño—. Se lo había regalado a mi hermana y ahora quiero que lo tengas tú.

—Pero yo... —dijo Anna enmudeciendo mientras aceptaba el precioso anillo de diamantes que Alex le mostraba.

—Anna, ¿quieres casarte conmigo aquí y ahora?

Anna levantó la mirada de golpe con los ojos fuera de sus órbitas.

—¿A qué te referes? —preguntó con voz temblorosa llena de emoción contenida.

—Siento no poder ofrecerte nada mejor en estos momentos que mi firme propósito de querer desposarte en el futuro, cuando todo esto termine.

Anna no conseguía cerrar la boca. Sabía que Alex no era partidario del matrimonio y ella se había acostumbrado con demasiada facilidad a aquel tipo de vida que él le había ofrecido, alejada de los convencionalismos religiosos y sociales que hubiesen debido asumir en otras condiciones. Pero las circunstancias mandaban y allí no había que hacer las cosas como se esperaba. Por eso le sorprendió aún más aquella proposición. Pero pasado el primer momento de impacto, la joven se abalanzó sobre él y comenzó a besarlo con pasión renovada mientras repetía sin cesar: “sí, quiero”, entre beso y beso.

Alex había temido durante apenas unos instantes que Anna se hubiese negado. No le habría estado mal empleado, debido a las veces que se había burlado de los amigos a los que otras mujeres habían cazado. Pero ahora comprendía lo que significaba pertenecer a alguien en cuerpo y alma y querer sellar aquel pacto eternamente. No creía que un matrimonio legal consiguiese más de lo que él poseía en ese momento con Anna, pero lo que sí sabía era lo que significaba para ella y él quería regalárselo; no era ajeno a la caída en desgracia a la que la sociedad sometía a una mujer de su estamento social en sus condiciones. Pero Anna nunca se había quejado ni le había demandado nada. Tan solo le había regalado su amor sin pedir nada a cambio; un amor de un valor incalculable para Alex. Así pues, consiguió separarla lo suficiente para, entre risas, arrodillarse frente a ella con el anillo en la mano.

—¿No irás a...? —preguntó Anna tontamente emocionada.

—Te he dicho que aquí y ahora, futura señora Vasiliev.

Anna no podía contener la alegría y la emoción del momento.

—Está bien, vuestra nobleza —dijo formal y con la sonrisa contenida—. Proceda.

—Anna St. James, ¿me concederá el inmenso honor de convertirse en mi esposa? —preguntó con seriedad burlesca, mientras deslizaba el delicado anillo por uno de sus dedos.

—El honor es todo mío, general Alexey Vasiliev —dijo con una tonta sonrisa en los labios, imposible de borrar mientras continuaba con aquella falsa boda, que jamás habría podido ser más bella que una verdadera.

—Entonces, por el poder que me concedo a mí mismo en estos momentos, yo la declaro mi esposa, para amarla para siempre, en la riqueza y en la pobreza, en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad... hasta que ni la muerte nos separe.

—Hasta que ni la muerte nos separe... ¿me gusta! —dijo emocionada—. Y sepa vuestra nobleza que no solo le concedo yo también ese poder, sino que además no tengo ningún interés en que nada ni nadie nos separe, ni siquiera la muerte.

Alex se incorporó y la abrazó con ternura mientras depositaba un dulce beso en sus labios.

—Prepárese, porque esta noche sellaremos este "matrimonio", señora Vasiliev.

Anna negó con la cabeza lenta y deliberadamente mientras se separaba un tanto de él y comenzaba a desvestirse con una pícaro y decidida mirada en su bello rostro.

—Vuestra nobleza ha dicho aquí y ahora... y aquí y ahora lo va a sellar.

Alex tragó saliva mientras veía caer al suelo el sencillo vestido del que Anna se acababa de despojar.

—Pero, Anna... —adujo con poca convicción—, tengo que ir al baluarte.

—El baluarte puede esperar un rato, pero yo no —dijo tomando con atrevimiento una de las manos del joven e introduciéndosela dentro de su ropa interior, para que Alex comprobase por sí mismo su grado de excitación.

—No me puedes hacer esto ahora... —dijo con todas las defensas derrotadas.

—Tú lo has empezado. Asume ahora las consecuencias de tus actos.

Anna había aprendido que el amor físico entre dos enamorados no solo era algo sumamente placentero, sino que había podido comprobar que, a través de él, lograba que Alex olvidase todos sus tormentos y conciliase mejor el sueño, aunque solo fuese por un rato. Así, con el tiempo, se había vuelto más atrevida y todas las noches lo reclamaba en su cama, aunque Alex llegase francamente cansado. Lo cierto era que tampoco tenía que hacer muchos esfuerzos, ya que el joven ruso no solo era sumamente vigoroso, sino que también deseaba con fervor el momento en el que ambos se retiraban a su habitación para encontrarse piel con piel; el momento en el que el mundo desaparecía a su alrededor y solo existían ellos dos y su inmenso amor.

—¡Desnúdese, general! —dijo Anna mientras ella hacía lo propio, mostrando descarada su bello cuerpo ante sus ojos.

Alex, en esos momentos, ya no era el duro el militar que dirigía ejércitos y que había sido condecorado en varias ocasiones con la cruz de San Jorge. Cuando Anna le hablaba así y lo excitaba de aquella forma, se convertía en el amante complaciente de la joven, que había despertado su sexualidad junto a él.

—Sube a esa cama, preciosa —dijo con deliberada lentitud mientras se acercaba a ella sin apartar la mirada de sus ojos.

Puede que Anna buscase sellar un compromiso, pero Alex buscaba el total desahogo y liberación tanto de su cuerpo como de su mente. No decía en vano que ella era su salvación, pues cada vez que la poseía todo a su alrededor cobraba de nuevo vida. Una vida a la que él estaba desesperadamente aferrado desde que ella había entrado en su la de él.

Anna obedeció con los miembros hechos ya gelatina, aventurando lo que vendría a continuación. Sabía que ese día su amor no sería romántico. Sería un encuentro rápido y apasionado. Lo veía en la determinación de la mirada de Alex. Pero a ella no le importaba. De sobra sabía que tenía su amor y disfrutaba enormemente entre sus

brazos, fuese como fuese.

Alex la ayudó a tumbarse boca arriba mientras le abría las piernas y se arrodillaba, posicionándose entre ellas para probar la dulzura de sus ya mojados pliegues, entre los descarados suspiros de la joven. Aspiró profundamente el aroma que allí encontró y que tanto disfrutaba, consiguiendo con ese simple gesto que Anna se humedeciese aún más. La lengua del general comenzó un vertiginoso baile erótico que hizo que Anna se reclinase retorciéndose sobre las sábanas, al compás de su agitada respiración consiguiendo arrancarle, tras unos minutos, un auténtico y glorioso orgasmo que venció todas las resistencias del joven. Cuando se incorporó y la contempló allí tumbada, retorciendo todavía su perfecto cuerpo y disfrutando aún del placer recibido, supo que no podría aguantar mucho más.

Cuando Anna recuperó el resuello consiguió que su cuerpo se deslizase por el borde de la cama donde había estado apoyada, cayendo de rodillas de forma deliberada delante de su general, con la mirada fija en aquellos pícaros ojos azules. Con la lujuria todavía dibujada en su cara, elevó las manos para retirar las ropas de Alex, que todavía permanecían puestas sobre su soberbio cuerpo.

Alex se despojó de su camisa a la vez que Anna desnudaba la parte inferior de su cuerpo con extremada habilidad y deslizaba una de sus manos a lo largo de la magnífica erección del joven ruso, mientras aproximaba su boca hacia el miembro viril que la tenía hipnotizada.

—Hoy no, preciosa —sentenció Alex retirando la mano de la joven de su henchido miembro, a la vez que se arrodillaba ante ella. No creo que hoy pudiese soportarlo.

—Pues no lo soportes, Alexey —dijo con sonrisa descarada la joven, mientras recorría fascinada con sus manos el vientre y el pecho del ruso—. Me apasiona verte disfrutar.

Alex soltó una sonora carcajada mientras la abrazaba con pasión y la sostenía por las nalgas, invitándola a que le rodease la cintura con las piernas, oportunidad que la joven no desaprovechó.

—¿En qué te he convertido? —preguntó con su sensual sonrisa de medio lado.

—En tu amante, en la esclava de tus deseos...

Tuvo que callar, porque en ese preciso instante Alex la penetró allí mismo, de rodillas en el suelo, con una acometida certera llena de un desgarrador placer, que obligó a Anna a reclinarse sobre el borde de la cama para recibir en profundidad el erecto miembro que Alex acababa de entregarle.

El placer que el joven ruso experimentó fue sublime. No importaba cuántas veces la poseyera ni la infinidad de posiciones en las que lo hicieran. Siempre experimentaba un placer indescriptible con ella. Solo con ella... Su deseo fue aumentando mientras aceleraba el ritmo de las embestidas, y su fuerte orgasmo llegó en el mismo momento en el que Anna se sujetaba fuertemente en el borde de la cama, recibiendo en ese instante su segunda culminación.

—Te amo, Anna Vasiliev —confesó con la respiración entrecortada.

—Y yo, Alexey. Y yo... —expresó emocionada—. No lo olvides nunca.

Aunque Anna deseaba estar más tiempo abrazada a Alex, este no tardó en incorporarse y acercarse a una jofaina para asearse, no antes de haber cogido a Anna en brazos con sumo cuidado y depositarla sobre la mullida cama, como si del objeto más valioso sobre la faz de la Tierra se tratase.

Anna lo observó desde la cama. Ver a aquel hombre desnudo pasear por la habitación e incluso asearse era un espectáculo digno de admirar al que toda mujer debería tener derecho, al menos una vez en su vida. Cuando el joven comenzó a vestirse Anna se incorporó y se colocó una bonita bata rosa para despedir en la puerta a su soldado antes de que partiese.

Alex la abrazó juguetón de camino a la puerta y la besó con pasión antes de abrirla. Ya en el vano de la puerta y con un esfuerzo sobrehumano por separarse de ella, mientras la envolvía en un posesivo abrazo, le susurró frotando su nariz contra la de la joven:

—Hasta la noche, señora Vasiliev —dijo con verdadero regocijo ante sus palabras.

—¿Señora Vasiliev? —preguntó extrañado Vlad, sorprendiéndolos a ambos, cuando regresaba a su habitación, de vuelta de la cocina, donde había ido a beber un poco de agua.

Alex se giró con una inmensa sonrisa de felicidad en la cara para dirigirse a su amigo, pero él no le estaba mirando precisamente a él, sino más bien a Anna y con un gesto mezcla de sorpresa y... dolor.

Anna, que no había percibido aquella expresión y que solo su amigo del alma podría haber descifrado, se soltó de Alex para abrazar entusiasmada a Vlad.

—¡Felicítame, Vlad! —dijo con una deslumbrante sonrisa mientras se separaba un tanto para mostrar su precioso anillo al soldado—. Acabo de casarme y convertirme, oficialmente, en la mujer de tu general.

Vlad, bajo la atenta y triste mirada de Alex, no supo cómo reaccionar. La abrazó más contra sí y cerró los ojos con fuerza.

—Mi más sincera enhorabuena —dijo casi en un susurro.

—¡Oh, gracias, Vlad! —continuó Anna llena de dicha, ajena al aparente dolor de Vlad y a la desilusión de Alex, que observaba la escena como si no formase parte de ella.

Cuando Anna lo liberó de su abrazo, Vlad se quedó con un vacío difícil de explicar.

—Os deseo lo mejor, de veras —y dirigiéndose a Alex, pero sin apartar la mirada nostálgica del bello rostro de la enfermera, continuó: —Espero que la cuides, amigo. Te llevas una auténtica joya.

Y sin más, desapareció por la puerta de su habitación sin volver la mirada hacia un Alex que se quedó con la mirada perdida tras aquella puerta.

—¿Te ocurre algo, amor? —preguntó una Anna a la que la felicidad le impedía ver más allá de sus narices.

Alex volvió a centrar la mirada en su risueña y flamante esposa y todo volvió a desaparecer a su alrededor. Tan solo estaban ella y el amor que él le profesaba y que lo llenaba de dicha.

—Nada, preciosa —dijo con su sensual sonrisa—. ¡Tan solo es que llego tarde, señora Vasiliev! —dijo dándole un cariñoso azote en el trasero—. Si sigue usted así, no tardarán en echarme del ejército y no tendré con qué mantenerla ni a usted ni a nuestra descendencia.

Anna rio con verdadera alegría mientras daba el último abrazo a su joven ruso, que antes de marchar volvió a perder la mirada en la puerta de su amigo Vlad.

### La batalla de Malakoff

7 de septiembre de 1855

—¿Hay algo nuevo? —preguntó aquella mañana Alex a su amigo Vlad durante el desayuno.

—Todo sigue igual de exasperante que siempre —contestó con cansancio—. Han llegado más hombres de San Petersburgo. En realidad, son unos chiquillos recién salidos de la academia que vienen para vanagloriarse de haber estado en Sebastopol. Algunos porque saben que así ascenderán antes, otros por el dinero y los hay que vienen porque las noticias de *El Inválido*, donde nos ensalzan como a grandes héroes, y los hay que no quieren perder la oportunidad de contar que vinieron a morir por la patria.

—¿Han estado alguna vez en combate? —preguntó serio Alex.

—Ni uno solo de ellos. Algunos, cuando llegan, se vanaglorian desde la distancia, por supuesto, de que si esto es Sebastopol no era para tanto. Pero al acercarse a los baluartes los he visto orinarse encima. ¡Es un desastre!

—No saben que vienen a una muerte segura o a quedarse inválidos siendo unos niños para el resto de sus vidas —contestó desesperado y desdeñoso Alex—. Sube y descansa. Tienes que estar molido del turno de anoche. En cuanto dé cuenta del desayuno saldré para allá.

—De acuerdo, hermano. ¡Cuidate!

Vald se subió a las habitaciones a descansar y Anna, hasta ahora callada y relegada a un segundo plano, se acercó y se sentó junto a Alex.

—Anna, la gente está abandonando la ciudad —dijo con miedo—. Sabes que ya no quedan casi mujeres ni niños. ¡No seas testaruda! Llevamos once meses de asedio y no sé cuánto más podremos aguantar.

Anna sonrió y se volvió a levantar para acomodarse sobre las piernas de Alex. Sabía que cuando lo tenía cerca, el general le podía negar muy pocas cosas y no quería empañar la temida despedida de cada mañana con una discusión, cuando su decisión de quedarse junto a él hasta el final era irrevocable.

—No soy testaruda —dijo una amplia y coqueta sonrisa—. Tan solo soy una mujer enamorada que se quedará contigo hasta que esto acabe. Nuestra suerte ya está decidida, Alex... y será la misma. No tengo miedo. No, si estoy contigo...

Alex abrazó fuerte a Anna y la besó con pasión antes de dirigirse al frente. La discusión sobre su marcha era el pan nuestro de cada día, y de sobra sabía el joven ruso que nada podía hacer para que su enfermera cambiase de opinión. Pero la marcha de todo el mundo parecía presagiar que aquello tocaba a su fin y que no sería ese final el más favorable para el amor de los dos jóvenes. Así, con la sombra de aquella duda sobre su cabeza, partió aquella mañana el joven general.

Para Anna, aquel día los cañonazos se oían especialmente fuertes y continuos, como avecinando que algo diferente estaba a punto de suceder. Y justo cuando Anna partía hacia el hospital, llegó un cosaco montado a caballo a toda velocidad. Desmontó sin dar tiempo al caballo a parar y con la cara descompuesta por el pánico se dirigió a Anna con premura.

—¿El capitán Vladimir Popov? —urgió casi sin resuello.

—En la casa descansando —contestó Anna, a la que le dio un vuelco el corazón—. ¿Qué ocurre?

—¡Nos atacan!

Fue lo único que oyó Anna antes de que el soldado se internase a toda velocidad en la gran mansión. Ni corta ni perezosa, le siguió y corrió escalera arriba para alcanzarlo y poder obtener más nuevas de la misma boca del joven.

—¡Capitán Popov! —gritaba el muchacho con la faz desencajada buscando a voz en grito a Vladimir—. ¡Rápido, capitán! ¡Nos atacan!

De una de las habitaciones, y tan solo con el pantalón cubriéndolo, salió Vlad con urgencia ante las últimas palabras del joven.

—¿Qué? —tronó Vlad incrédulo.

—Avanzaron en columnas, vuestra nobleza —relataba lloriqueando el joven muchacho— y, de repente, salieron de las trincheras desde la montaña al barranco y hacia nuestros baluartes...

—¿Qué estás diciendo? —dijo Vlad, que ya había terminado de vestirse y se dirigía como un rayo hacia la salida de la casa, donde Anna lo detuvo con las lágrimas cubriéndole la cara—. ¡Refúgiate, Anna... y que Dios nos ayude! —dijo besándola de forma desesperada en los labios, antes de salir a caballo como alma que lleva el diablo.

Anna no fue capaz de hablar. El nudo que le oprimía el pecho era más fuerte que ella. Sabía que todo estaba perdido. Lo sabía por el sonido cada vez más cercano de la batalla; un sonido parecido al fuerte golpear de la lluvia contra los cristales cuando arreciaba una tormenta. La suerte ya estaba decidida. Si Alex moría, ella también lo haría. Así pues decidió acudir al hospital para ayudar en lo que pudiese hasta el final.

Por el camino, las explosiones y el ruido de la fusilería llenaban toda la atmósfera y Anna pudo constatar por sí misma, cómo una bandera francesa ondeaba sobre el mamelón de Malakoff. Los franceses lo habían alcanzado. Todo estaba perdido. Por un momento, el mundo se detuvo. Ya no importaba nada; ni los cadáveres que llegaban sin cesar a la entrada del hospital donde ya se encontraba ni el ensordecedor ruido de la fusilería ni los gritos agónicos de miles de soldados, ni tan siquiera experimentó ningún miedo a morir... solo quería saber qué suerte había corrido Alex.

Con una repentina y firme decisión y el rostro cubierto de lágrimas, Anna cambió de dirección y se adentró hacia la batalla con el firme propósito de encontrar a su general con vida. Ya lo había conseguido una vez y lo lograría otra...

Las balas silbaban como enjambres en sus oídos y el humo no la dejaba avanzar tanto como a ella le hubiese gustado. Ya no le importaba la multitud de soldados heridos que debía sortear ni sus gritos agónicos. Caminaba como una autómatas buscando un único objetivo con la mirada. De repente, allá al fondo, pudo ver los temidos uniformes azules, los uniformes franceses... Los soldados la miraban con asombro pero nadie la atacaba, no a una mujer indefensa y desarmada... Los franceses cruzaban corriendo el espacio libre de todo obstáculo y avanzaban en sus posiciones, sables en mano, brincando por los fosos. Los baluartes rusos habían sido tomados.

—¡Anna! —tronó el grito de Vlad en medio de aquel mar de confusión—. ¡Maldita sea, Anna! ¡Lárgate de aquí!

Anna se giró con la esperanza de encontrar a Alex junto a Vlad, pero no fue así. Lo que vio fue a Vlad blandir su espada y correr hacia ella para protegerla mientras luchaba con valor contra todo francés que se le cruzaba. Llegó hasta ella y la echó al hombro cual saco de patatas mientras trataba de escapar de aquella locura.

—¡Déjame, Vlad! —gritó desconsolada—. ¡Necesito encontrarle!

—¡Es imposible, Anna! ¡Los franceses están por todas partes y no están haciendo prisioneros! —gritó con desesperación—. ¿Entiendes lo que eso significa?

—¡No quiero entenderlo! —chilló fuera de sí—. ¡Déjame, te digo!

Anna creyó que Vlad había entrado en razón porque, de repente, frenó en seco mirando hacia un alto. Anna, que se incorporó como pudo sobre los anchos hombros del joven, se giró para ver qué era lo que ocurría, ya que el ruso no la apeaba.

¡No debería haber mirado! Otros uniformes, de otros colores, demasiado conocidos por ella, se divisaban sobre uno de los baluartes. Eran ingleses. Estaban atacando todos en masa. Pero no fue eso lo que detuvo al joven capitán. Cuando Anna centró más la visión pudo divisar a Alex en la lejanía. Estaba preso por dos ingleses y lo obligaban a arrodillarse. Anna dejó de respirar en el mismo instante en el que vio cómo un inglés le apuntaba con un arma, directamente a la cabeza.

—¡Nooooooooo! —gritó desesperada mientras su terrible chillido era escuchado tanto por Alex, que se giró con dignidad hacia ella para despedirse, como por el hombre que lo iba a ejecutar.

Justo en el momento del disparo, en los labios del joven general ruso Anna pudo leer un “te quiero” que hizo que su ejecutor, junto con el grito oído, desviase su

atención para observar a la muchacha, retenida por un gigantesco cosaco ruso.

Y Anna lo vio con claridad. Vio cómo el comandante Wilson asesinaba sin compasión a su Alex, que recibió un fuerte disparo en la cabeza, llenando todo el espacio de sangre y cayendo como un muñeco sin vida al suelo.

—¡Ahhh, noooo! —gritó de forma desgarradora Anna—. ¡Suéltame, Vlad! ¡Debo ir a socorrerlo! ¡Suéltame!

Vlad ocultó su gran dolor y cargó a la joven como pudo mientras se oían las primeras órdenes de retirada junto con el desconsolado llanto de Anna.

Más de diez mil soldados franceses murieron aquel día y más de trece mil soldados rusos, entre ellos, el general Alexey Vasiliev...

El 9 de septiembre de 1855, Sebastopol cayó en manos de las tropas francobritánicas, después de 11 meses de asedio.

### El final de la guerra

*Octubre de 1855*

Vlad volvió a mirar la delicada silueta de Anna, que observaba por la ventana de su despacho, con la mirada aún perdida. La mirada que había perdido aquella misma tarde en la que su amigo Alex había desaparecido de sus vidas. Todavía recordaba los tristes sucesos derivados de la batalla de Malakoff como si hubiesen sido ayer. Tras el duro golpe de ver caer a su amigo, el ejército de Sebastopol avanzó en la oscura noche por el puente de la bahía para dirigirse a la Servernaia, alejándose de aquella ciudad que habían defendido con orgullo y valor durante once terribles meses de asedio, contra un enemigo que les doblaba en fuerza. Tras la orden de retirada, que oprimió amargamente el corazón de Vlad, y que lo llenó de un sentimiento difícil de describir pero que podría haberse asemejado al odio, al arrepentimiento o a la vergüenza, surgió el miedo a la persecución. Un miedo que anidó en su corazón al saberse responsable de la seguridad de Anna. Y así comenzó la retirada a través de las aglomeraciones que se concentraron en el puente donde regimientos, milicias y carruajes se echaban unos contra otros. A duras penas podían abrirse paso entre los llantos de vecinos y sirvientes que rogaban a gritos el paso, mientras el deseo de huir lo más pronto posible de aquel lugar les consumía por dentro.

Atrás dejaba a su amada Sebastopol, una ciudad que durante meses alentó la vida de miles de soldados y civiles y que llegaron a inspirar el temor y la admiración del enemigo y donde ahora solo quedaba una ciudad fantasma, llena de muertos, tanto rusos como aliados, junto con los restos de una devastadora guerra.

—¿Crees que mis padres habrán recibido ya la carta? —preguntó Anna rompiendo el hilo de los pensamientos de Vlad.

—Por supuesto —dijo en tono neutro mientras la miraba directamente ahora que la joven se había girado hacia él—. ¿Sigues queriendo partir mañana?

Anna caminó hacia Vlad, que se encontraba recostado sobre el lujoso asiento de aquella estancia, en su gran mansión de San Petersburgo. Poco después de llegar a aquella maravillosa ciudad, había descubierto que tanto él como Alex estaban emparentados, aunque no directamente, con la casa imperial rusa. De hecho, Vlad y Alex eran primos lejanos y ella no lo había sabido.

—Es lo mejor —expresó con tristeza—. Ya no tengo nada que hacer aquí.

—Sabes que eso no es cierto —contraatacó dolido—. Si tú me dejases yo te cuidaría. Sé que todavía no estás preparada, pero te he ofrecido matrimonio y sabes que nada me haría más feliz en este mundo que me aceptases.

Anna volvió a mirarlo con su ya habitual mirada vacía. Recordó el momento en el que vio morir a Alex y recordó lo que sintió: aquella especie de crujido en el fondo de su alma que le anunció que todo había llegado al final, que su vida acababa de terminar en ese mismo instante.

—Mi querido, Vlad —expresó con cariño acercándose a él y apoyando una de sus manos en el hombro del joven ruso—. Sabes que no puedo ofrecerte nada y tú no te mereces eso.

—Eso no es cierto —se quejó con vehemencia—. Sabes que te quiero y no eres tú quien debe decidir por mí.

—No puedo amarte, Vlad —contestó sin emoción alguna—. Ni a ti ni a nadie. Y tú eres una de las mejores personas en el mundo que conozco. Sabes que te quiero muchísimo; más que a muchas de las personas más cercanas que tengo en Londres. Pero eso no es suficiente. Y de veras que no te lo mereces, aunque ahora no seas capaz de reconocerlo.

—Pues quédate un tiempo más aquí conmigo —dijo levantándose de su asiento y asiéndola por las manos mientras la acercaba más a él.

—Pero mi familia está en Londres...

—Tú misma has dicho que me aprecias más que a muchos de tus familiares —cortó el joven de manera apasionada—. Y allí no sabemos cómo te van a recibir. Lo último que sabemos es que te tachaban de traidora y has estado durante casi un año con nosotros. De veras, Anna, ¿has pensado bien lo que vas a hacer? Solo será por un tiempo, mientras recapitas sobre mi oferta de matrimonio y las cosas se asientan.

Eso era cierto. Los políticos seguían revueltos. Aunque con la caída de Sebastopol la guerra parecía haber tocado a su fin y los rusos no podrían demorar mucho más aquella guerra, los enfrentamientos bélicos seguían en otras ciudades y la paz no parecía que fuese a llegar nunca.

—No puedo seguir huyendo de mi destino, Vlad —contestó tozuda—. Si Londres me repudia lo hará con guerra o con paz. Debo ir y comprobarlo por mí misma. Además, necesito ver a mis padres y a mi hermana. No quiero ni pensar en todo lo que habrán sufrido por mi culpa. Se lo debo al menos a ellos.

—Prométeme al menos que no me olvidarás y que, aunque te vayas, pensarás en mi propuesta —dijo bajando la cabeza con tristeza.

—Jamás podré olvidarte, Vlad —dijo con sinceridad—. Te quiero demasiado como para olvidarte. Y, si en algún momento, mi corazón volviese a latir por amor, no dudes que tú serías la persona que albergaría mi corazón.

Vlad la abrazó con fuerza, intentando contener las emociones que la joven siempre había despertado en él.

—Está bien —dijo al fin dándose por vencido y separándose apenas del abrazo—, nos daremos ese tiempo que tú necesitas.

—Tú también lo necesitas. Además —dijo la joven intentando sonreír—, esto no tiene por qué ser una despedida. Solo vuelvo a mi hogar. En cuanto firmemos la paz espero verte por allí para visitarme. A lo mejor en este tiempo descubres el amor verdadero y me das una alegría al visitarme.

—Tú eres mi amor...

—Vlad, por favor —dijo colocando un dedo en sus labios intentando acallarlo—. No sigas. A veces pienso que haces esto porque te sientes en la obligación de cuidarme, porque crees que se lo debes a Alex...

—No, Anna —dijo atrapando sus dedos y besándolos con suavidad—. Créeme que no es por eso. Si Alex no hubiese existido yo estaría igualmente enamorado de ti. Pero Alex ya estaba enamorado cuando te conocí y no hubiera podido hacerle eso a mi amigo...

—Está bien, Vlad —dijo Anna volviendo a abrazarlo—. Pero prométeme que no cerrarás tu corazón por mí.

—Te lo prometo —consintió el joven, suspirando y sabiendo que eso no sería posible.

—Bien, me retiro para descansar —dijo emocionada—. Mañana saldré temprano.

Vlad se acercó un poco más y se despidió con un dulce beso en los labios de la joven. Era algo que ya llevaba un tiempo haciendo, y aunque deseaba más que nada en el mundo profundizar aquella caricia, sabía que, en esos momentos en los que la joven aún no estaba preparada, no sería bien recibida.

—Descansa, Anna...

Y la joven desapareció por el vano de la puerta, dejando atrás a su triste soldado ruso.

A la mañana siguiente, con todo preparado para el viaje, ambos trataron de que la despedida fuese corta, aunque con la promesa del reencuentro en un futuro próximo. Era demasiado sufrimiento para ambos: para Vlad, era la despedida del que creía era el amor de su vida; y para Anna, el despojo total y absoluto de todo de cuanto alguna vez la había unido a Alex.

## Capítulo 25

### De regreso

*Finales de febrero de 1856*

Estaba por todas partes; en los periódicos, en las calles, en las reuniones sociales, incluso en los bailes de sociedad: Rusia se había visto forzada a pedir la paz y se había firmado ya el armisticio definitivo.

—¿Cómo te encuentras hoy, cielo?

Robert, vizconde de Ryding y atractivo padre de Anna, entró en la habitación sin llamar siquiera. Siempre lo hacía desde que había regresado. Todas las mañanas, puntual como buen británico, aparecía por la puerta de su habitación para interesarse, en primer lugar, por el estado de su hija pequeña.

—Bien, papá —suspiró Anna con el periódico en la mano—. Por fin, parece que la guerra ha llegado a su final.

—Hace tiempo que había llegado a su fin, hija —dijo acercándose a su cama y sentándose en ella con total confianza—. Solo era cuestión de tiempo que los rusos se rindiesen.

—Si tan solo se hubiera hecho antes... —dijo con extremada aflicción.

Su padre miró a Anna con compasión. Ya llevaba en Londres varios meses y no encontraba mejoría en su ánimo. Le preocupaban mucho las pesadillas que sufría todas las noches. Incluso había cambiado su propio cuarto de ubicación, de manera temporal, para acudir junto a su pequeña en medio de la noche, cuando los desgarradores gritos de dolor lo despertaban. Todas aquellas lágrimas que parecían no tener fin... Solo esperaba que, en breve, todo aquello fuese desapareciendo debido a los futuros acontecimientos que no tardarían en llegar.

—¿Bajarás hoy a desayunar? —preguntó esperanzado—. Sabes que tienes que alimentarte bien para coger fuerzas, hija.

—No sé, papá —dudó Anna—. Mamá está muy pesada y, sinceramente, no tengo fuerzas para seguir discutiendo con ella.

—Tu madre solo quiere lo mejor para ti, cielo.

Anna fulminó a su padre con la mirada.

—¿Crees que me importa lo que se diga de mí al punto de casarme con ese... —Anna no podía ni pronunciar su nombre— ese asesino?

El vizconde rememoró el día en el que su esposa había recibido en la casa al comandante Wilson. Desde luego, había estado bastante desacertada, pero su mujer no lo había hecho con mala intención. Robert comprendía perfectamente los sentimientos de su hija, pero su madre le estaba agradecida, puesto que el comandante había logrado que nadie tildase de traidora a su pequeña. Wilson había defendido el honor de la muchacha en Londres al alegar que él mismo había presenciado su secuestro en el puerto de Scutari, algo que también habían visto varios de sus oficiales cuando el ruso había subido a Anna inconsciente a aquel barco. La pobre Lucinda no había podido negar nada, puesto que había muerto, durante la guerra, de erisipela. Nadie se atrevió a contradecir al condecoradísimo comandante Wilson, y la familia había tenido que agradecerse, a pesar de la firme oposición de Anna.

—Sabes que teníamos que agradecerle a ese hombre de alguna manera lo que hizo por ti —la reprendió su padre.

—¿Agradecerle? —explotó enfurecida—. ¿El qué? ¿Que me robara la vida? ¿Que asesinase al hombre del que estuve enamorada? ¡Yo no tengo nada que agradecerle!

—Hija, tienes que comprender que estábamos en guerra —intentó argumentar su padre—. Tan solo cumplía con su deber. No pretendía hacerte daño alguno a ti. Y aquí, ya en Londres, te ha evitado la vergüenza.

Anna rompió a llorar recordando otras palabras parecidas en otros labios. Alex siempre alegaba que los soldados libraban las batallas y obedecían órdenes, aunque estas fuesen equivocadas, que cuando las guerras acababan no importaba a quién tuvieses delante...

El vizconde arropó a su hija entre sus brazos con pena. Le destrozaba verla sufrir de aquella manera, pero necesitaba hacerla entrar en razón y que dejase su dolor, de una vez por todas, relegada a un segundo plano.

—No me hubiese importado esa vergüenza, papá —dijo en un susurro de voz apenas perceptible contra su pecho—. No me hubiese importado en lo más mínimo si Alex continuase con vida. Yo estaría con él y nada me importaría lo que dijese el resto del mundo, porque con un amor así se pierde el miedo al qué dirán, papá.

—Te entiendo, cielo —expresó comprensivo—. Pero Alex está muerto y cuanto antes asumas ese hecho, antes podrás rehacer tu vida y no continuar sufriendo.

—Pero yo no quiero rehacer mi vida, papá —contestó obstinada.

—Sin embargo, y por mucho que te duela, sabes que debes hacerlo. Ya no solo está en juego tu felicidad, sino la de todos los que estamos a tu alrededor.

Anna sabía que aquello era cierto. No podía continuar sumida en aquella pena por mucho más tiempo. Las largas noches en vela así se lo decían. Y no solo sufría ella. Sufrían todos los que estaban a su alrededor, y era eso lo que no podía permitir. Alex se sentiría decepcionado si supiese lo que estaba haciendo con su vida.

—Tan solo dame tiempo, papá —suplicó en susurro apenas perceptible.

—Ya ha pasado demasiado tiempo, Anna. Pero no te preocupes. Estoy seguro de que dentro de unas semanas todo cambiará —dijo con la ilusión reflejada en su apuesto rostro; ese rostro tan parecido al de la propia Anna.

—¿Tanta ilusión te hace? —preguntó Anna con una incipiente sonrisa en los labios que se abría paso entre las lágrimas—. ¿De veras no te avergüenza la situación?

—¿Por qué debería avergonzarme? —dijo ensanchando más aún la sonrisa al ver la disimulada ilusión de su pequeña reflejada en sus bellos ojos—. ¡Estoy muy emocionado! Además, sé que te hará bien y que saldrás de este estado en el que has decidido anclarte. A todos nos vendrá bien.

## Capítulo 26

### Pasando página

*Londres, mayo de 1856*

Anna miraba sin ver nada en particular por la ventana de su lujosa mansión londinense. Su traje refinado negro de encaje, el cual le tapaba hasta el cuello y del que no quería desprenderse por más que su familia intentase evitarlo, no expresaba ni de lejos el profundo pesar de su corazón.

Y lo peor era la terca insistencia de su madre intentando, a como diera lugar, que se uniese en matrimonio a cualquier noble que se ofreciese. Si tan solo hubiese permanecido en San Petersburgo con Vlad... pero para ella tan solo era un buen amigo que le recordaba a Alex continuamente. Las cartas que se mandaban a menudo, desde que en marzo se había firmado la paz, no hacían sino traerle recuerdos amargos incapaces de borrar. Pero también había descubierto que necesitaba ese contacto con Vlad que hacía que sus recuerdos no se perdiesen en los confines de su memoria o que incluso llegase a pensar que todo había sido un sueño. Sabía que debía pasar página en su vida, pero no lo haría sin llevarse todos y cada uno de sus recuerdos.

Cuando pensaba en Alex todavía podía apreciar claramente su rostro, y se daba cuenta de lo afortunada que había sido por tenerlo a su lado durante aquellos meses, por haber comprendido lo que era el verdadero amor, y se sentía bendecida por ello. En sus sueños aparecía todas las noches, tan apuesto como siempre, para cuidarla y recordarle que él formaría siempre parte de su corazón mientras le quedase un aliento de vida, estuviese donde estuviese. Pero su amor le ayudaría a superar todo aquel dolor porque sentía su alma junto a ella...

Los suaves golpes en la puerta la sacaron de sus tristes recuerdos y, por el vano de la puerta, apareció su padre.

—¿Qué tal estás, cariño? —preguntó con cautela.

—Bien, papá —contestó con una tímida sonrisa—. Pasa.

Robert se adentró en la estancia y se sentó al borde de la cama, al que Anna acudió con presteza para abrazarse a él.

Su padre se había convertido en su máximo apoyo y la única persona capaz de comprenderla.

—Ha venido otro de tus admiradores —dijo en tono neutro—. Tu madre me manda para que te lo comunique porque te tiene cierto miedo —dijo riendo.

Anna sonrió sin poder evitarlo. Su padre ejercía ese don sobre ella.

—“Dile que este es muy apuesto”, me ha dicho —dijo al borde de la carcajada.

—Y seguro que es de muy buena familia... —continuó Anna la broma con ganas de reír.

—Pues no lo sé, hija. Ni siquiera me he molestado en recibirlo. Ya se encarga tu madre de eso.

—Sí, lo sé —dijo desesperada.

—Hija, no debes tomárselo en cuenta. Todos queremos que rehagas tu vida.

Anna cogió el periódico *The Times* que tenía tirado sobre la cama y volvió a leer los titulares.

—Y, ¿cómo lo hago, papá? —dijo con pena—. Si cada día que pasa hay algo que me recuerda que tuve la felicidad a mi alcance y que me la arrebataron...

—Bueno, al menos ya se ha firmado la paz. ¿Salió bien lo de la señora Seacole? —preguntó viendo su foto en los titulares.

—Sí, a Dios gracias. La señorita Nightingale ha sido la protagonista de la guerra y se lo merece, pero la pobre Mary Seacole... parece que muchos olvidaron su magnífica labor. Pero hemos conseguido recaudar fondos para su causa y al menos los acreedores no se la comerán viva. Los soldados han hecho una magnífica labor por ella.

—Por lo que me has contado, fue muy valiente al construir un hospital a pie de campo de batalla.

—No solo es eso, papá. Me salvó la vida. Por eso te pedí tanto dinero para su causa. Ahora todo el mundo sabe que el cólera es contagioso gracias al doctor Snow, pero ella ya lo había anticipado antes. No será ella quien se lleve la gloria, pero al menos espero que pueda mantener una vida digna, y si no, yo estaré ahí para ayudarla.

Su padre suspiró durante algunos instantes pensando en las calamidades que debía de haber pasado su hija, pero las desterró, ya que no quería volver a sufrir el calvario vivido cuando les comunicaron su desaparición.

—Bueno... ¿qué quieres que le diga a tu nuevo admirador?

—Papá, ya lo sabes. Me da igual que aparezcan mil soldados diciendo que les salvé la vida y que están dispuestos a acarrear conmigo por compasión.

—Hija, ¡no digas eso!

—Pero, es la verdad —contestó separándose del dulce abrazo de su padre—. La gente me compadece. Soy una paria para la sociedad. Pero mi amor fue puro y verdadero y Alex fue el mejor hombre sobre la faz de la Tierra; un hombre con una sensibilidad que podría haber arrasado ciudades. Y lo cierto es que no me importa lo que la gente pueda pensar de mí.

—Pero...

—El principal problema es que yo no quiero unirme a nadie en matrimonio —cortó a su padre, mostrando su incipiente enfado—, y no entiendo vuestro empeño.

—Sabes que ahora tus circunstancias no son las mismas. Todo ha cambiado y debes pensar en más gente además de ti. Entiendo perfectísimamente que no quisieras unirte al comandante Wilson.

—¿Cómo puedes tan siquiera sugerirlo? —preguntó ofendida al recordar que, tan solo hacía un mes, el comandante había vuelto a su casa para ofrecerse en matrimonio mientras volvía a disculparse.

—De acuerdo, hija. —Trató de calmarla—. Pero han venido muchos soldados ofreciéndose...

—¿Crees que no lo sé? —expresó ya furiosa del todo—. El problema es que todavía no estoy preparada, ¿no lo entiendes?

—Solo digo que lo intentes —intentó calmarla su padre.

En ese momento, entró una de las muchachas del servicio de la casa.

—Disculpe, señora, es la hora.

A Anna le cambió el gesto y hasta llegó a sonreír con dulzura.

—Si no es por ti, al menos hazlo por ellos —dijo conciliador su padre.

Anna suspiró derrotada. Sabía que la hora en la que debía de cambiar todo se aproximaba, pero aun cuando creía estar preparada, su mente se revelaba contra ella, haciendo que se enfadase y discutiese con todo el mundo. Se avergonzó nuevamente ante su padre, ya que tan solo hacía unos instantes se había prometido que lo iba a intentar.

—Está bien, papá. Veamos a ese soldado guapo y rico. Que me espere en tu estudio, pero no te prometo nada... —dijo cabizbaja.

Al cabo de un buen rato, Anna bajó a la sala que su padre utilizaba como despacho. Su madre, emocionada por la esperanza que su marido le acababa de infundir, se acercó a su hija, tratando de allanar el camino.

—¿Sabes que lleva viniendo más de dos semanas seguidas a verte? —dijo emocionada.

Anna intentó no dejar ver a su madre el martirio que aquello le suponía para no dañarla más aún.

—Ah, ¿sí?

—Dice que no desistirá hasta que te vea y le rechaces tú misma en persona. —Anna pensó que en cuanto lo echara de allí con cajas destempladas, no tardaría en desaparecer de sus vidas, mientras su madre la invitaba con una mano a entrar en el estudio con una sonrisa emocionada en la cara—. Y algo más de que se mantuvo con

vida como te prometió... no sé, cosas de la guerra supongo.

Anna sintió que el corazón le daba un vuelco. Quiso preguntarle a su madre, pero esta ya había abierto la puerta, empujándola hacia el interior, y la había cerrado tras ella.

Encontró al hombre mirando de espaldas por la ventana. El día era soleado y la claridad le impedía ver al soldado que tenía delante, tan solo su silueta recortada contra la ventana.

Tras el susto inicial de su madre y una vez hubo vuelto a pensar con claridad se molestó consigo misma por haber llegado a pensar que Alex podría estar allí. Más molesta de lo que le hubiese gustado demostrar, habló con aquella figura oscura.

—Buenas tardes, soldado... —Esperó, invitando al hombre a que le dijese su nombre.

—Conde —dijo el hombre sin volverse—, conde de Wiltshire, a su servicio.

Anna enmudeció repentinamente. ¿De qué iba aquello? ¿Se trataba de una broma? ¡Porque era de muy mal gusto! La joven notó aflorar la furia y el dolor dentro de ella.

—¿Quién demonios se ha creído usted que es para presentarse aquí y hacerme daño de esa manera? ¿Le envía el comandante Wilson? ¿Es una cruel venganza por haberle rechazado? ¿Es eso? —preguntó sin apenas respirar—. Y salga ya de esa maldita ventana. No puedo verle con claridad para conocer su identidad real y que mi padre le dé su merecido.

—Resulta —expresó el hombre con voz profunda y sosegada— que las ventanas siempre me han ayudado a mejorar, y todavía estoy convaleciente desde la guerra.

Si antes había dejado de respirar, ahora el corazón de Anna se detuvo en seco. Esa voz... esas palabras... ¡No podía ser! ¡Ella le vio morir! Lentamente, sin saber cómo reaccionar, se acercó despacio mientras el miedo a descubrir que su imaginación le estaba jugando una mala pasada se apoderaba de ella.

Alex se giró despacio con su perfecta sonrisa en la cara y una fea cicatriz en la sien izquierda.

Anna cayó desmayada en el acto.

Espectros del pasado

Anna despertó rodeada de su padre y su madre y con el doctor observándola con interés. “¿Qué había ocurrido?”, pensó desconcertada. Pero, de repente, todo lo sucedido se agolpó en su mente y se incorporó veloz como un rayo.

—¿Dónde está? —preguntó con urgencia.

—¿Cómo que dónde está? —preguntó su padre enfadado—. ¿Se puede saber qué te ha hecho ese malnacido?

—¿Dónde está Alex? —volvió a preguntar, ignorando el enfado de su padre y apartando de un empujón al médico, que no sabía ni qué decir.

—¡Ay, Dios mío! —decía su madre—. ¡Se ha vuelto loca! ¡Está delirando!

Anna se dirigió al único que podía ayudarla, dadas las circunstancias, y agarró de las solapas a su padre para intentar hacerlo entrar en razón.

—Papá, por favor, ¿dónde está? —suplicó desesperada.

—¡Hija, le he propinado un buen puñetazo a ese desgraciado y lo he echado con cajas destempladas, por supuesto!

—¿Qué has hecho qué? —gritó fuera de sus cabales—. ¡Detenlo, papá, por Dios! —dijo intentando salir a la carrera del dormitorio en el que su madre cayó desmayada mientras el médico, con parsimonia, se acercaba a la mujer para observarla ahora, igual que había hecho con Anna.

—¿Puedo saber qué ocurre? —gritó su padre corriendo tras su hija.

—¡Es Alex, papá! —gritó con júbilo—. ¡Es él!

Pero al salir a la calle y comenzar a correr en todas las direcciones y no encontrarlo comenzó seriamente a dudar de sí misma y de su cordura mental. ¿En qué estaba pensando? ¿Ella había visto morir a Alex! ¡No podía ser que estuviera vivo! Aun así, empujó a su padre cuando este la intentó abrazar y la miró con compasión, al ver que pasaban los minutos y ella continuaba su búsqueda desesperada por las calles.

—Pero... ¡era él! —habló para sí intentando convencerse de que lo que acababa de vivir era cierto.

Al final, se paró mirando el horizonte con lágrimas en los ojos y pensando seriamente en que se estaba volviendo loca. Pero cuando se giró para volver a su casa, un reflejo del cabello rubio de un hombre muy alto que giraba la esquina llamó su atención. Fijándose algo más pudo comprobar con alegría desmedida que no estaba delirando. ¡Era Alex! ¡Estaba vivo y había vuelto a por ella!

—¡Alex! —gritó desesperada intentando demostrarse que no era un sueño y corriendo como nunca en su vida lo había hecho.

Alex levantó la mirada y desplegó su perfecta y sensual sonrisa de medio lado cuando vio a Anna corriendo hacia él. Abrió sus brazos y recibió el cálido empujón que la joven le propinó cuando se abalanzó sobre él, con sendos regueros de lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¡Alex, estás vivo! —dijo con alivio infinito.

—¿No te lo prometí? —bromeó con su perfecta sonrisa.

—¡No! —dijo ella feliz golpeándole en el pecho—. ¡No lo hiciste! Y, ¿dónde demonios te habías metido ahora? ¡Pensé que me estaba volviendo loca!

—Bueno —dijo frotándose la barbilla donde el padre de Anna le había golpeado—, pensé que sería mejor que fuese a por un presente —dijo mostrándole unas flores que Anna había estrujado durante el abrazo—. Nunca te había regalado flores, y lo cierto es que me he dado cuenta de que, a lo mejor, ahora que estamos en tu terreno, debería comenzar a cortejarte. No creo que la manera cosaca de secuestrarte y obligarte a convivir conmigo en pecado sea lo más recomendable para mi salud física, teniendo a tu padre cerca —dijo observando con recelo a su padre, que se acercaba con el ceño fruncido por la calle—. Creo que tendremos que hacerlo a la manera tradicional.

El padre de Anna llegó hasta ellos y se quedó mirando muy fijamente al ruso en silencio.

—¿Es este tu Alex, hija? —preguntó serio.

—Señor, si el ser ruso le supone...

—No me importa en absoluto que seas ruso, hijo. Hemos firmado la paz y soy contrario a cualquier guerra. ¿Le he hecho daño?

—No, señor —dijo algo intimidado Alex.

—¿Qué intenciones trae para con mi hija, joven?

—¡Papá! —exclamó ofendida y avergonzada del comportamiento de su padre Anna—. Pero, ¿qué te ocurre?

—¡Nos ha mentado, hija! ¡Eso es lo que no tolero!

—Disculpe, señor, pero yo no le he mentado.

—Si es usted el general ruso del que mi hija lleva hablando meses, y no lo dudo ya que mi nieto es exactamente igual a usted, ¿por qué nos miente diciendo que es el conde de Wiltshire?

—¿Igual a qué nieto? —preguntó perplejo Alex.

—¡Papá! —volvió a interceder Anna con su padre—. No puedes decirle esas cosas de sopetón.

—¿Qué cosas? ¿Qué ocurre? —preguntó perdido Alex.

—Volvamos a casa y allí hablaremos —dijo Anna conciliadora—. ¿Por qué has tardado tanto en venir a por mí? ¿Por qué no me avisaste de alguna manera contándome que estabas vivo? ¿Tienes idea del infierno que he vivido durante todos estos meses? —le regañó Anna, que sentía una paz en su alma como hacía mucho tiempo.

—Disculpe usted, vuestra nobleza —dijo burlesco—. A lo mejor no recuerda usted que me pegaron un tiro en la cabeza. Aunque debo agradecerle aquel grito suyo de guerra, que consiguió llamar la atención del comandante, y con él, consiguió que se desviase la bala lo justo para que su trayectoria no me perforase el cráneo por completo. He tardado solo unos pocos meses en recuperarme y poder venir a por usted.

Anna sonreía feliz, aunque tenía claro que quería información más detallada sobre lo sucedido. Pero, no ahora. No quería que nada empañase su felicidad.

Ya en casa, Alex les explicó a todos que en realidad él era el conde de Wiltshire: su madre, la condesa, había conocido a su padre, un general de la corte imperial rusa, durante uno de sus viajes a París y se habían enamorado perdidamente el uno del otro. Él se había criado en Rusia, pero con la recta educación inglesa. Otra cosa había sido su instrucción militar, obviamente rusa. Su madre había muerto cuando él era muy joven y cuando estalló el conflicto bélico se vio obligado por su padre a tomar parte en el ejército ruso.

—Entonces, ¿es usted el conde realmente? —preguntó atónito el padre.

—Claro.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —preguntó Anna al punto del enfado.

—Pretendía darte una sorpresa cuando la guerra terminase —dijo con su sonrisa burlona.

—Señora —interrumpió una de las criadas—, el niño está muy revuelto.

—Está bien, tráigalo —dijo Anna con una dulce sonrisa en los labios—. Así que te gustan las sorpresas, ¿eh?

Alex miró interrogante a Anna y a sus sonrientes padres, que parecían haberse relajado con sus explicaciones.

La criada volvió a entrar con un bebé lloroso en brazos que entregó a Anna. El pequeño dejó de llorar instantáneamente al oír la voz de su madre y sentir sus brazos.

—¡Tranquilo, Alex! Ya estás con mamá.

Alex se quedó con la boca abierta y con los ojos fuera de sus órbitas. Cuando consiguió comprender quién era aquel bebé al ver sus similitudes, comenzó a comprender los extraños comentarios del padre.

—¿Es mío? —preguntó mientras recogía en sus brazos al niño, que inmediatamente desplegó una tierna sonrisa consiguiendo que Alex babeara, literalmente.

—¡Son... tuyos! —exclamó mientras la criada traía en brazos una niña de idéntica edad al otro bebé y que su madre recibía con júbilo.

Alex no podía creerlo. Los miraba y no podía creerlo...

## Epílogo

Las bombas acechaban por todas partes. Sus silbidos le asustaban pero las caras de terror de los jóvenes soldados que había a su alrededor le infundían el escaso valor que en esos momentos conservaba. El grito de “al ataque” retumbaba en sus oídos. ¿Quién lo había dicho? No reconocía la voz. Pero... ¿habría sido él? Él era el general al mando y los franceses e ingleses habían atacado en un frente común sobre ellos. ¡Dios! Había sido el sonido de su voz el que había ordenado el ataque fuera de la trinchera. Mientras recorría los escasos metros que le separaban del enemigo, la muerte y la sangre le rodeaban sin piedad. “A cubierto”, había gritado una voz oyendo el temeroso silbido de un mortero... pero él no podía. Él era el oficial al mando. Tenía que ser el ejemplo ante aquellos críos que se orinaban y derramaban lágrimas sin saber hacia dónde apuntar con su fusil. Tenía la obligación de proteger a sus hombres. Él debía salvarlos... él... un pitido ensordecedor llenó todo el espacio a su alrededor y sintió un fuerte golpe en el costado derecho. De repente... oscuridad.

—Hijo de la grandísima perra —decía un oficial con uniforme inglés al que él creía reconocer, mientras otros dos ingleses lo arrastraban tirándole del pelo para que levantase la cabeza ante el inglés, y permaneciendo de rodillas, ya que no podía tenerse en pie.

¿Quién era aquel hombre y por qué él lo conocía?

—¿Quién eres...? —pronunciaba Alex en medio de la confusión.

Aquel hombre... una cara... la cara de una mujer... un ángel bajado del cielo que lo socorría y lo salvaba... la mujer más bonita que jamás hubiese conocido ocupaba sus pensamientos mientras aquel hombre le gritaba y le apuntaba con un arma.

Un grito desgarrador... el ángel con forma de mujer le sonreía y le acogía en su seno... por fin todo aquello iba a terminar, por fin iba a morir...

—Te amo, Alexey Vasiliev —decía el bello y dulce rostro lleno de paz que aparecía sin cesar una y otra vez en su mente, sin descanso—. No me dejes, Alex... no me dejes...

La oscuridad se había cernido sobre él pero no podía morir sin socorrer a aquella bella mujer... ella le necesitaba...

—¡Alex! —pronunció con dulzura Anna—. ¡Alex!, ¿me oyes, amor?

Aquel rostro... aquel rostro que se aparecía ante él constantemente angustiándolo sin cesar...

—¡Alex, mi vida!

—¡Anna! —pronunció sin esperárselo—. ¡Anna...! Aquel dulce rostro... lo conocía... era Anna... “su Anna”.

Alex despertó sobresaltado de su perenne sueño. A su lado, Anna estaba incorporada con mirada lastimera y comprensiva, con el sueño acechándole en los preciosos ojos que siempre recordaba.

—¡Anna! —pronunció su nombre una vez más para remarcar que aquello era la realidad y no un sueño—. Te he despertado otra vez.

—No importa, amor —dijo con dulzura desprezándose con suavidad—. Prefiero que me despiertes una y mil veces a despertar sola, pensando que ya no existes en mi vida. ¿Otra pesadilla?

Alex afirmó, regresando del mundo de los sueños, en los que había vivido durante unos meses hasta que consiguió recordar quién era, tras el impacto de aquella bala en su cabeza. Su amnesia le había impedido volver junto a ella, pero en sus sueños siempre había estado presente, hasta que logró recordar quién era y, lo más importante, quién era la mujer de sus sueños.

Anna se terminó de incorporar a la vez que deslizaba su blanco y suave camisón por encima de su cabeza, dejando al descubierto aquella cremosa piel que Alex tanto adoraba y que conseguía desterrar todas las pesadillas de su mente.

—Tu amor es mi salvación... —susurró mientras la joven se subía desnuda encima de él de rodillas y comenzaba a mover con sensualidad las caderas sobre él, dejando sus hinchidos pechos expuestos a su descarada mirada y al dulce tacto de sus manos.

—Igual que mi vida no tendría sentido sin ti —pronunció la joven llenando de dicha al general ruso y agachándose para unir su boca a la de él.

Las pesadillas continuaban. Probablemente nunca dejarían de acecharlo, pero Anna estaba allí para salvarlo. Para salvarlo de aquella guerra que le acompañaría hasta el final de su vida.

Atrás quedaban las penurias de una guerra horrible y cruenta. Pero el futuro... ese futuro que llevaba tanto tiempo ansiando... era mucho mejor de lo que jamás pudo imaginar.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparás desde la primera hasta la última página.

HQN™

# Solo Contigo

marisa ayesta



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)